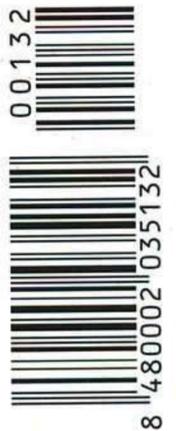


CLIJU

AÑO 13
NÚMERO 132
NOVIEMBRE
2000
850 PTAS.



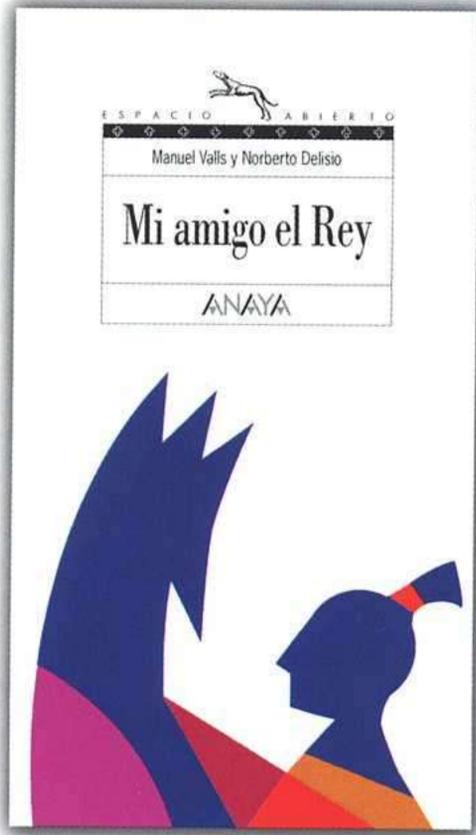
Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil



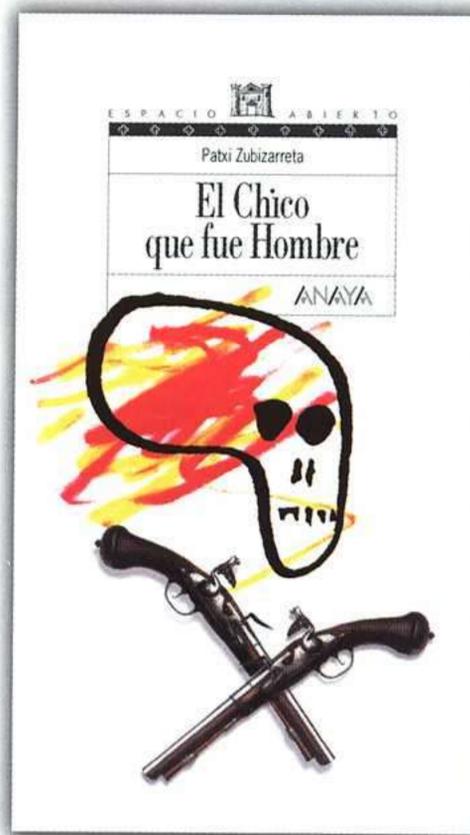
MONOGRÁFICO

Arthur Conan Doyle

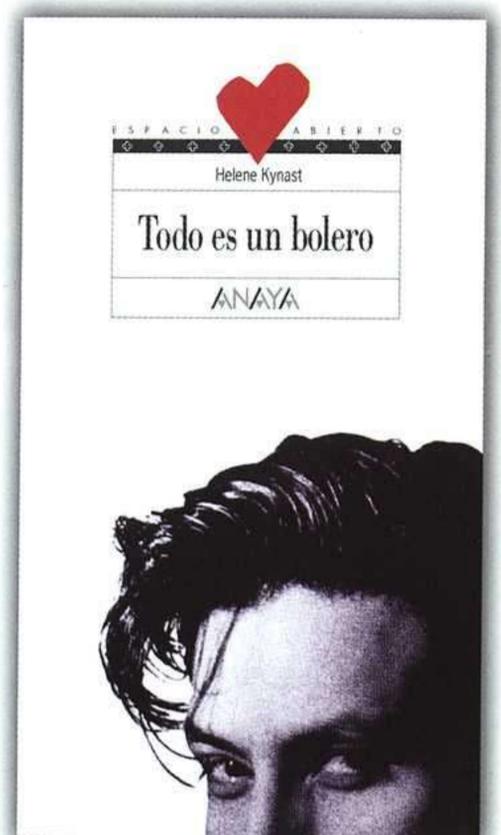
Una colección con edad de partida,
pero sin edad de llegada.



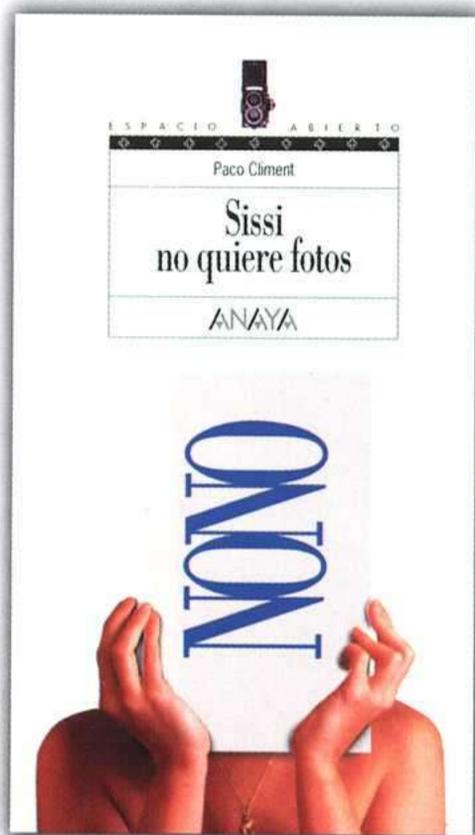
Manuel Valls y Norberto Delisio



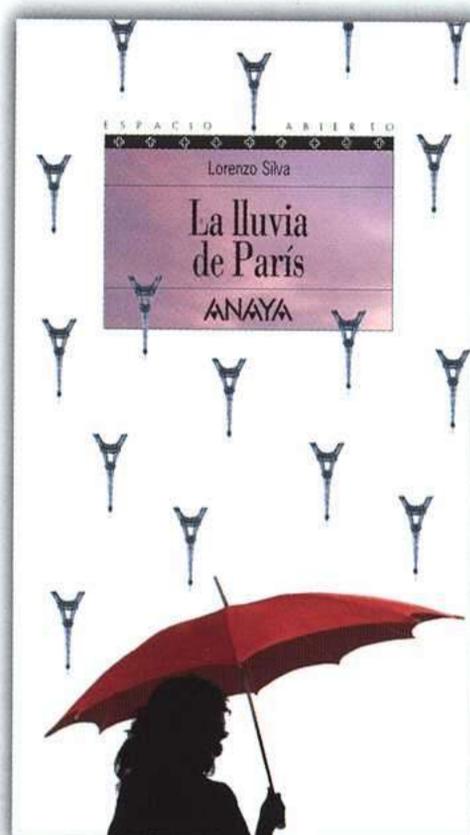
Patxi Zubizarreta



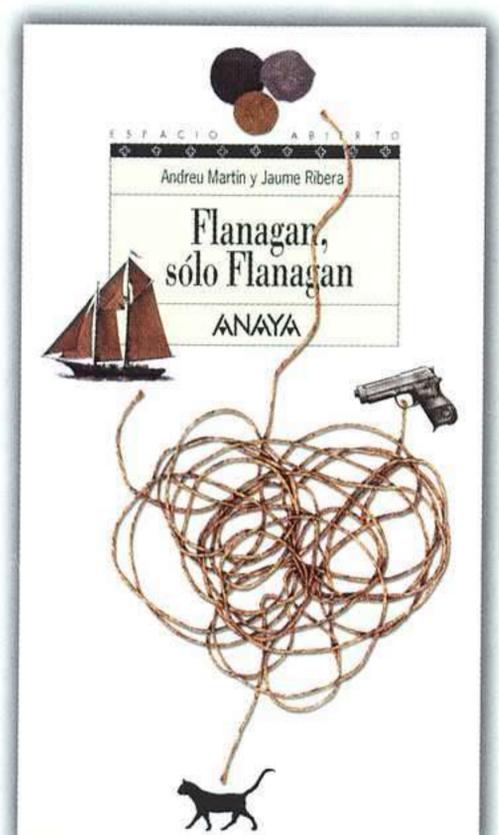
Helene Kynast



Paco Climent



Lorenzo Silva



Andreu Martín y Jaume Ribera

Espacio Abierto



CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil

132 SUMARIO

5

EDITORIAL

El hábito de leer

7

MONOGRÁFICO

Presentación

Retrato de un artista
Juan José Millás (pág. 8)

Cronología de Conan Doyle (pág. 18)

Estudio en escarlata
Juan José Millás (pág. 24)

Cronología de Sherlock Holmes
Juan Tébar (pág. 26)

El signo de los cuatro
Juan Tébar (pág. 29)

Tras las huellas del sabueso de los Baskerville
Santiago R. Santerbás (pág. 34)

El valle del terror
Eduardo Torres-Dulce Lifante (pág. 42)

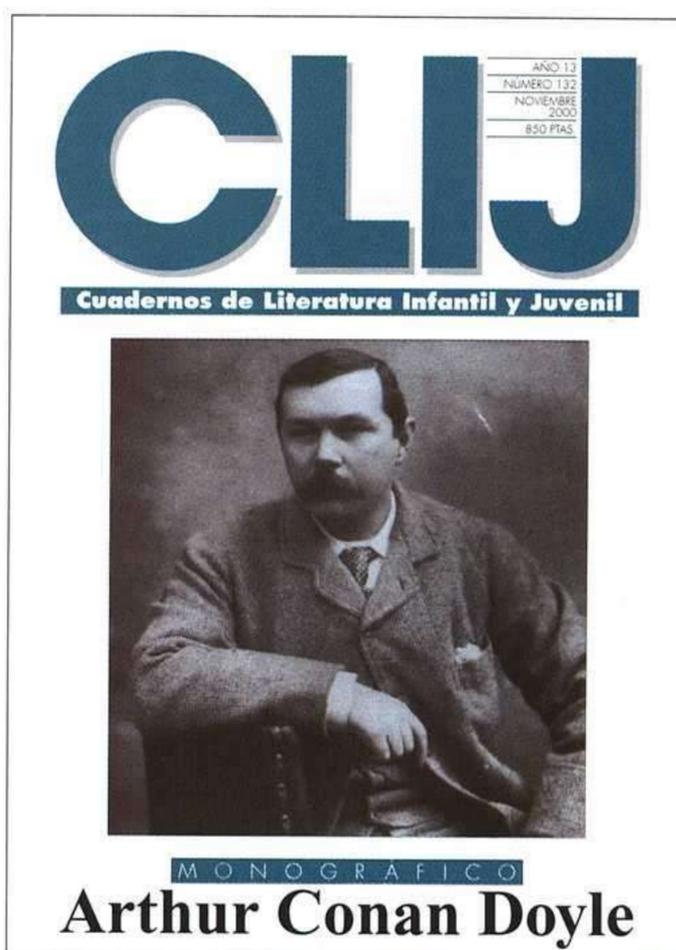
Moriarty, el «Napoleón del crimen»
Juan Tébar (pág. 44)

Las aventuras de Sherlock Holmes
Juan Manuel Ibeas (pág. 49)

Las memorias de Sherlock Holmes
Juan José Millás (pág. 51)

El regreso de Sherlock Holmes
Juan Tébar (pág. 53)

La saga del profesor Challenger



NUESTRA PORTADA

La fotografía de Arthur Conan Doyle que reproducimos en portada fue tomada en 1892, cuando el autor tenía 33 años. En este año nació su hijo Kingsley y, además, el escritor viajó con su amigo y colega de profesión, Jerome K. Jerome, a Noruega, donde esquió por primera vez. Una de las aficiones de Conan Doyle fueron los deportes. Practicó el críquet, el boxeo y, después, ayudó a introducir el esquí en Suiza. Pero en este monográfico vamos a hablar, principalmente, de sus novelas policíacas y del personaje que le hizo inmortal: Sherlock Holmes.

El mundo perdido
José Agustín Mahieu (pág. 55)

La zona envenenada
Nuria Hernández de Lorenzo
(pág. 58)

La biblioteca de Sherlock Holmes
Emilio Pascual (pág. 60)

Imágenes para la intriga
Núria Obiols Suari (pág. 64)

Un detective de cine
Juan Tébar (pág. 70)

El sabueso escapa del libro
Santiago R. Santerbás (pág. 74)

Arthur Conan Doyle en España
Selección bibliográfica (pág. 76)

78

AGENDA

82

EL ENANO SALTARÍN

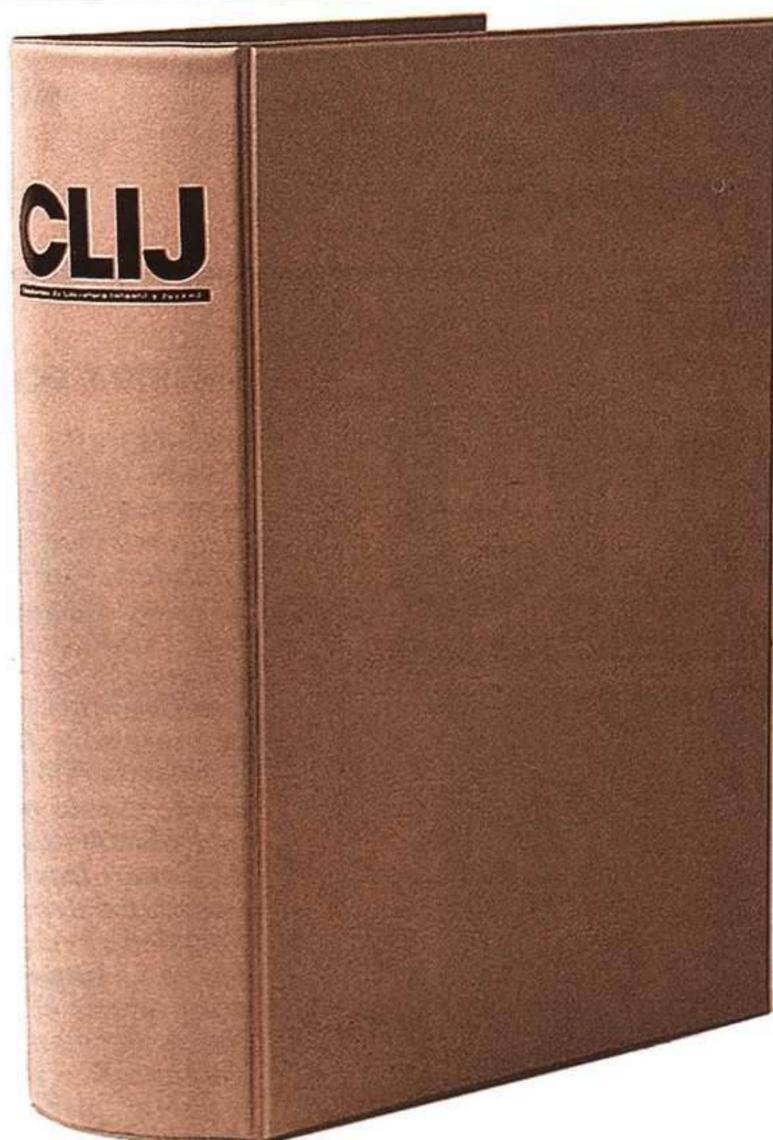
Estamos todos locos

CLIJ

CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil



A LA VENTA LAS TAPAS

- Con sistema especial de varillas metálicas que le permite encuadernar **usted mismo**.
- Mantenga **en orden** y **debidamente protegida** su revista cada mes.
- Cada ejemplar puede extraerse del volumen cuando le convenga, sin sufrir deterioro.

Copie o recorte este cupón y envíelo a: **Editorial Torre de Papel**,
Amigó 38, 1º, 1ª - 08021 Barcelona (España).

Deseo que me envíen:

las TAPAS 1.200 ptas.*

Efectuaré el pago mediante:

contrarrembolso, más 700 ptas. gastos de envío.

talón adjunto.

Nombre Apellidos

Profesión Tel. Domicilio

..... Población

C.P. Provincia.....

Firma

*Precio válido sólo para España

Directora
Victoria Fernández

Coordinador
Fabricio Caivano

Redactora
Maite Ricart

Diseño gráfico
Mercedes Ruiz-Larrea

Han colaborado en este número:
Nuria Hernández de Lorenzo, Juan Manuel Ibeas, José Agustín Mahieu, Juan José Millás, Núria Obiols, Emilio Pascual, Santiago R. Santerbás, Juan Tébar, Eduardo Torres-Dulce Lifante.

Edita
Editorial Torre de Papel, S.L.
Amigó 38, 1º 1ª. 08021 Barcelona
Tel. (93) 414 11 66
Fax (93) 414 46 65
E-mail: reclij@teleline.es

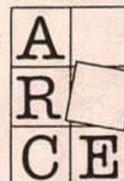
Administración y suscripciones
Susana Sanz
Gabriel Abril
Horario oficina: de 9 a 17.30 (de lunes a viernes).

Fotomecánica
Filma Print S.L.

Impresión
MÉS GRAN
(SERVEIS GRÀFICS INTEGRALS)
Ignasi Iglesias, 15 ocal 1
Cornellà de Llobregat (Barcelona)
Depósito legal B-38943-1988
ISSN: 0214-41230

Editorial Torre de Papel, S.L., 1996.
Impreso en España/Printed in Spain El precio para Canarias es el mismo de portada incluida sobretasa aérea.

CLIJ no hace necesariamente suyas las opiniones y criterios expresados por sus colaboradores. No devolverá los originales que no solicite previamente, ni mantendrá correspondencia sobre los mismos.



Esta revista es miembro de
ARCE. Asociación de Revistas
Culturales de España

El hábito de leer

Que la lectura forme parte de los hábitos culturales de una persona es, como sucede con otras costumbres, el resultado de una compleja trama de circunstancias y factores, algunos más visibles que otros. La presencia de libros en el ámbito doméstico, el ejemplo de adultos lectores en la familia y en el entorno próximo, una experiencia satisfactoria de iniciación a la lectura en la escuela y la existencia de infraestructuras públicas que faciliten mantener y ampliar el hábito de leer, son algunos de estos factores. Con frecuencia damos por supuesto que el lector, una vez formado como tal, se mantendrá por siempre fiel a los libros y que su devoción por ellos se incrementará con el tiempo. Una suposición que pudo ser cierta en el pasado y sólo para cierta clase de lectores social y educativamente privilegiados y que, además, cultivaban una lectura culta o literaria como signo de distinción social.

En la actualidad, la competencia lectora se ha democratizado a través de la escuela obligatoria y las tasas de analfabetismo son muy bajas o meramente residuales. Sin embargo, suele sorprendernos la baja proporción en cifras relativas de la figura del lector habitual y la existencia, en cifras absolutas, de un techo casi inalterable de no lectores igualmente habituales, que parece estabilizado en torno a un 50 %. Las explicaciones que

se dan son múltiples. Pero una de las más sólidas es la que hace referencia al enorme crecimiento cuantitativo —cualitativamente es otra historia— de nuevas formas y hábitos de consumo cultural y de conductas de ocio. De modo que la lectura es hoy una opción cultural que debe ejercerse frente a una gran oferta de usos del tiempo no dedicado al trabajo.

El mapa de hábitos lectores se debe superponer al mapa de la efectiva distribución del tiempo. Quizás eso nos ayu-

daría a comprender la aparente paradoja de que en la actualidad, con una oferta editorial mucho mayor y cualitativamente más diferenciada, con una escolaridad del cien por cien, esas tasas permanezcan proporcionalmente inalteradas. El libro y la lectura han cambiado a lo largo de la historia, y estamos ahora en un momento de profunda mutación. En ese contexto el libro debe competir hoy en un mercado caracterizado por la explosión del consumo multimediático, de ciclos breves, de mercancías de alta caducidad y sometido a una continua sucesión de novedades al dictado de la publicidad y de las modas. Esta acelerada y contundente mercantilización del ámbito cultural, que no ha hecho más que empezar, está ya afectando gravemente al mundo del libro. A los editores y libreros sin duda, pero también a los lectores y a los docentes que asisten a la caída en picado del gusto por la lectura.

Un ejemplo para acabar: según datos de una rigurosa encuesta de la Fundación Bertelsman, un 55 % de los niños escolarizados en Primaria afirman que les gusta «mucho» leer; en el último curso de Secundaria la cifra baja hasta el 8 %. Las tradiciones culturales del ayer más inmediato están desapareciendo, y el libro deberá saber adaptarse al espíritu del tiempo y hallar un lugar propio en ese mosaico fragmentado y cambiante. Difícil, pero no imposible.

Victoria Fernández



ANNA MIRALLES

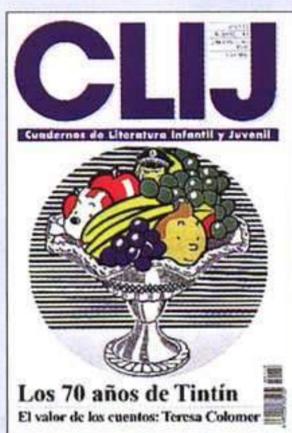
Victoria Fernández

COMPLETE SU COLECCIÓN CON LAS OFERTAS DE

CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil

MONOGRÁFICOS ESPECIALES



**100 años de cine
y literatura**
¿100 años de cómic?
La ilustración a debate
Los 70 años de Tintín
4 ejemplares de **CLIJ**
(números 74, 85, 102 y 118),
por sólo 2.200 ptas.

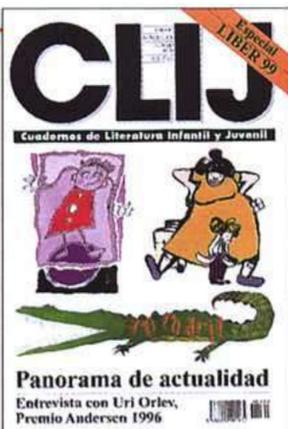
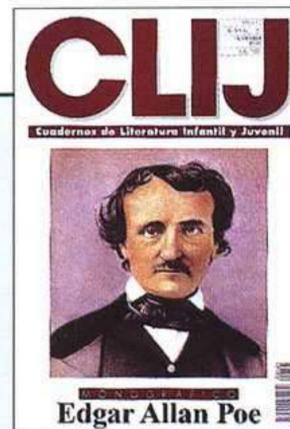
MONOGRÁFICOS DE AUTOR

¿Quiénes fueron? ¿Cómo vivieron?
¿Qué escribieron?

**Jules Verne, Hermanos Grimm, Charles Perrault,
Daniel Defoe, Edgar Allan Poe.**

Las más completas monografías ilustradas sobre los
clásicos de la literatura infantil y juvenil universal.

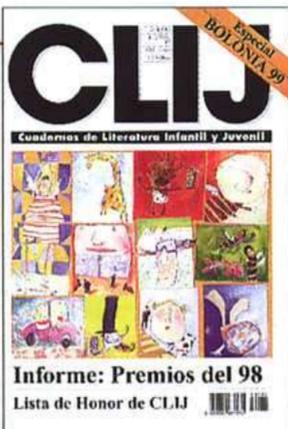
5 ejemplares de **CLIJ** (números 77, 88, 99, 110 y 121), por sólo 2.750 ptas.



PANORAMA DEL AÑO

Números monográficos sobre el sector del libro
infantil y juvenil. Con artículos de críticos
y especialistas de **Cataluña, Galicia, País Vasco,
Comunidad Valenciana y Asturias**, sobre el
panorama anual de la edición.

5 ejemplares de **CLIJ** (números 76, 86, 98, 108 y 120),
por sólo 2.750 ptas.



LOS PREMIOS DEL AÑO

¿Qué premios se conceden cada año en España?
¿Qué escritores e ilustradores han sido los galardonados?
**Sus biografías, sus obras, sus opiniones
sobre la LIJ.**

La mejor información sobre «los mejores del año».

5 ejemplares de **CLIJ** (números 71, 82, 93, 104 y 115),
por sólo 2.750 ptas.

Recorte o copie este cupón
y envíelo a:

**EDITORIAL TORRE
DE PAPEL**

Amigó 38, 1º 1ª,
08021 Barcelona

Sírvanse enviarme:

- Monográficos autor
- Monográficos especiales
- Panorama del año
- Premios del año

Forma de pago:

- Cheque adjunto
- Contrarrembolso
(más gastos de envío)

Nombre

Apellidos

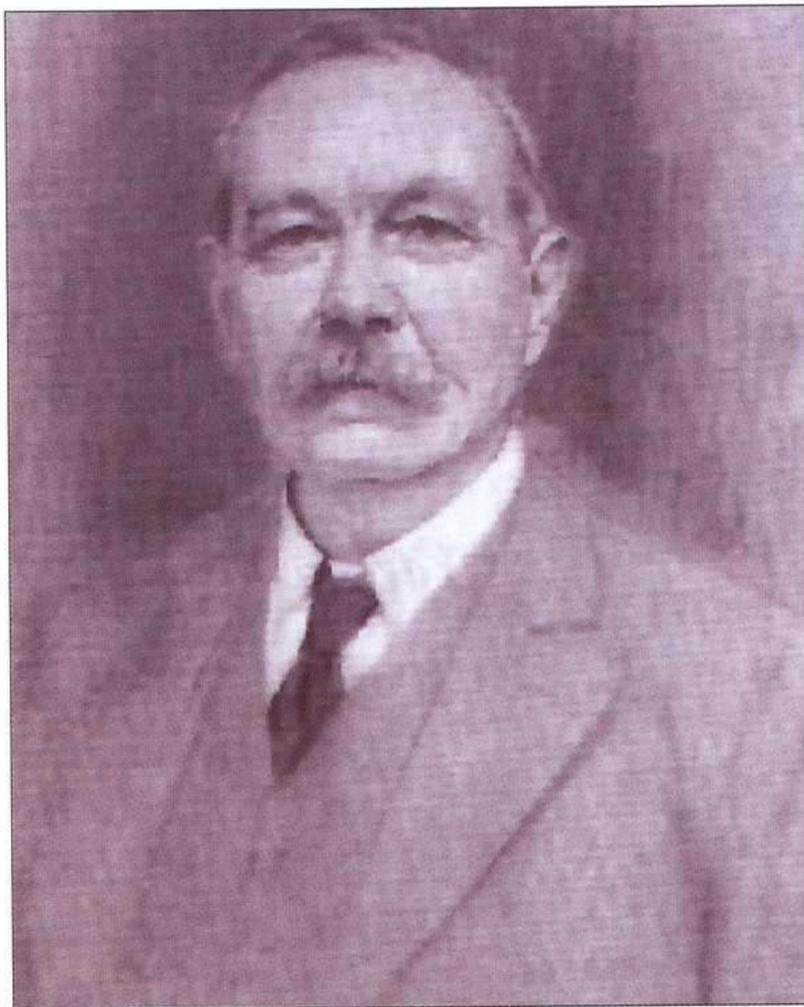
Domicilio Tel.

Población C.P.

Provincia

ARTHUR CONAN DOYLE

Monográfico Arthur Conan Doyle



Dice el propio Conan Doyle en el prólogo de sus *Memorias y aventuras* (Valdemar, 1999): «Creo que es difícil encontrar una vida más variada que la mía en cuanto a experiencias y aventuras». Y, sin duda, tiene razón. Pero también es cierto que este Dr. Jeckyll de las letras creó un Mister Hyde, el detective Sherlock Holmes, muy poderoso, tanto que la vida del personaje de ficción llegó a eclipsar la de su creador.

En este monográfico, que no obedece a conmemoración alguna, nos hemos propuesto descubrirles o recordarles los hitos más importantes en la biografía de Arthur Conan Doyle, y ahondar en su obra, concretamente en sus novelas policíacas que le dieron fama mundial, aunque sin olvidar mencionar las obras históricas, de las que se sentía especialmente orgulloso, o las novelas de ficción científica para las que inventó otro personaje mítico, el profesor Challenger.

A través de los datos de su vida, descubriremos que Conan Doyle fue un patriota siempre dispuesto a participar en las contiendas en las que su país se vio envuelto y a defender la idea de colonialismo que éste representaba; un político comprometido; un escritor fascinado por la historia, que consideraba la novela policíaca como un subgénero literario; un deportista que despuntó en el críquet o el boxeo; o un curioso impenitente que dedicó treinta y seis años de su vida a las investigaciones psíquicas, al espiritismo. Un personaje, en definitiva, del que encontramos resquicios tanto en Holmes como en Watson. «Con frecuencia me han preguntado si poseo las facultades de Holmes, o si soy simplemente el Watson que parezco», escribió en sus *Memorias* Conan Doyle, para acabar admitiendo que no se puede fabricar un personaje y hacerlo realmente verosímil si uno no tiene algunos elementos de ese personaje.

Y si la fama de Holmes siempre sorprendió a Conan Doyle, ahora el sorprendido sería el detective al leer en los periódicos la noticia, publicada en el mes de septiembre pasado, de que Scotland Yard investigará al escritor, muerto hace ahora setenta años, por la muerte de su amigo Fletcher Robinson. Los indicios de este asesinato los ha investigado el psicólogo Rodger Garrick-Steele, que afirma que Doyle se deshizo de su amigo para hacerse con el manuscrito de *El sabueso de los Baskerville* y porque se entendía con su mujer, Gladys Robinson. La teoría de Garrick-Steele, apoyada en las pruebas circunstanciales que ha encontrado, es que el escritor se sirvió de sus conocimientos médicos para ayudar a Gladys a su-

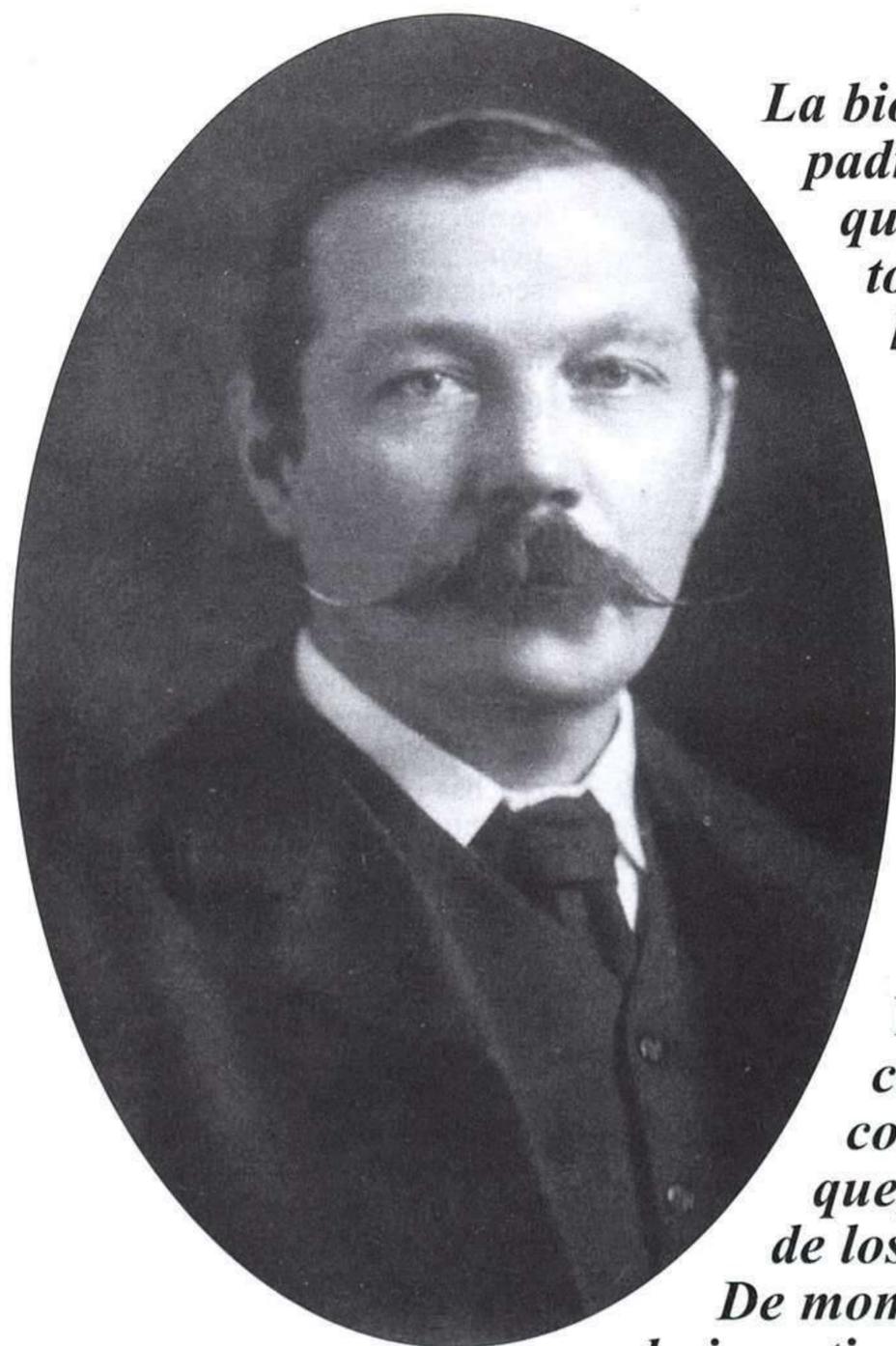
ministrarle a su marido una dosis letal de veneno. El tifus no sería, pues, lo que acabó con la vida de Robinson, un periodista que dio a conocer a Conan Doyle la leyenda que inspiraría *El sabueso de los Baskerville*, un éxito de ventas en su época y la novela con la que resucitó a Holmes literariamente.

En fin, a la espera de la resolución de este último capítulo en la vida del escritor, ofrecemos estos textos escogidos de apéndices aparecidos en distintas ediciones de obras de Conan Doyle en la colección Tus Libros de Anaya. Son magníficos artículos sobre su vida y obra firmados por Juan José Millás, Juan Tébar, Santiago R. Santerbás, Eduardo Torres-Dulce Lifante, Juan Manuel Ibeas, José Agustín Mahieu y Nuria Hernández de Lorenzo, que merecen ser rescatados por su calidad y vigencia. Completan el monográfico, un artículo original de Núria Obiols sobre los ilustradores de Conan Doyle, y otro inédito de Emilio Pascual, escritor y editor, que ha buceado en la biblioteca de Holmes, para ver lo que leía y también lo que escribió.

ARTHUR CONAN DOYLE

Retrato de un artista

por Juan José Millás*



La biografía de Sir Arthur Conan Doyle, el padre del más famoso detective del mundo que murió hace ahora setenta años, todavía no está cerrada. Los diarios se hacían eco, el pasado mes de septiembre, de una noticia sorprendente: Scotland Yard se dispone a investigar al famoso escritor por la muerte de su amigo Fletcher Robinson en 1907. Parece que el psicólogo Rodger Garrick-Steele ha reunido pruebas circunstanciales suficientes para acusar a Doyle de asesinato por un doble motivo, porque mantenía un romance con la esposa de Robinson y porque le robó el manuscrito de El perro de los Baskerville, la novela con la que resucitó a Holmes y que se convirtió en un best-seller. Un caso que, seguramente, habría interesado al rey de los detectives.

De momento, y a la espera de los resultados de la investigación de Scotland Yard, les ofrecemos esta breve semblanza de un creador que también frecuentó, con éxito, otros géneros literarios aparte de la novela policiaca, y que llegó a odiar al personaje que le proporcionó la inmortalidad literaria.

Arthur Conan Doyle nació en Edimburgo el 22 de mayo de 1859 en el seno de una familia en la que parece que el fracaso no estaba permitido.

Fue nieto del caricaturista John Doyle, cuya obra gozó del aprecio de sus contemporáneos. En la Galería Nacional de Dublín puede verse todavía un retrato de Moore pintado por él. Pero, según Pierre Nordon, uno de los biógrafos más importantes de Conan Doyle, la influencia de su tío abuelo Michael Conan, de quien tomó el apellido, fue altamente beneficiosa para el futuro escritor. Cuentan que el regalo que escogió para su bautizo fue un libro de caballería, y que mientras vivió procuró que su nieto rehuyera los estudios demasiado especializados para concentrarse en las grandes obras de la literatura que estimulaban su imaginación y su fantasía.

Familia de artistas

El pequeño Arthur nació, pues, marcado por el deseo y en una familia de artistas en la que todos los miembros obtuvieron cierta fama. Así, su padre y su tío fueron ambos pintores muy conocidos a través de sus colaboraciones en periódicos y revistas.

Su madre, Mary Foley, era una mujer tolerante y profundamente imaginativa, cuyas historias marcaron para siempre la sensibilidad narrativa de Arthur. De la relación con su madre, de quien obtuvo un apoyo constante durante toda su vida, ha quedado una importante correspondencia a través de la cual nos es dado conocer los fluctuantes estados de ánimo de Arthur y su propia evolución hacia el agnosticismo.

Se educó en una escuela pública de Edimburgo y, posteriormente, siguiendo la tradición católica familiar, ingresó en un colegio de los jesuitas. Es posible que la formación religiosa de esta orden —caracterizada por su dureza y dogmatismo— produjera, como en tantos otros ejemplos ilustres, una reacción contraria que a la larga se manifestó si no en una postura claramente antirreligiosa, sí en una actitud agnóstica frente a todos los fenómenos relacionados con la religión. Conan Doyle ha dejado constancia en su autobiografía del rechazo que sentía por



Arthur Conan Doyle con su padre, Charles Doyle, en 1865. El escritor tenía entonces 5 años. Las relaciones con su padre, dibujante y pintor de talento, fueron a veces difíciles y distantes. Charles dejó siempre en manos de su esposa, Mary Doyle (retrato inferior), la administración de la casa y la crianza de los hijos. Con el raquítico sueldo del padre era muy difícil que la familia llegara a fin de mes. Las hermanas de Arthur empezaron a trabajar muy jóvenes como institutrices en otros países, como Portugal, para aportar dinero a casa.

Arthur estuvo siempre muy unido a su madre, cuyos consejos siempre escuchó, y de la que heredó el gusto por la lectura. Mary tenía una gran imaginación, era una gran contadora de cuentos y, como no, una mujer muy leída.



los métodos de enseñanza a que fue sometido en estos primeros años.

Estudió con los jesuitas un total de ocho años. Su formación humanística tuvo algunas carencias, pero en general llegó a conocer bien a los prosistas latinos y a los clásicos ingleses, Shakespeare especialmente. Estudió también francés, pudiendo leer en el idioma original a Verne y a Gaboriau, al que luego citaría en alguna de sus novelas. En la época final que corresponde a estos primeros años demostró un gran interés por la música, afición que habría de trasplantar a su detective Sherlock Holmes.

Hacia 1871, la mala salud de su padre, Charles Doyle, hizo temer a la familia un desenlace que podría agravar la situación económica del grupo, que, si nunca llegó a ser angustiada, tampoco tenía unos recursos ilimitados. Ante esta perspectiva, el joven Arthur decidió escoger una de las carreras consideradas útiles. Se decidió por la de Medicina y se matriculó en la facultad de esta rama en Edimburgo. De estos años, y si hemos de creer lo que el propio Doyle cuenta en su autobiografía, conservó un recuerdo centrado en el disgusto de tener que estudiar ciertas materias que en su opinión no guardaban una relación importante con la medicina.

A pesar de la actitud crítica que siempre mantuvo respecto al sistema de enseñanza, pronto empezó a trabajar como ayudante de algunos médicos y desarrolló en el estudio de las enfermedades el espíritu observador y científico que latía en él. No hay que dudar, pues, que el estudio sistematizado y riguroso de materias tales como la Anatomía, la Filosofía y la Química hubieron de crear profundos sedimentos que posteriormente supo aprovechar, y con mucho acierto, como autor de narraciones policíacas.

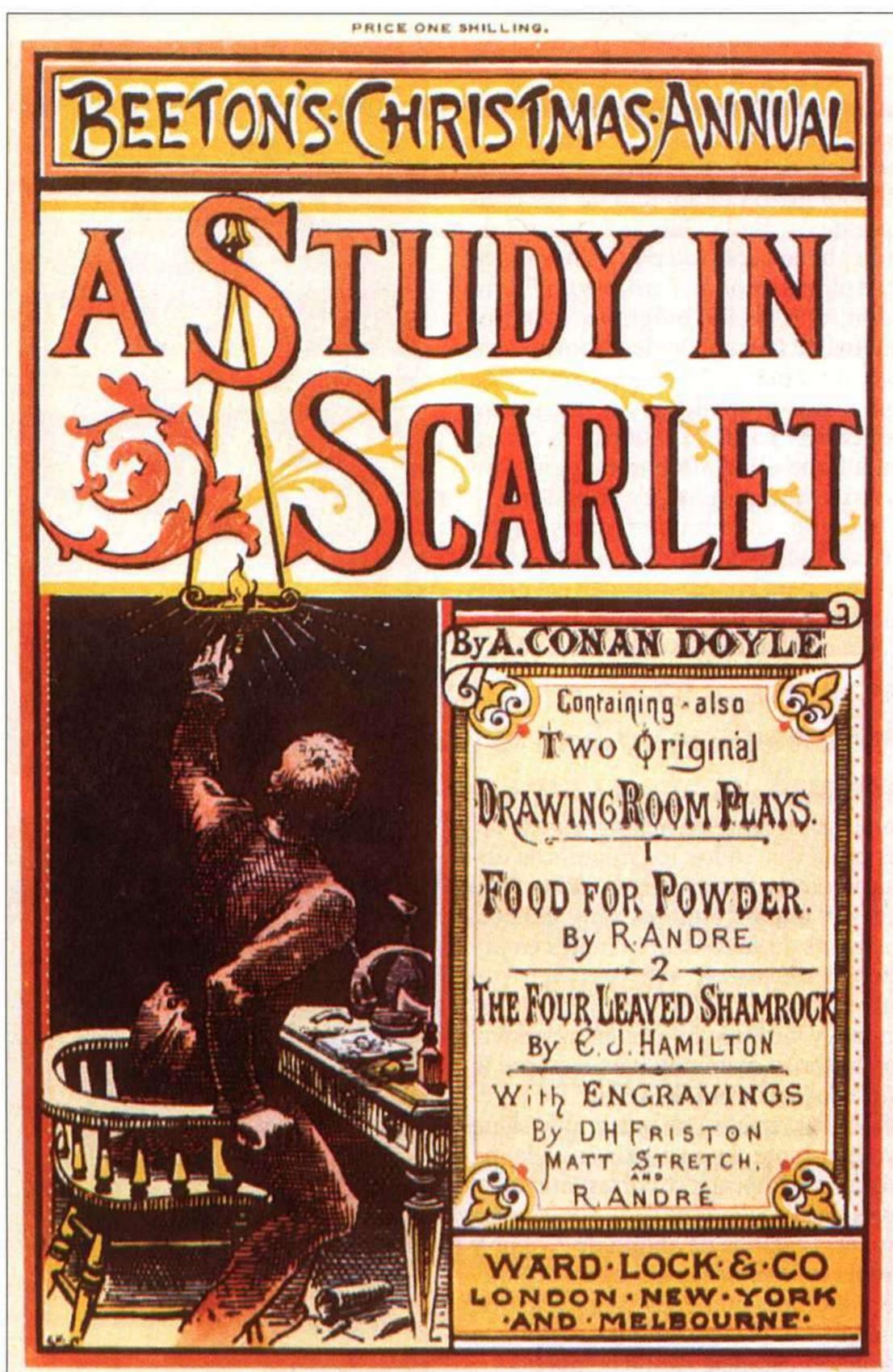
Entre tanto, y en sus ratos libres, cultivaba una afición que le seguía desde niño, la escritura, consiguiendo publicar en alguna revista cuentos que no obtuvieron ninguna resonancia.

Médico aburrido y escritor en busca de personaje

Al terminar su carrera y sin ninguna perspectiva inmediata de trabajo, Conan

Doyle ocupó la plaza de médico en un barco ballenero. Tenía entonces 21 o 22 años, y con esta experiencia consiguió satisfacer, de un lado, su pasión por los viajes y, de otro, su amor por la naturaleza, perfectamente explicado en las zo-

nas de su autobiografía en las que describe los paisajes que conoció en aquella época. Más tarde, y también como médico de otro barco, conoció las costas de África oriental. Padeció en este continente una grave enfermedad, y de



La primera aparición de Holmes y Watson tuvo lugar en Estudio en escarlata, publicada en el Beeton's Christmas Annual en 1887, del que reproducimos la portada.

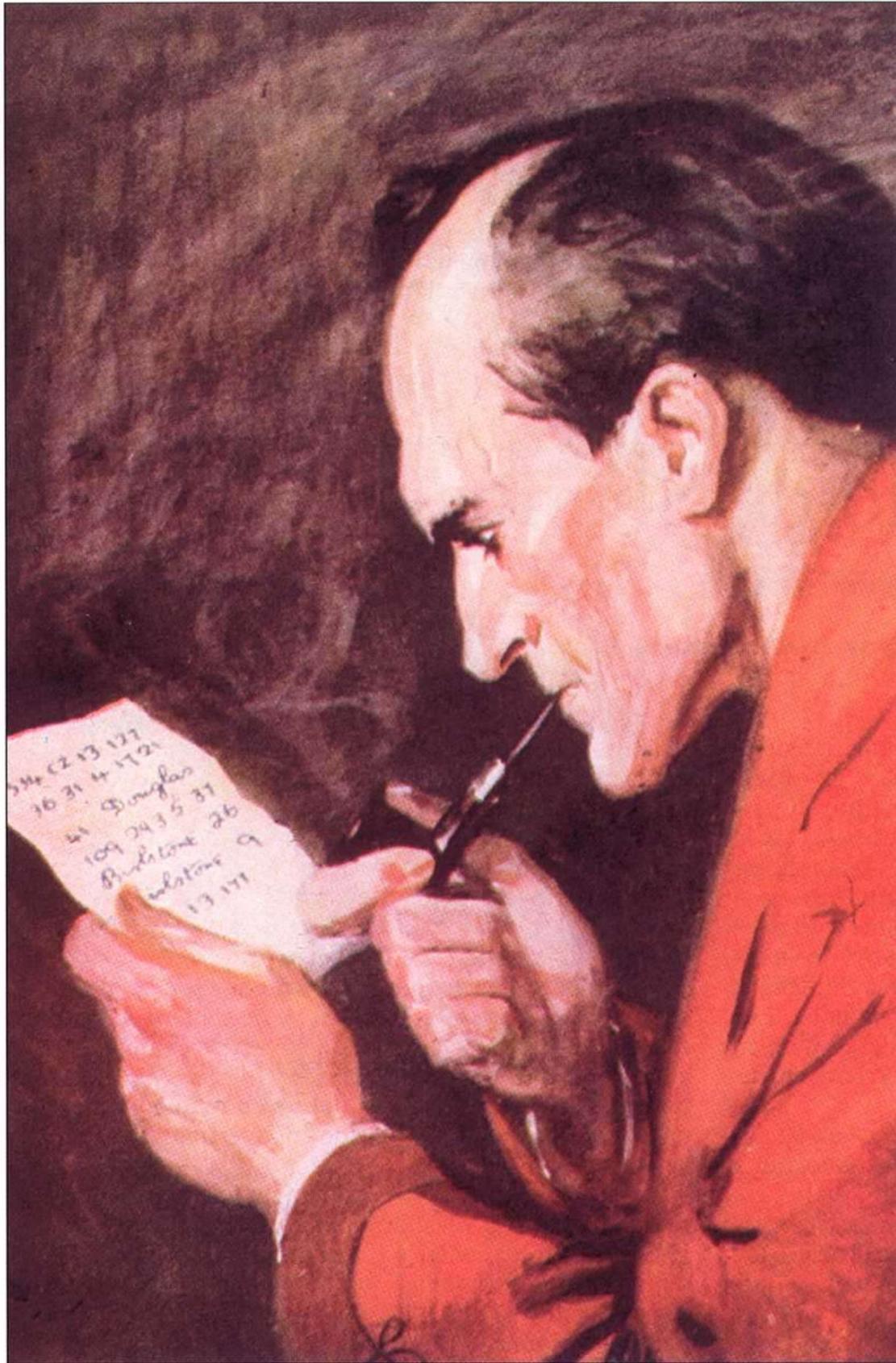


Ilustración de Frank Wiles para *The Valley of Fear*, publicada en el *Strand Magazine* en 1915. Holmes era ya el rey de los detectives y había eclipsado con su personalidad la de su creador.

regreso a Inglaterra su vida corrió peligro al incendiarse el barco en el que viajaba.

Instalado de nuevo en Inglaterra, y sin tener muy claros todavía hacia que objetivos debía dirigir sus energías, trabajó

una temporada en Plymouth, ayudando a un médico que había sido compañero suyo en la facultad de Edimburgo. Las diferencias profesionales e ideológicas de ambos ex condiscípulos hicieron que esta unión durara poco.

Entonces Arthur puso una consulta propia en Southsea y se instaló allí con su hermano pequeño, de cuya educación se había hecho cargo. Los primeros tiempos fueron difíciles debido a la falta de clientela pero, poco a poco, la situación económica se fue estabilizando, y en 1885 Conan Doyle pudo contraer matrimonio con Louise Hawkins.

Los numerosos biógrafos de Conan Doyle suelen detenerse en estos años en los que el joven médico permaneció en su consultorio de Southsea, en Londres. Los pacientes nunca llegaron a ser muy numerosos y la pregunta, por tanto, es en qué podía ocupar Conan Doyle las horas de ocio entre enfermo y enfermo, quienes, al principio sobre todo, llegaban con cuentagotas.

No hay duda de que el carácter algo melancólico y perezoso a veces de Sherlock Holmes es un trasunto del de su autor, cuya iniciativa física debía de estar perfectamente compensada por el trabajo intelectual que desembocó en la creación del genial detective. Hay en Holmes un componente depresivo, que Watson atribuía al principio al consumo de opio, durante el cual su cabeza funcionaba a tope.

La imagen de Holmes mirando con pasividad la lluvia a través de las ventanas del apartamento de Baker Street bien puede representar la imagen real de Conan Doyle sentado pacientemente en su consultorio a la espera de algún enfermo. Lo cierto es que durante esta época el médico de Southsea hubo de madurar, después de algunos fracasos literarios, cuál debería ser su camino en el terreno de la narrativa.

Al tiempo que despejaba estas incógnitas, sometido al aparente aburrimiento de la también aparente inactividad, fue naciendo en su interior el personaje que le haría famoso. Había leído a Poe y a Gaboriau; conocía el género y disponía de los elementos funcionales que ponen en marcha una trama policiaca. Le faltaba crear al detective, dotarlo de una personalidad propia y de algunos atributos diferenciales. Gran parte de esa personalidad, alguno de sus atributos, los tomó de sí mismo, y en 1886, por fin, un domingo del mes de abril, terminó *Estudio en escarlata*, novela en la que quedaron fijadas todas las constantes del

detective Sherlock Holmes. Tenía Conan Doyle 26 años y le quedaban muy pocos para alcanzar la fama que le haría universalmente conocido.

Estudio en escarlata no obtuvo un éxito inmediato. Fue publicada en el *Betons Christmas Annual* en 1887, y su autor recibió veinticinco libras a cambio de renunciar a todos los derechos sobre el manuscrito. La crítica especializada ignoró por completo la aparición de esta novela, y Conan Doyle, justamente desanimado, intentó olvidarse del sagaz detective.

El detective que detesta lo hace famoso

Por entonces comenzó a interesarse por la novela histórica, que siempre le había entusiasmado, y dirigió hacia este género todas sus fuerzas. Sin embargo, en 1889, el editor del *Lippincott's Magazine* le pidió una segunda aventura de Holmes. Doyle se la envió y el trabajo comenzó a dar sus frutos. A los dos años, el editor del *Strand Magazine* negoció con Doyle la contratación de nuevas aventuras de esta serie.

Es curioso observar cómo Conan Doyle, que había abandonado ya la medicina para dedicarse en cuerpo y alma a la literatura, se resiste a aceptar la gloria que las aventuras de Sherlock Holmes comienzan a proporcionarle. A medida que la demanda aumenta, Doyle siente un mayor desprecio por esta clase de literatura. En 1891, cuando estaba a punto de terminar una nueva serie de seis aventuras en las que interviene Holmes, escribe a su madre una carta en la que le dice que está harto del detective y que va a li-

El nacimiento de Sherlock Holmes

por Juan Manuel Ibeas*

Conan Doyle se había propuesto crear un detective prácticamente infalible, gracias a sus «hábitos de observación e inferencia, desarrollados hasta constituir un sistema», y tomó como modelo a uno de sus profesores de la universidad, el doctor Joseph Bell (1837-1911), un hombre delgado, de frente despejada y nariz aguileña, ojos grises y penetrantes, y «voz aguda y discordante». El doctor Bell recibía a sus pacientes «con la expresión de un indio piel roja» y diagnosticaba al instante sus dolencias, antes de que ellos tuvieran tiempo de abrir la boca. Les enumeraba los síntomas e incluso les daba detalles de su vida pasada y de sus actividades cotidianas. Prácticamente nunca se equivocaba.

El propio Conan Doyle explicó así el proceso en su autobiografía titulada, muy apropiadamente, *Memorias y aventuras*:

«En aquel momento me consideraba capaz de hacer algo más fresco y vibrante, y también más esmerado (que los relatos de detectives escritos hasta entonces). Admiraba a Gaboriau por la exquisita construcción de sus tramas, y el magistral detective de Poe, M. Dupin, había sido uno de mis héroes de juventud. ¿Podría yo aportar algo nuevo en este campo? Me acordé entonces de mi antiguo profesor Joe Bell, con su cara de águila, sus modales excéntricos y su misteriosa facilidad para captar detalles. De haberse dedicado a detective, es indudable que ha habría refinado su fascinante método hasta convertirlo en algo muy próximo a una ciencia exacta. Me propuse intentar conseguir ese efecto. Si aquello era posible en la vida real, ¿por qué no habría de resultar creíble en una obra de ficción? Está muy bien decir que alguien es muy

listo, pero lo que el lector quiere es ver ejemplos de su sagacidad, ejemplos como los que Bell nos ofrecía a diario en el hospital».

La elección de modelo no pasó inadvertida para todo el mundo. Después de leer varias de las aventuras del genial detective, Robert Louis Stevenson escribió desde Samoa a Conan Doyle, preguntando: «¿Es posible que éste sea nuestro viejo amigo Joe Bell?».

Sin embargo, el propio Bell, a quien Doyle había dedicado *Las aventuras de Sherlock Holmes*, tenía sus propias ideas al respecto, y las expresó sin rodeos en una carta al autor: «Tú eres Sherlock Holmes y lo sabes perfectamente». Las dotes intelectuales del joven médico convertido en novelista no habían pasado inadvertidas al sagaz observador.

Ahora bien, el héroe necesitaba un narrador que relatará sus hazañas y resaltara sus cualidades, un personaje que contrastara mental y físicamente con el protagonista, para que éste brillara más por efecto del contraste. Así nació el doctor John H. Watson, ex médico militar, fiel camarada y cronista inigualable, cuya personalidad encierra también muchos aspectos de la del propio Conan Doyle. Flanqueado por esta pareja de *alter egos*, Conan Doyle entró en la historia literaria. Poco sospechaba que llegaría a odiarlos.

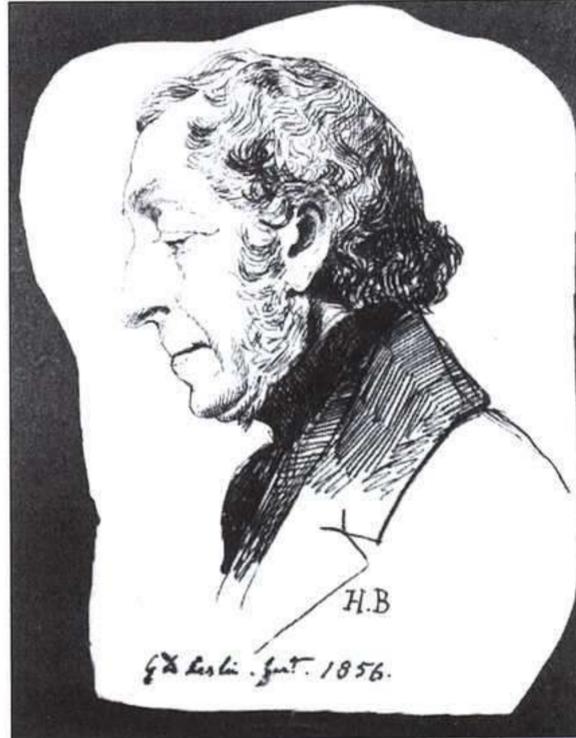
* Juan Manuel Ibeas es escritor y traductor.

Nota

Este texto forma parte del apéndice que Juan Manuel Ibeas escribió para la edición de *Las aventuras de Sherlock Holmes* (Anaya, 1995-1999), obra de la que también es traductor.



Foto de Doyle de principios del siglo XX, seguramente cuando viajó a Sudáfrica durante la segunda guerra boer.



Retrato de John Doyle, el abuelo de Arthur; un famoso caricaturista político que firmaba como «HB», y que creó la «caricatura educada», en un momento en que el género se caracterizaba por ser brutal y grotesco con los personajes que retrataba. Los hijos de John, incluido el padre de Conan Doyle, Charles, fueron todos buenos dibujantes.

Doyle se inspiró en su profesor Joseph Bell, para trazar algunos de los rasgos del carácter y personalidad de Sherlock Holmes, personaje que al principio iba a llamarse Sherrinford Holmes.



quidarlo. Afortunadamente, su madre, que tiene una gran influencia sobre él y que posee más sentido común que Arthur, le responde a vuelta de correo con una dureza que no es usual en ella: «No debes hacerlo, te lo prohíbo absolutamente...».

En 1892 han transcurrido cinco años desde la publicación de *Estudio en Escarlata* y Doyle goza de la fama y del dinero que ésta suele proporcionar. Apenas puede atender a la demanda de los editores y su odio por el detective aumenta. Parece como si Sherlock Holmes le hubiese arrebatado la fama y el honor que sólo le correspondían a él. La relación con el doble imaginario, cuya existencia por otra parte le ase-

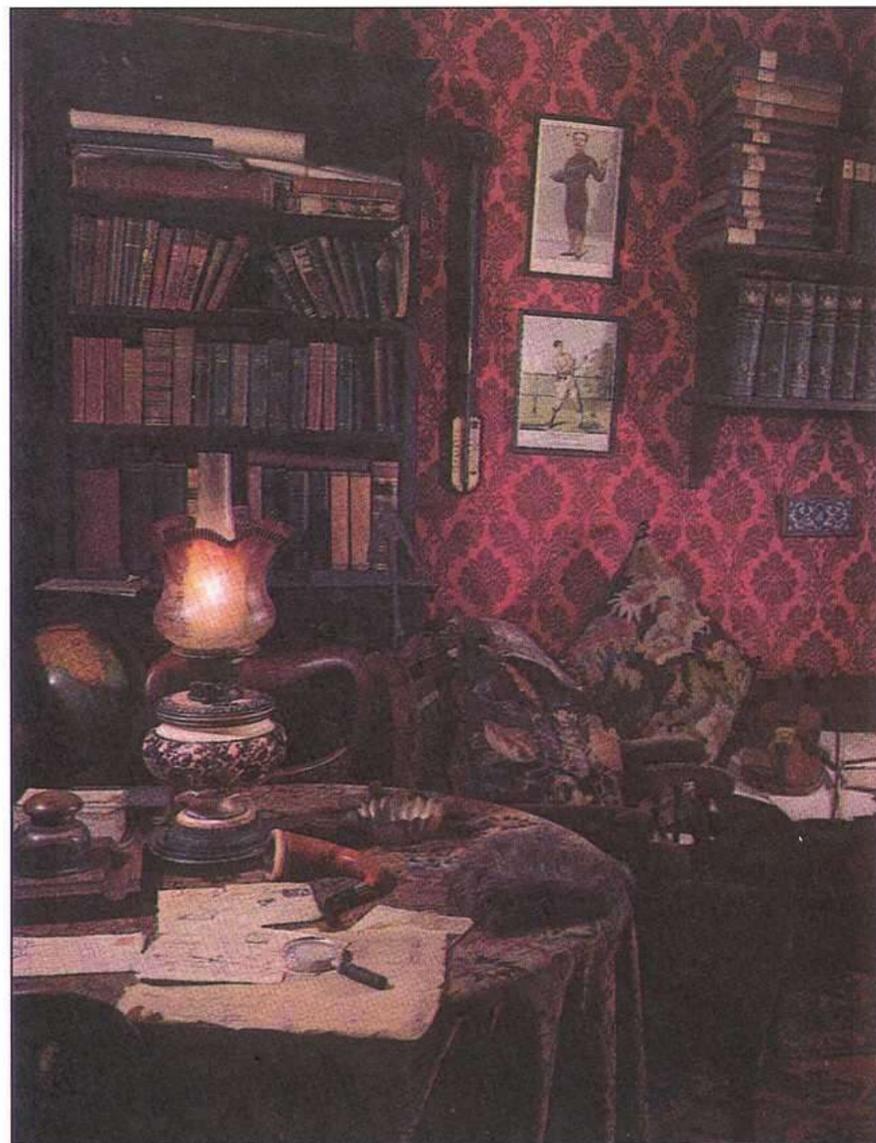
gura unos ingresos considerables, se complica hasta extremos dignos de estudio por un especialista en la materia. Acabará matándolo, por fin, en su relato *El problema final* (1893), pero su muerte no dudará demasiado. Es de nuevo su madre quien en 1903 le anima a resucitarlo venciendo las resistencias el autor, que contaba entonces 43 años.

En 1902 Conan Doyle recibió del gobierno británico el título de «Sir», distinción de nobleza con la que, además de reconocer la fama que el escritor había alcanzado, se le premiaban sus opiniones favorables a la política que Inglaterra había llevado a cabo en la guerra contra los boers.

Patriota, político y viajero

Es, pues, a estas alturas todo un personaje que no puede escapar, como Chesterton, como tantos otros, a la atracción de la vida política. El Parlamento inglés, uno de los más antiguos de Europa, goza de una actividad notable, y en él se debaten todos los temas de un país cuyas ideas coloniales han comenzado a entrar en crisis. La sociedad inglesa de finales de siglo pasado y principios del actual va a poner en cuestión gran parte de los valores morales y políticos de la época victoriana.

Conan Doyle llegó a ser diputado, representando en la cámara los intereses de la ciudad en la que había nacido. Su



Louise Hawkins, la primera esposa de Conan Doyle. Murió en 1906 de tuberculosis y, aunque el escritor nunca le fue infiel, estando ella enferma se enamoró platónicamente de Jean Leckie. A la derecha, habitación de Holmes en el 221 B de Upper Baker Street.

apoyo al gobierno inglés en los conflictos internacionales en los que éste se vio envuelto le valieron, además del título de nobleza ya mencionado, el aprecio de las instituciones. Sus tesis tenían con frecuencia un apoyo teórico basado en los conocimientos estratégicos adquiridos en la guerra con las repúblicas de Orange y Trasvaal.

Se dice de él que fue un buen soldado y un patriota, pues no hubo conflicto en el que no quisiera participar de forma activa. Así, durante la guerra anglo-bóer visitó el sur de África y sirvió como médico en el hospital de Langman Field. Todas estas experiencias han quedado reflejadas en libros como *Historia interina de la guerra* o *La gran guerra bóer*. Es sobradamente conocida la anécdota relativa a su actuación cuando estalló la primera guerra mundial: tenía entonces

55 años y pretendió ser admitido como voluntario. Naturalmente fue rechazado, pero él no dejó, desde la retaguardia, de hacer su lucha particular con escritos y conferencias destinados a levantar el ánimo de sus compatriotas.

Desde que Conan Doyle alcanzó la fama y la riqueza a finales de siglo hasta su muerte, acaecida en 1930, no hubo actividad humana que no le interesara y a la que no dedicara una parte de su inteligencia y de su tiempo.

Los viajes fueron una de sus grandes pasiones. Ya han quedado reseñados en líneas anteriores algunos de los que efectuó en su juventud como médico y en su madurez como soldado. Señalemos que también viajó con alguna frecuencia a los Estados Unidos, en donde su obra era bastante conocida. Precisamente, parte de *Estudio en escarlata*

transcurre en aquel país y no es infrecuente que en sus relatos intervengan personajes de aquella nacionalidad.

El espiritismo y otras aficiones

En cuanto a su afición por el espiritismo y fenómenos paranormales en general, que informó gran parte de las últimas décadas de su vida, hay que decir que es el fruto normal de su progresivo apartamiento del catolicismo y de la necesidad de sustituir el vacío de la religión con otro objeto de fuerte contenido espiritual. La severa y dogmática formación religiosa recibida de los jesuitas en sus primeros años se convirtió posteriormente en un agnosticismo repleto de connotaciones escépticas que encajan bien en su carácter, y más tarde, hacia la



¡Leer es Vivir!



Leer es compartir

Participar con risas, sueños, sufrimientos, amores, recuerdos...



Nos gustaría que compartieses **experiencias** y **momentos** con los mejores **autores** e **ilustradores** internacionales y nacionales.



Las colecciones **Montaña Encantada**, **Gaviota Junior** y **Punto de Encuentro** reúnen una cuidada selección de títulos para todas las edades; encontrarás **cuentos, relatos, obras de teatro, poesía** y mucho más.



Acompáñanos y descubre por ti mismo que **leer es sentirte único y elegido.**



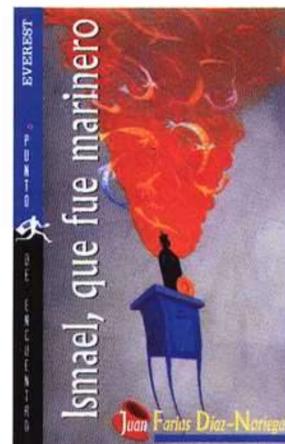
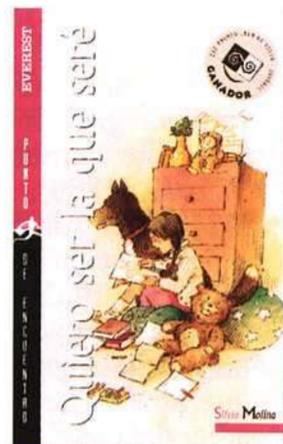
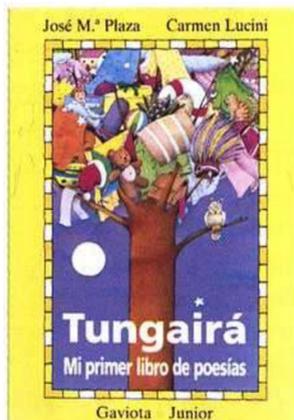
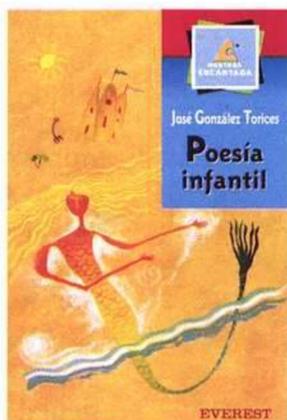
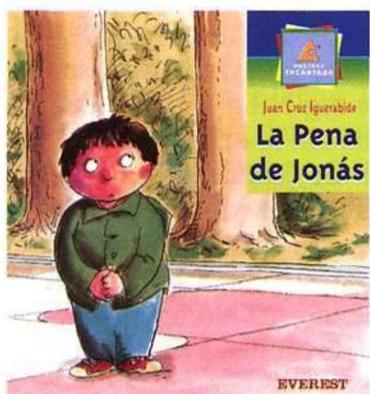
Primeros Lectores

A partir de 6 años

A partir de 8 años

A partir de 12 años

A partir de 14 años



Para más información:
902 123 400

GRUPO EVEREST

Ilustraciones de Teresa Novoa, Padia y los trampolineiros. Montaña Encantada.

ARTHUR CONAN DOYLE

madurez, en un acercamiento a todo aquello que tuviera que ver con el espiritismo. Salvando las relaciones individuales que Doyle pudiera tener con estos fenómenos, es preciso encuadrar su actitud dentro de una corriente que había comenzado hacía muchos años y que tendría que crecer. El mismo Chesterton, convertido al catolicismo en 1922, confesaba haber provocado experiencias espiritistas en su juventud, y otros autores bien conocidos por Doyle, como Poe y Dickens, manifestaron siempre su admiración y su interés por toda clase de fenómenos paranormales.

Aparte de la literatura, la medicina, los viajes, el espiritismo, la política y la guerra, Conan Doyle se interesó por la aeronáutica, por los progresos del automovilismo y de la navegación, y también por el boxeo. Tanta actividad contrasta con la imagen pasiva y melancólica de aquel médico de Southsea. Sin embargo, ambos sujetos son la misma persona, del mismo modo que también en el Sherlock Holmes misógino y variable, sometido a etapas de fuerte depresión, nos es posible adivinar numerosos rasgos de su creador, Sir Arthur Conan Doyle, al que no le fue dado alcanzar tanta fama como el detective que él mismo creó.

Géneros que cultivó con éxito

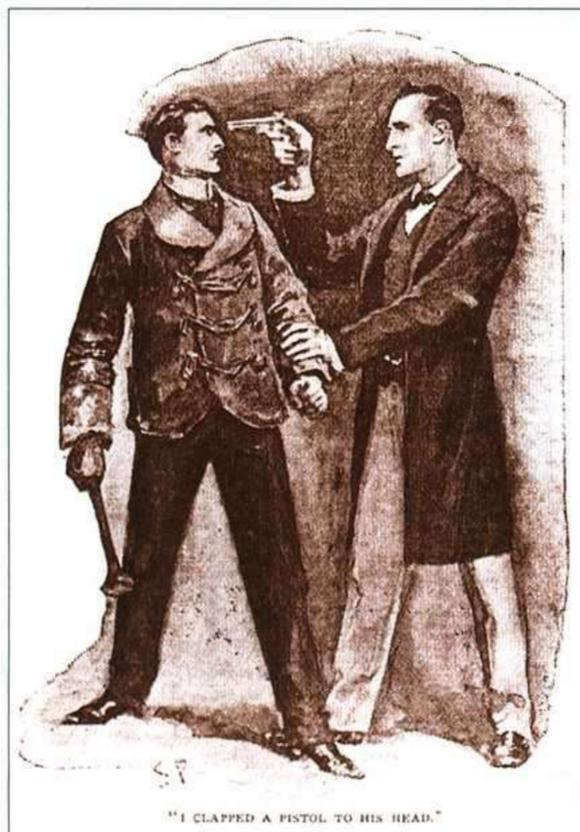
La obra de Conan Doyle, oscurecida por la serie de novelas y relatos de Sherlock Holmes, es más extensa de lo que se suele imaginar y abarca géneros y contenidos temáticos diferentes. Antes de entrar a considerar sus novelas y cuentos policíacos, veamos otros aspectos de su obra con frecuencia ignorados:

— *La novela histórica*. Este género fue sin duda el preferido de Conan Doyle y es muy probable que, de no haber tenido éxito con Sherlock Holmes, hubiera dedicado a él todas sus energías. Entre otros títulos, y dentro de este apartado, cabe señalar *Micah Clarke* (1889), *La guardia blanca* (1891) y *La sombra grandiosa* (1892). Es preciso citar aquí también *Aventuras de Gerard* (1903), en la que Conan Doyle utiliza a un personaje aparecido en otra novela suya publicada en 1896, y que no es otro que Etienne Gerard, brigadier del ejército de

Napoleón Bonaparte, que reúne las cualidades de muchos personajes de las novelas de aventuras.

— *El ensayo histórico y la crónica de guerra*. La participación de Conan Doyle en alguno de los conflictos internacionales del Reino Unido le llevó a escribir obras tales como *La gran guerra bóer* y *La guerra en Sudáfrica; sus causas y modos de hacerla*, que contiene una original defensa de la política inglesa en África del Sur. Escribió también una historia del Sudán egipcio titulada *La tragedia del Koroosko*, aparecida en 1898.

Conan Doyle fotografiado junto a los dos hijos de su segundo matrimonio con Jean Leckie, Denis y Adrian, en 1916, en plena I Guerra Mundial. Abajo, ilustración de Sidney Paget para una historia de Holmes, «The Beryl Coroner».



— *Cuentos de misterio y terror*. Como no era menos de esperar en un autor que había leído a Poe y que además pertenecía culturalmente a una tradición en la que había nacido la novela gótica, Doyle cultivó este género con singular acierto. *El tren perdido*, *El hombre de los seis relojes*, *El duende del almacén*, *La caja de laca* o *El cazador de escarabajos* son otros tantos ejemplos de esta actividad. De muchos de ellos es fácil apreciar el interés de Doyle por los temas relacionados con el espiritismo, del que ya se ha hablado anteriormente.

Los antecedentes de Holmes

John Dickson Carr, excelente novelista americano del género policíaco, ha escrito una minuciosa y entretenida biografía de Conan Doyle, en la que da cuenta de la evolución producida en las relaciones entre Doyle y su personaje de ficción. Dickson Carr es, junto con Pierre Nordon, ya citado, uno de los biógrafos más serios que el novelista inglés ha tenido. Y ha tenido muchos; de ahí la dificultad que supone, a la hora de establecer un criterio selectivo, escoger los textos más adecuados o los que más se ajustan a la realidad.

Pero tanto Dickson Carr como Pierre Nordon coinciden en valorar a Holmes como una de las creaciones literarias más geniales de todos los tiempos. Y es esta

genialidad, que lo han convertido en un personaje universal, la que dificulta hacer una síntesis de este ser mítico que al decir de algunos llegó a vivir 103 años. De acuerdo, pues, con este dato, y habida cuenta de que había nacido el 6 de enero de 1854, su muerte debió de producirse hacia 1957. Sobre Holmes se han escrito infinidad de libros, muchas biografías y numerosas aventuras apócrifas. Intentar a estas alturas decir algo nuevo sobre él resultaría inútil; por consiguiente, sólo de la relación individual con la lectura de sus proezas, magistralmente narradas por su cronista el doctor Watson, puede surgir todavía una imagen no deformada del más famoso de todos los detectives de ficción.

Está claro que los antecedentes de Holmes y Watson son Dupin y el anónimo narrador de sus aventuras. Edgar A. Poe había muerto en 1849, diez años antes de que naciera Conan Doyle. Si en los últimos años de su vida Poe había conseguido alcanzar cierta fama, en los años posteriores a su fallecimiento esta fama se convirtió en fervor, y las sucesivas reediciones de sus libros fueron sobradamente conocidas en Europa, principalmente en Inglaterra y Francia, de donde partieron las dos corrientes más importantes de la literatura policiaca.

El Dupin de Poe inauguró el modelo del investigador analítico y deductivo. [...] personaje que, habiendo intervenido sólo en tres narraciones, alcanzó también la fama mundial.

Pero Conan Doyle conocía también la obra de Gaboriau, novelista francés que creó a otro importante y conocido detective de ficción: el inspector Lecoq.

Entre estos dos polos se moverá fundamentalmente Conan Doyle a la hora de iniciar su aventura como autor de novelas policiacas. Para comprobarlo basta leer las primeras páginas de *Estudio en escarlata*, en las que Holmes juzga a sus dos colegas. De Dupin dice: «En mi opinión, Dupin era un hombre que valía muy poco... Sin duda que poseía un algo de genio analítico; pero no era, en modo alguno, un fenómeno». Con el inspector Lecoq es menos respetuoso: «Era un chapucero indecoroso que sólo tenía una cualidad recomendable: su energía» (cap 2).



Doyle en Sudáfrica (1900). Allí sirvió como médico en la segunda guerra boer.

Estos insultos delatan el parentesco y la afinidad que, a pesar de Doyle, unía a su personaje con el detective americano y con el inspector francés. Lo sitúa además dentro de una tradición en la que la función de Holmes consistirá en sentar las bases de un género cuya implantación en Europa, a través de las dos corrientes citadas, va a tener enormes repercusiones tanto en la literatura no policiaca como en el cine.

Sin embargo, Holmes y Watson se van a diferenciar del inspector Lecoq, en primer lugar, en que éste es un funcionario y trabaja por tanto dentro de los límites y de las normas que la institución policial exige. (No olvidemos que es dentro de la corriente francesa donde con más frecuencia se produce la figura del funcionario.) Y de la pareja creada por Poe

se van a diferenciar en que Holmes y Watson participan en cierto modo de las grandezas y las miserias que alegran o entristecen la vida del género humano. Holmes, al igual que Dupin, tiene junto a él a un compañero ingenuo, el doctor Watson, cuya torpeza no tiene otra función que magnificar la inteligencia analítica del detective. En ocasiones, Watson resulta más torpe de lo verosímil; como contrapartida tiene a su favor el ser un excelente cronista y un magnífico narrador que sabe ambientar a la perfección las historias que cuenta, graduando inteligentemente los elementos que intervienen en la resolución de un caso.

Por otra parte, las historias de Dupin al desarrollarse en un París imaginario inventado por la sensibilidad de un escritor americano, sufren de una falta de contexto que hacen que el paisaje resulte frío y duro como el personaje insertado en él. Holmes y Watson, sin embargo, viven en un Londres real; su apartamento está situado en el 221 de Baker Street y por delante de sus ventanas transitan personajes reales sometidos al lluvioso y húmedo clima londinense.

Si bien Holmes posee alguna de las características de Dupin en cuanto a la dureza de sus reflexiones y a la aparente ausencia de sentimientos, Watson se encargara de describir los momentos en los que el famoso detective se encuentra postrado por la depresión y por una suerte de melancolía que revelan la existencia de conflictos internos que su inteligencia analítica y deductiva no puede resolver. Así, cuando Holmes toca el violín o mira caer la lluvia al otro lado de la ventana (sometido tal vez a los efectos del opio, según sospecha Watson en algunas ocasiones), su cronista nos devuelve a un ser humano, aquejado de contradicciones, que en nada se parece al frío y distante personaje de Edgar A. Poe, aunque éste sea el inevitable punto de partida para comprender en toda su dimensión a la criatura de Doyle. ■

*Juan José Millás es escritor.

Nota

Este texto forma parte del apéndice que Juan José Millás escribió para la edición de *Estudio en escarlata* en la colección Tus Libros de Anaya, de 1982.

ARTHUR CONAN DOYLE

Cronología de Conan Doyle

1859 Nació en Edimburgo el 22 de mayo. Era el segundo hijo de Charles Doyle y Mary Foley. Su abuelo, John Doyle, fue un reputado caricaturista —firmaba sus dibujos como «HB»— considerado, de hecho, el padre de la «caricatura educada», en un momento en que el género se caracterizaba por ser brutal y grotesco. Charles, el menor de los hijos de John Doyle, también tenía talento como dibujante, aunque no pudo vivir de ello como sus otros tres hermanos —uno de ellos, Richard, fue uno de los más famosos dibujantes de la revista *Punch*—, así que se empleó en la Scottish Office of Works a los 17 años y allí trabajó siempre sin mejorar su posición ni su sueldo. Ganaba dinero extra ilustrando libros o vendiendo algunas de sus pinturas. No es de extrañar, pues, que Conan Doyle recordara de su infancia los agobios económicos de la familia y los apuros de la madre para llegar a final de mes. De Charles Doyle también se ha dicho que fue epiléptico y un alcohólico, y que toda la responsabilidad de la vida diaria de la familia recayó siempre en Mary Doyle, irlandesa y católica, hija de un médico, que tuvo diez hijos, de los que sólo sobrevivieron siete —cinco chicas y dos chicos—. La madre de Arthur fue una gran lectora, una buena contadora de cuentas, lo que influyó en la vocación literaria de su hijo, que la adoraba.

1868-1870 El pequeño Arthur es enviado a estudiar a Hodder, la escuela preparatoria antes de ingresar en Stonyhurst, un centro de jesuitas en el que lo aceptarían sin cobrarle, con la esperanza de que después seguiría la carrera eclesiástica.



*El creador de Sherlock Holmes fotografiado poco antes de su muerte, en 1930. Ese mismo año publicaba *The Edge of Unknown*, serie de ensayos sobre espiritismo.*

Fueron dos años en Hodder y cinco en Stonyhurst. De aquella época, el escritor recordaba la vida espartana, marcada por la escasa alimentación, los duros y constantes castigos corporales, y también la absurda educación que allí se impartía. En su autobiografía, Doyle se lamenta de lo poco que le sirvieron el Latín y el Griego en su vida, y del poco uso que hizo de las Matemáticas. Pero no fue un mal estudiante. Sobresalió en redacción y fue un notable jugador de

cricket. Sus conocimientos de francés también le permitieron leer a Verne en su lengua original.

1875 Estudia un año más en una escuela de jesuitas en Austria, donde mejora su alemán.

1876 Decide estudiar Medicina en la Universidad de Edimburgo, más que por vocación, por poder estar en casa y ahorrar así dinero en sus años de estudiante. Confió en una beca que, al

final, se quedó en casi nada, así que sus hermanas tuvieron que ponerse a trabajar para aportar sus ingresos a casa.

1878 En la facultad, también se quejó de las materias inútiles. Pero le fascinaron dos profesores: el doctor Bell, en el que se inspiraría su famoso detective, y el profesor Rutherford de ana-

magníficas condiciones físicas (es un buen boxeador), y el viaje colma sus ansias de acción y aventura. También ahí surge su interés por el espiritismo y los fenómenos paranormales.

1881 Se licencia en Medicina y, de nuevo, le espera un trabajo de médico en un barco que se dirige a las costas del este de África. Esta travesía es

bras al año. Los primeros años serán duros, no sólo por los escasos ingresos, sino porque Conan Doyle se hace cargo de su hermano de 10 años. También este año comunica a su familia que ha perdido la fe católica.

1883 Conan Doyle consagra parte de su tiempo a la escritura, que le reporta algún dinero extra. La prestigiosa revista *Cornhill* le publica un relato breve basado en el misterio de *Marie Celeste*.

1884 Empieza a escribir la novela, *The Firm of Girdlestone*, que no se publicó hasta 1890, ya que fue rechazada por varios editores, aunque no era ni peor ni mejor que otras que hizo en esta época.

1885 Arthur se casa con Louise Hawkins, la hermana mayor de un joven paciente que murió. Fue un buen marido, y también un buen vecino, que tomó parte en la vida de la comunidad y que jugó en los equipos de cricket y fútbol de Portsmouth.

1887 Ve la luz la primera novela de Sherlock Holmes, *Estudio en escarlata*, publicada en el *Betons Christmas Annual*. Doyle recibió por ella 25 libras a cambio de renunciar a todos los derechos sobre el texto que la crítica ignoró en su momento. El autor se centró entonces en la novela histórica, y empezó a escribir *Micah Clarke*, que fue publicada dos años más tarde. La novela está situada a finales del siglo XVII, cuando el rey James II intentó reintroducir el catolicismo en Inglaterra con la oposición del Duke de Monmouth, que perdió la batalla de Sedgemoor en 1685, relatada en el libro de Doyle. El libro tuvo bastante éxito y alcanzó las cuatro ediciones en pocos meses.

1888 Aparece *Estudio en escarlata* en un solo volumen y con ilustraciones de Charles Doyle, el padre de Arthur.

1889 Nace Mary Louise, la hija de Conan Doyle.

1890 Publica su segunda novela históri-

tomía, del que sería ayudante un tiempo, y que también le serviría de modelo para crear al profesor Challenger.

1879 Charles Doyle ingresa en un centro asistencial, a causa de su alcoholismo. También este año, Conan Doyle publica anónimamente sus primeros relatos.

1880 Para dejar de ser una carga para la familia, acepta, siendo todavía un estudiante, un puesto de cirujano en un barco ballenero que pone rumbo al Ártico. Conan Doyle es joven, está en

menos placentera y el futuro escritor enferma, presumiblemente de malaria, y ve la muerte de cerca. Pero vuelve a casa curado y con dinero para su madre.

1882 Al principio, acepta ser ayudante de un compañero de facultad, el doctor Budd, en Plymouth. Pero le dura poco, porque Conan Doyle no comparte los poco ortodoxos y poco escrupulosos métodos de su colega. Así que se instala por su cuenta en Southsea, un suburbio de Portsmouth. Mantendrá la consulta durante ocho años, pero no logrará ganar más de 300 li-



A la izquierda, foto de Jean Leckie, la segunda esposa de Doyle. Arriba, retrato de las tres hermanas del escritor —Connie, Lottie y Annette—.

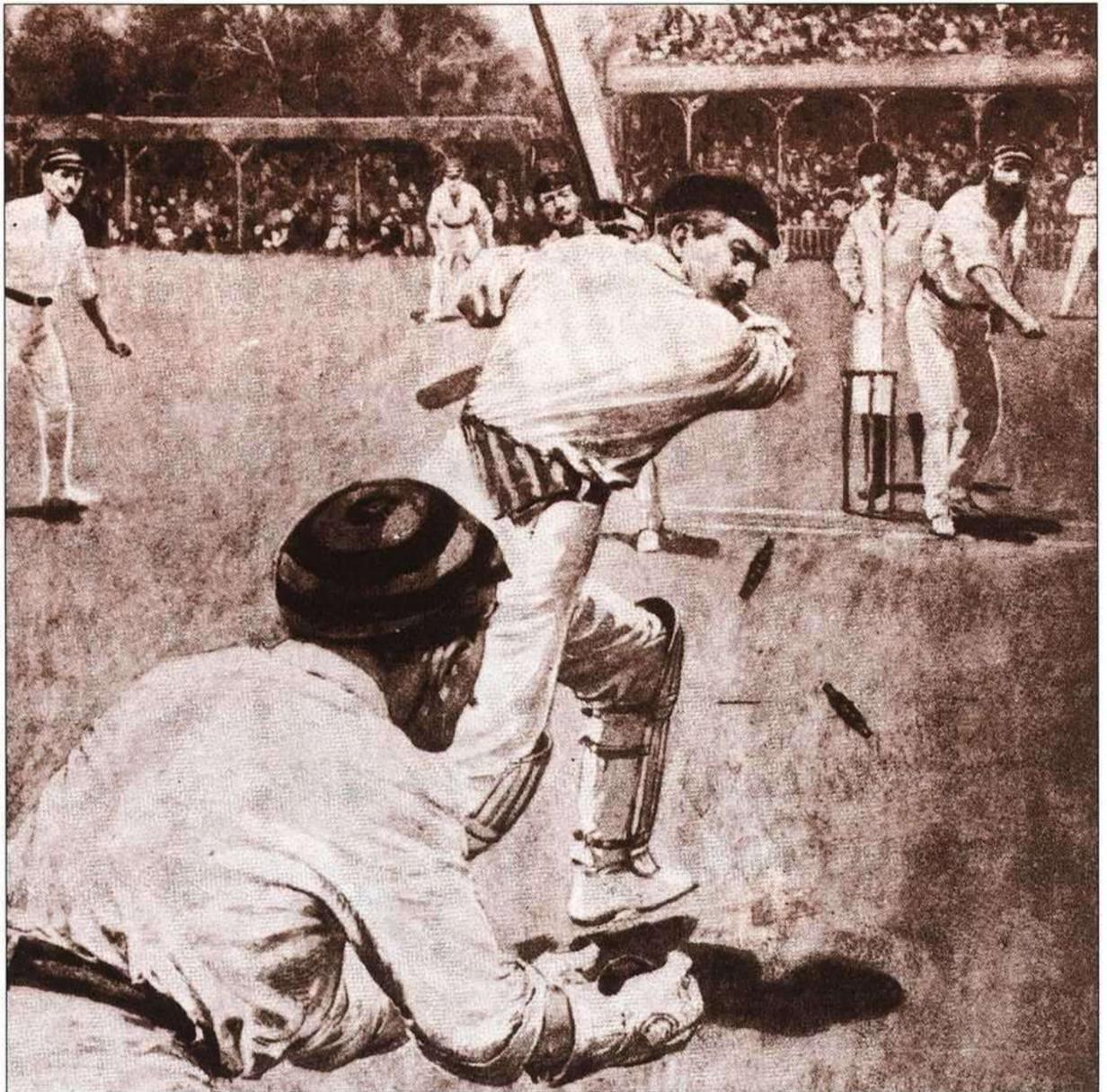
ca, *The White Company*, que tuvo incluso mejor acogida que la primera. La acción se sitúa en la Inglaterra del siglo XIV, bajo el reinado de Eduardo III. Y aparece la segunda aventura de Holmes, *The Sign of the Four*, en el *Lippincott's Magazine*. Se cuenta que una noche que coincidieron en una cena Conan Doyle y Oscar Wilde —este último había leído y le había gustado *Micah Clarke*—, ambos acordaron escribir un libro para el *Lippincott's Magazine*; el de Wilde fue *El retrato de Dorian Grey*. De hecho, Wilde fue uno de los primeros escritores que reconoció el talento de Conan Doyle. Este mismo año, Doyle viaja a Berlín para investigar al bacteriólogo Robert Koch que presumía de haber encontrado cura para la tuberculosis.

1891 Cierra la consulta de Southsea y se va a Viena con su familia con la intención de especializarse en Oftalmología. Los planes fallan y se instala en Londres y abre consulta en Devonshire Place, pero será por poco tiempo ya que decide abandonar la medicina para dedicarse a escribir. Seis historias de Sherlock Holmes aparecen en el *Strand Magazine*.

1892 Nace su hijo Kingsley. Los Doyle viajan a Noruega con un escritor amigo, y allí el creador de Holmes, un buen deportista, esquía por primera vez. Además, intentará introducir este deporte en Suiza.

1893 Muere el padre de Doyle, y su esposa Louise enferma gravemente de tuberculosis. Le dan pocos meses de vida, así que el escritor, que no está de acuerdo con el diagnóstico, se la lleva a Suiza para una cura. Al mismo tiempo, en el *Strand* aparece *The Final Problem*, la última aventura, por el momento, de Holmes. Doyle, que ya odiaba bastante a la criatura que le había dado fama, decide matarla.

1894 Viaja por Estados Unidos en una gira literaria de gran éxito. En este país sus novelas policíacas tienen casi mejor acogida que en Inglaterra y, durante estos años, Doyle será el inglés más popular en América. Ade-



Dibujo que muestra a Conan Doyle jugando al cricket, uno de sus deportes favoritos. La ilustración apareció en su libro *Memories and Adventures*.

más, escribe la pieza teatral *Waterloo*, representada por el gran Henry Irving, y la comedia *The House of Temperley*, ambas logran el éxito.

1895 Conan Doyle es un escritor admirado; un sector de la sociedad victoriana lo respeta por sus ideas políticas; otros prefieren al escritor de novelas históricas y, por supuesto, están los incondicionales de Holmes, un personaje cuya biografía ficticia llegará a eclipsar a la de su discreto creador.

Sin problemas de dinero, Doyle hace construir una casa en Surrey, un condado terapéutico para la dolencia de su mujer. El invierno, por las mismas causas, lo pasarán en Egipto, en un hotel cercano a las pirámides.

Se publica *The Stark Munro Letters*, una novela autobiográfica.

1896 Se publica *The Exploits of Brigadier Gerard*, novela protagonizada por Etienne Gerard, brigadier del ejército de Napoleón Bonaparte. Fue uno de los pocos personajes divertidos, sin ser ridículo, que creó Doyle, y uno de los que merecen pasar la prueba del tiempo. El héroe, que protagonizó en 1903 otra novela de Doyle, *The Adventures of Brigadier Gerard*, está basado en el Barón de Marbot, un vanidoso y amante de la pompa y la ostentación que, sin embargo, demostró habilidad y valentía en la batalla.

La otra novela editada este año fue *Rodney Stone*, sobre los combates de



Doyle emprendió varias cruzadas para liberar a personas injustamente condenadas. Uno de ellos fue Oscar Slater (en la foto), un judío alemán acusado de asesinato.

boxeo durante el período de la Regencia. El pago adelantado por esta novela fue el más sustancioso que recibió nunca el autor que, como ya hemos señalado, tenía debilidad por este deporte, aunque había aspectos que no le gustaban. Incluso así, creía en su calidad de deporte formativo sobre todo para chicos de los barrios pobres de las ciudades y él mismo impulsó la creación de clubes de boxeo en Londres y Glasgow.

1987 Doyle conoce a la joven y hermosa Jean Leckie, y se enamora. Es un amor platónico que se atreve a confesar a su madre y a algunos amigos. Sin embargo, cuidará cariñosamente de su mujer, postrada en cama, hasta su muerte.

Se publica *Uncle Bernac*, una novela histórica ambientada en tiempos de la Revolución Francesa.

1898 De su estancia en Egipto y Sudán queda *The Tragedy of Korosko*, una historia del Sudán egipcio.

1899 Estalla la segunda guerra Bóer, y Doyle se presenta como voluntario, pero no es aceptado. Publica *A Duet With An Occasional Chorus*, una novela de costumbres sociales.

1900 Finalmente, el escritor parte hacia Sudáfrica, como médico en una unidad del ejército. Tiene así oportunidad de visitar el frente. De vuelta a su país, escribe *The Great Boer*

War y The War in South Africa: Its Causes and Conduct, este último un panfleto, del que se vendieron 300.000 copias, en el que Doyle condenaba el comportamiento de las Fuerzas Armadas británicas en la guerra contra los boers, aunque él siempre fue un imperialista convencido.

También este año, el escritor se presenta como candidato unionista (conservadores) por Edimburgo a las Elecciones generales, pero no consigue escaño.

1902 Después de pensarlo mucho, y dada la insistencia de su madre, acepta el título de caballero que le ofrecen, que a él le parece una recompensa innecesaria por sus servicios al Estado. Ya tenemos, pues, a Sir Arthur Conan Doyle. En una de las últimas aventuras de Holmes, Watson cuenta que el rey de los detectives rechazó el título de caballero que le ofrecieron precisamente en 1902. Una vez más, la criatura hacía cosas que su creador deseaba haber hecho.

Ese mismo año, Doyle resucita a Holmes en *The Hound of the Baskervilles*, siguiendo de nuevo los consejos de su madre y de muchos de sus amigos.

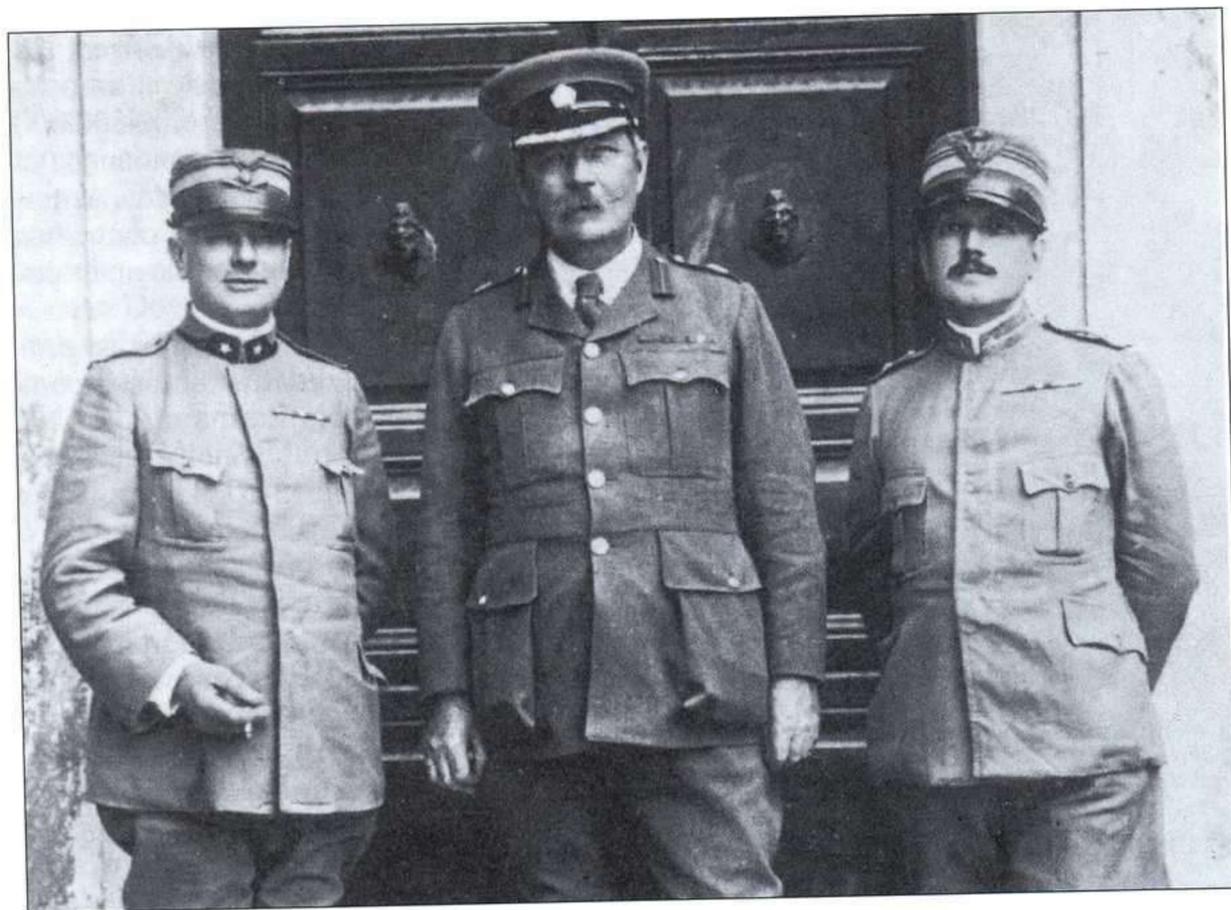
1903 Aparece en el *Strand*, *The Adventures of Gerard*.

1906 Doyle defiende la causa de George Edalji, injustamente encarcelado en 1903 acusado de matar caballos y ganado. Como su detective, Doyle investigará a fondo el caso en el que hubo más de una irregularidad. En la esfera política, el escritor se ve implicado en el movimiento de reforma de la ley de divorcio. En lo personal, sufre la pérdida de su mujer.

1907 Edalji es puesto en libertad. Por su parte, Doyle se casa con Jean Leckie.

1909 Escribe *The Crime of the Congo* para denunciar las crueldades a las que se veían sometidos los nativos del Congo Belga a manos de compañías comerciales. Nace su hijo Denis.

ARTHUR CONAN DOYLE



Conan Doyle en 1916, en su visita al frente italiano en plena I Guerra Mundial.

1910 Se interesa por el caso de Oscar Slater, un judío alemán acusado de una muerte en Escocia. Lucha por su causa durante los siguientes 17 años, hasta que el hombre es excarcelado en 1927.

Nace el segundo hijo de su segundo matrimonio, Adrian.

1911 Toma parte en la carrera de coches Príncipe Henry, que ganan los ingleses frente a los alemanes. Su esposa lo acompañó en esta carrera que empezaba en Alemania y terminaba en Londres, a bordo de un Dietrich-Lorraine. En la entrega del premio al equipo inglés, el discurso del príncipe prusiano dejó en Doyle la impresión de que la guerra entre ambos países no estaba lejos.

1912 Nace su hija Lena Jean. En lo literario, aparece el profesor Challenger en *The Lost World*, figura inspirada en el profesor de anatomía que tuvo Doyle en Edimburgo.

1913 Aparece publicada la segunda novela de ciencia ficción de Doyle, *The*

Poison Belt, con Challenger de nuevo como protagonista.

1914 Estalla la I Guerra Mundial. Doyle organiza fuerzas locales de voluntarios, que luego se convierten en cuerpos oficiales y sirve en ellos como particular. Escribe el panfleto *To Arms!* (¡A las armas!).

1915 Comienza el sexto volumen de la historia de *The British Campaign in France and Flanders*, que no completará hasta el año 1920. Y publica *The Valley of Fear*, otra entrega de los casos de Holmes narrados por Watson.

1916 Doyle visita los frentes británico, francés e italiano y, al mismo tiempo, lucha infructuosamente por el indulto de Sir Roger Casement, condenado a muerte por traición. Casement apoyó la causa alemana nada más empezar la guerra y fomentó en Irlanda la insurrección contra los británicos. Para Doyle, la acción de Casement fue de traición, y tampoco simpatizaba con su homosexualidad, pero lo

admiraba por haber puesto al descubierto las barbaridades que se cometían en el Congo Belga. Según Doyle, Casement no estaba mentalmente equilibrado, prueba de ello era su defensa de la causa alemana.

Por otro lado, el escritor anuncia su conversión al espiritismo en la revista *Light*.

1918 Visita a las tropas australianas en la batalla de St. Quentin. Muere su hijo Kingsley (26 años), de su primer matrimonio, a causa de un neumonía después de haber sido herido en combate.

Doyle publica su primer libro de espiritismo, *The New Revelation*.

1919 También muere de neumonía su hermano Innes.

1920 Se lleva a la familia a Australia para propagar el espiritismo. Admite creer en las hadas y escribe *The Coming if the Fairies*.

1923 Otra gira por Estados Unidos y Canadá.

1925 Preside el Congreso Internacional Espiritista en París.

1926 Publica el segundo volumen de *History of Spiritualism and The Land of Mist*, una aventura del profesor Challenger con el tema del espiritismo de fondo.

1927 Oscar Slater queda libre pero está peleado con Doyle. Aparecen las últimas historias de Holmes —*The Case Book of Sherlock Holmes*—.

1928 Los Doyle viajan a Sudáfrica, Kenia y Rhodesia. La esposa de Doyle continúa evocando espíritus y sirviendo de medium.

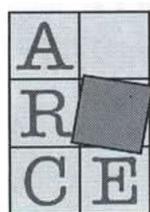
1929 Doyle visita Escandinavia y Holanda. Vuelve exhausto del viaje y tiene un ataque de corazón, aunque insiste en hablar en el *meeting* del Día del Armisticio.

1930 Sir Arthur Conan Doyle muere el 7 de julio. ■

La cultura pasa por aquí



AV Monografías	La Caña	ER, Revista de Filosofía	Litoral	RevistAtlántica de Poesía
Abaco	CD Compact	Experimenta	Lletra de Canvi	Revista de Occidente
Academia	El Ciervo	Foto-Vídeo	Matador	Ritmo
ADE Teatro	Cinevídeo 20	Gaia	Ni hablar	Scherzo
Afers Internacionals	Clarín	Generació	Nickel Odeon	El Siglo que viene
Africa América Latina	Claves de Razón Práctica	Grial	Nueva Revista	Síntesis
Ajoblanco	CLIJ	Guadalimar	Opera Actual	Sistema
Álbum	El Croquis	Guaraguo	La Página	Temas para el Debate
Archipiélago	Cuadernos de Alzate	Historia, Antropología y Fuentes Orales	Papeles de la FIM	A Trabe de Ouro
Archivos de la Filmoteca	Cuadernos Hispanoamericanos	Historia Social	El Paseante	Turia
Arquitectura Viva	Cuadernos de Jazz	Insula	Política Exterior	Utopías/Nuestra Bandera
Arte y Parte	Cuadernos del Lazarillo	Jakin	Por la Danza	Veintiuno
Atlántica Internacional	Debats	Lápiz	Primer Acto	El Viejo Topo
L'Avenç	Delibros	Lateral	Quaderns d'Arquitectura	Viridiana
La Balsa de la Medusa	Dirigido	Leer	Quimera	Voice
Bitzoc	Ecología Política	Letra Internacional	Raíces	Zona Abierta
		Leviatán	Reales Sitios	
			Reseña	



Asociación de Revistas
Culturales de España

**Exposición, información,
venta y suscripciones:**

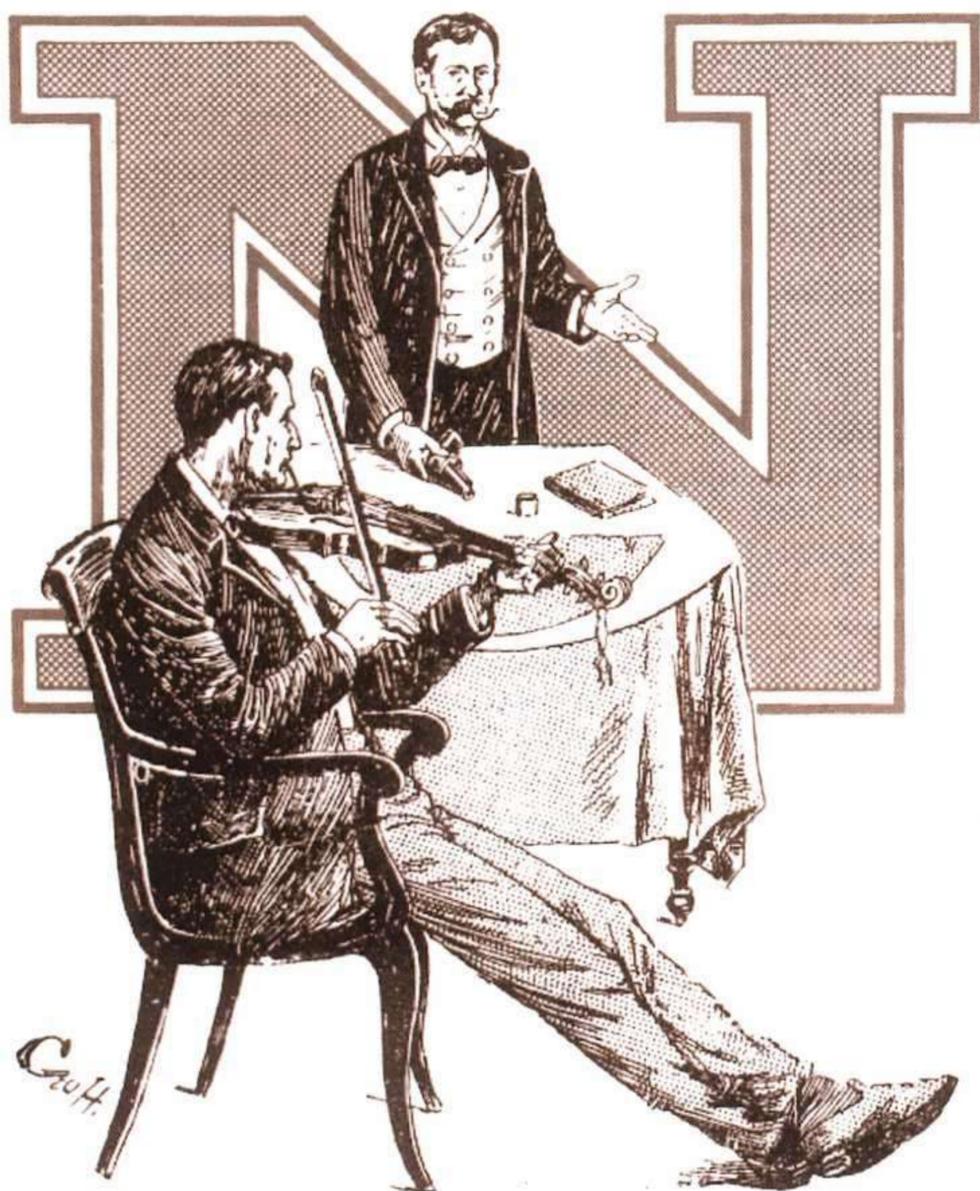
Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67
<http://www.arce.es>
e-mail: arce@infor.net.es

ARTHUR CONAN DOYLE

Estudio en escarlata

por Juan José Millás*

Sherlock Holmes encarnaba algunas de las «virtudes» más sobresalientes del ideal de hombre victoriano: egocéntrico, vanidoso, orgulloso imperialista, cultivado, etc. Pero, además, su creador lo adornó con otras cualidades: un enorme genio deductivo, una misoginia feroz, sin olvidar su afición a ciertas drogas y algunas otras excentricidades. Con este material construyó al rey de los detectives que se estrenó en Estudio en escarlata, una novela en la que, según propia confesión, Conan Doyle había dado lo mejor de sí mismo y sobre la que albergaba grandes esperanzas. Pero no tuvo la acogida esperada, aunque con esta obra acababa de nacer un mito que pervive hoy en día con increíble vitalidad.



GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.

Conan Doyle utilizó la novela larga, la novela corta y el cuento para describir las aventuras de Sherlock Holmes. *Estudio en escarlata*, la primera de las obras en la que aparece este personaje, es una novela corta cuyas dificultades para ser publicada, según el primer editor que tuvo en sus manos el original, estribaban en que era demasiado larga para ser publicada en un solo fascículo y demasiado corta para ser publicada en volumen.

La oposición novela-cuento, que había suscitado algunas reflexiones de orden teórico entre los ensayistas, fue uno de los problemas con los que Doyle se hubo de enfrentar inclinándose finalmente hacia la segunda opción. Con esta actitud confirmaba la tesis de Poe y de su contemporáneo Chesterton en el sentido de que es el relato breve el que más conviene a este género, en el que cada uno de los elementos puestos en juego debe desempeñar una función importante.

Sin embargo, y aunque el mejor Conan Doyle es el autor de cuentos, hay dentro de su obra holmesiana tres novelas largas que se leen con gusto y que proporcionan las suficientes dosis de

placer, aunque su lectura adolezca de la tensión que informa a aquellos. Estas tres novelas, que han alcanzado justa fama, son *El signo de los cuatro* (1890), *El sabueso de los Baskerville* (1902) y *El valle del terror* (1915).

Sin la lectura de éstas no es posible comprender la evolución posterior del género hacia la llamada novela-problema, que, como ya se ha dicho, cargará el acento sobre aquellos aspectos del relato que tienen que ver con la inteligente interpretación y ordenamiento de los datos que todo crimen proporciona.

Presentación de la extraña pareja

Estudio en escarlata es la primera novela de Conan Doyle perteneciente al ciclo holmesiano. Se dice con frecuencia que este carácter de obra primeriza es detectable tanto en los titubeos de su autor para titularla (el título del manuscrito fue en un principio *Una madeja enmarañada*), como en el hecho de que el detective se llamara Sherrinford

Holmes antes de que Doyle diera con el eufónico y definitivo Sherlock.

Estas cuestiones son, con todo, razonamientos *a posteriori*; tienen que ver más con la curiosidad que despiertan los «secretos de cocina» de todo gran autor que con los juicios de valor emitidos desde el punto de vista crítico.

Estos juicios deben basarse de manera exclusiva en la obra acabada, tal y como aparece ante el lector, ya que los recursos laterales, por útiles que resulten en ocasiones, pueden llegar a utilizarse en sentidos diferentes y aun opuestos. Será, por tanto, atendiendo al análisis de la obra de donde podamos deducir si se han cumplido las expectativas que su estilo anunciaba y si este estilo ha conseguido combinar adecuadamente los valores argumentales y expresivos.



GEO HUTCHINSON

GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.



GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.

Cronología de Sherlock Holmes

por Juan Tébar*

Sherlock aparece por primera vez en 1887, en la novela corta (y demasiado larga según la críticas que se han hecho a su estructura) *Estudio en escarlata*. Vuelve en 1890 con *El signo de los cuatro*. Dos años después, el primer volumen de relatos (es en el cuento donde creador y criatura brillan más y mejor) *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892).

Conan Doyle casi no puede parar, no le dejan: 1894, *Las memorias de Sherlock Holmes*. Cree haberse librado del personaje en el último cuento, pero en 1902, dentro de una novela al estilo «gótico» (terror clásico) —*El sabueso de los Baskerville*— tuvo que introducir a Holmes en una supuesta aventura ocurrida antes de su muerte. Nadie más que él podía solucionar el siniestro problema de los páramos de Devonshire. La criatura reclamaba al creador su vuelta al mundo de los crímenes. El creador intentó hacerse el sordo. Ganó la criatura, ya conocemos la historia.

— 1905: *El regreso* (o «reaparición» o «vuelta» según las traducciones) de *Sherlock Holmes*.

— 1915: *El valle del terror*. Otra vez dos novelas cortas fundidas en una, según el estilo (no recomendable, a pesar de que Doyle insistiera en ello) de buscar excusas no muy significativas para la unión un tanto artificial. Un detalle peculiar de este libro: la colaboración de Edward «el Pájaro», un detective yanqui.

— 1917: *El último saludo de Sherlock Holmes*. Ya se ve que Sir Arthur ensayaba otra vez el abandono. Fuera Sherlock de una vez. Ésta será su última actuación. Pero el insistente caballero no aceptaba el divorcio. Y, en 1927 vuelve a asomar su curva nariz, a tocar las cuerdas de su violín, a dar que escribir a Watson que, supuestamente, aprovecha

casos guardados en su archivo. Y se reserva otros. No sabía el buen doctor el pie que dio a futuros sherlockianos con tantos casos inéditos... El último libro se llama *El archivo de Sherlock Holmes*. Y el propio autor escribe un prólogo-despedida del que reproducimos a continuación unos párrafos:

«Me acomete el terror de que Sherlock Holmes acabe convirtiéndose en uno de esos tenores famosos que, por haber sobrevivido a la época de sus triunfos, se dejan llevar de la tentación de repetir una y otra vez sus saludos escénicos de despedida ante públicos indulgentes. Esto tiene que acabar, y Sherlock Holmes debe seguir el camino de todo lo que es carne en el sentido material o en el de la fantasía. Es grato pensar que existe algún fantástico limbo para las criaturas de la imaginación, algún lugar desconocido e imposible en el que los elegantes de Fielding (autor de *Tom Jones*) siguen haciendo el amor a las hermosas de Richardson (autor de *Pamela* y *Clarissa*) y se contonean pomposos los héroes de Scott y los encantadores *cockneys* de Dickens arrancan todavía las risas y los mundanos de Thackeray persisten en su conducta censurable.

»Quizá Sherlock Holmes y su Watson hallen por algún tiempo un rincón humilde en este Walhalla, dejando el puesto que ocuparon en el escenario a algún sabueso todavía más astuto y al que acompañe un camarada que lo sea todavía menos».

* Juan Tébar es escritor y crítico literario.

Nota

Este texto es parte del apéndice que escribió Juan Tébar en la edición de *El regreso de Sherlock Holmes* (Anaya, 1992).

El tema

Tratándose de una novela policiaca, es normal que el núcleo del asunto a desarrollar sea un crimen. Éste presenta las características precisas de confusión y ambigüedad para construir en torno a él un argumento cuyas motivaciones y contenidos de diverso orden acabarán creando en torno a ese núcleo un cuadro, alguna de cuyas líneas maestras podrían ser las siguientes:

— Por un lado, asistimos a la presentación de Sherlock Holmes y su compa-

ñero y cronista el doctor Watson. Esta representación incluye la descripción de ambos personajes, aunque la definición del segundo está más oculta y se deduce más bien por oposición. Es decir, cuando el doctor Watson explica admirativamente las capacidades analíticas o físicas de su compañero está dándonos inevitablemente noticias de su propia torpeza en ambos terrenos. Ya se ha insistido en páginas anteriores en la función que cumple la torpeza del doctor Watson como magnificadora de la inteligencia de Holmes. Esta relación entre dos inteli-

gencias desiguales se va a repetir en el género, y su antecedente más próximo es la pareja creada por Poe en *Los crímenes de la Rue Morgue*.

— Aparece, por otro lado, a lo largo de esta novela otra de las características de la literatura policiaca, sobre todo en su vertiente anglosajona: la oposición del detective frente a la institución de la policía. También en este caso la figura que sale ganando es la del detective. Veamos lo que dice Holmes de Gregson y Lestrade, los dos agentes de Scotland Yard que intervienen en la resolución del

caso: «Son lo mejorcito de un grupo de torpes. Actúan con rapidez y energía, pero sin salirse de la rutina. Son odiosamente rutinarios» (cap.3).

— Es preciso destacar asimismo la distancia que el detective de ficción guarda respecto a la justicia de los hombres.

Su función no es tanto hacer justicia como resolver los problemas planteados por el caso criminal, en los que se mezclan hábilmente cuestiones de orden analítico, psicológico y a veces matemático. Esta distancia respecto a la institución de la justicia se convierte en desprecio en la obra de Gaston Leroux.

Junto a estas líneas maestras, que sitúan la obra de Doyle dentro de unos esquemas narrativos en formación y que habrán de dar lugar a un género literario de enormes repercusiones, aparecen contenidos temáticos más susceptibles de ser encuadrados dentro de las coordenadas espacio-temporales en que se inscribe la acción de la novela. Así, por ejemplo, las alusiones al colonialismo inglés puestas de manifiesto en diversas ocasiones, y también algunas cuestiones relativas a la vida cotidiana de esa gran ciudad que es Londres. Subsiste en Doyle, junto a lo relativo a la pura acción policiaca, un costumbrismo en el que, con pocas pinceladas, nos es dado ver con viveza el ambiente de la época que describe.

La forma

Quede claro que la distinción que estamos haciendo entre contenido y forma es más metodológica que real. Con ella se pretende ayudar al lector no sólo a descomponer los elementos que forman una pieza literaria, sino a potenciar el gusto por la lectura, que será más placentera cuanto más numerosos sean los registros que posea el lector. El fondo y la forma, como se ha dicho tantas veces, son las dos caras de una misma moneda. Y no se pueden separar sin hacer violencia del objeto en estudio. «El tema de un texto —dice el profesor Lázaro Carreter— está presente en los rasgos formales de es texto.»

Hecha esta salvedad, volvamos a *Estudio en escarlata* para valorar ahora las cuestiones formales de esta novela.

Se trata de una obra dividida en dos partes con siete capítulos cada una. En la

primera parte, la más larga, se asiste a la presentación de los personajes, la descripción del crimen y las investigaciones que éste comporta. Termina esta primera parte con la captura del criminal por Sherlock Holmes sin que la policía ni el doctor Watson sepan cómo se ha llegado a la resolución del caso. Esta ignorancia afecta también al lector, que se queda sorprendido con lo que parece el final de la historia. La segunda parte comienza con un relato retrospectivo que tiene cinco capítulos. (En los dos restantes Watson reanuda la narración.) Este relato, que explica lo que ignoraba Watson, la policía y el propio lector, es en sí mismo una novela independiente que goza quizá de mayor unidad y cohesión interna que la novela en

la que aparece insertado. La acción de este pequeño relato transcurre en América y es enormemente interesante, porque revela la afición de Doyle por la novela histórica, que con tanto acierto cultivó. Aparte de la función que tienen como explicación de las motivaciones del crimen, esta segunda zona es un valioso documento narrativo cuyo verdadero tema es el de los mormones. Esta secta religiosa fundó en 1846 la ciudad de Salt Lake City y colonizó lo que habría de ser más tarde la región de Utah. Se caracterizaban sus seguidores en estos primeros tiempos por un fanatismo que los llevaba a realizar las crueldades más atroces.

No hay duda que desde el punto de vista de la lógica interna que debe infor-



Geo. Hutchinson

GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.



CHARLES DOYLE, ESTUDIO EN ESCARLATA, VALDEMAR, 2000.



GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.

mar a toda la novela, *Estudio en escarlata* carece, debido a esta incrustación innecesaria, de la unidad de tono y ritmo que sería deseable. Este desajuste se agrava, además, por el hecho de que el relato sobre la secta mormona está hecho desde el punto de vista de un narrador omnisciente, cuando el resto de la novela está escrita por el doctor Watson. Así, pues, la relación entre la novela y el relato en ella incrustado es de mera yuxtaposición, siendo demasiado débil el hilo orgánico con el que Conan Doyle pretende ensartarlos. Por lo demás, el propio autor se dio cuenta de esta debilidad.

Autocrítica

Así, cuando en el primer capítulo de *El signo de los cuatro* Watson dice a Holmes que ha escrito «un pequeño fo-

lletto que lleva el título, algo fantástico, de *Estudio en escarlata*», Holmes le contesta con cierta displicencia: «Lo miré por encima. Hablando con honradez, no puedo felicitarle por esa obra. El detectivismo es, o debería ser, una ciencia exacta, que es preciso tratar de la misma manera fría y antisentimental que toda ciencia exacta. Usted ha intentado darle un tinte novelesco, y el resultado es idéntico al que se produciría si usted tratase una novela de amor o el rapto de una mujer por el procedimiento de la quinta proporción de Euclides... Hay algunos hechos que es preciso suprimir; por lo menos se impone al tratarlos el mantener un sentido justo de las proporciones. Lo único que en ese caso merecería ser mencionado es el curioso argumentar analíticamente de los efectos a las causas que me permitió desenredarlo». Esta acertada autocrítica, que podría

resumirse en las frases subrayadas, no deja de conferir dignidad al autor.

Los desajustes formales señalados repercuten en el desarrollo de la trama, puesto que forman e informan a ésta como el hilo forma e informa al tejido para cuya realización se utiliza. No obstante, Conan Doyle supo compensar esta deficiencia dotando a cada una de las dos unidades señaladas de un carácter propio, que incluso por separado se leería bien. En otras palabras, los aciertos parciales pueden hacer olvidar las deficiencias estructurales, convirtiendo la lectura de *Estudio en escarlata* en un ejercicio donde existen abundantes espacios de placer. ■

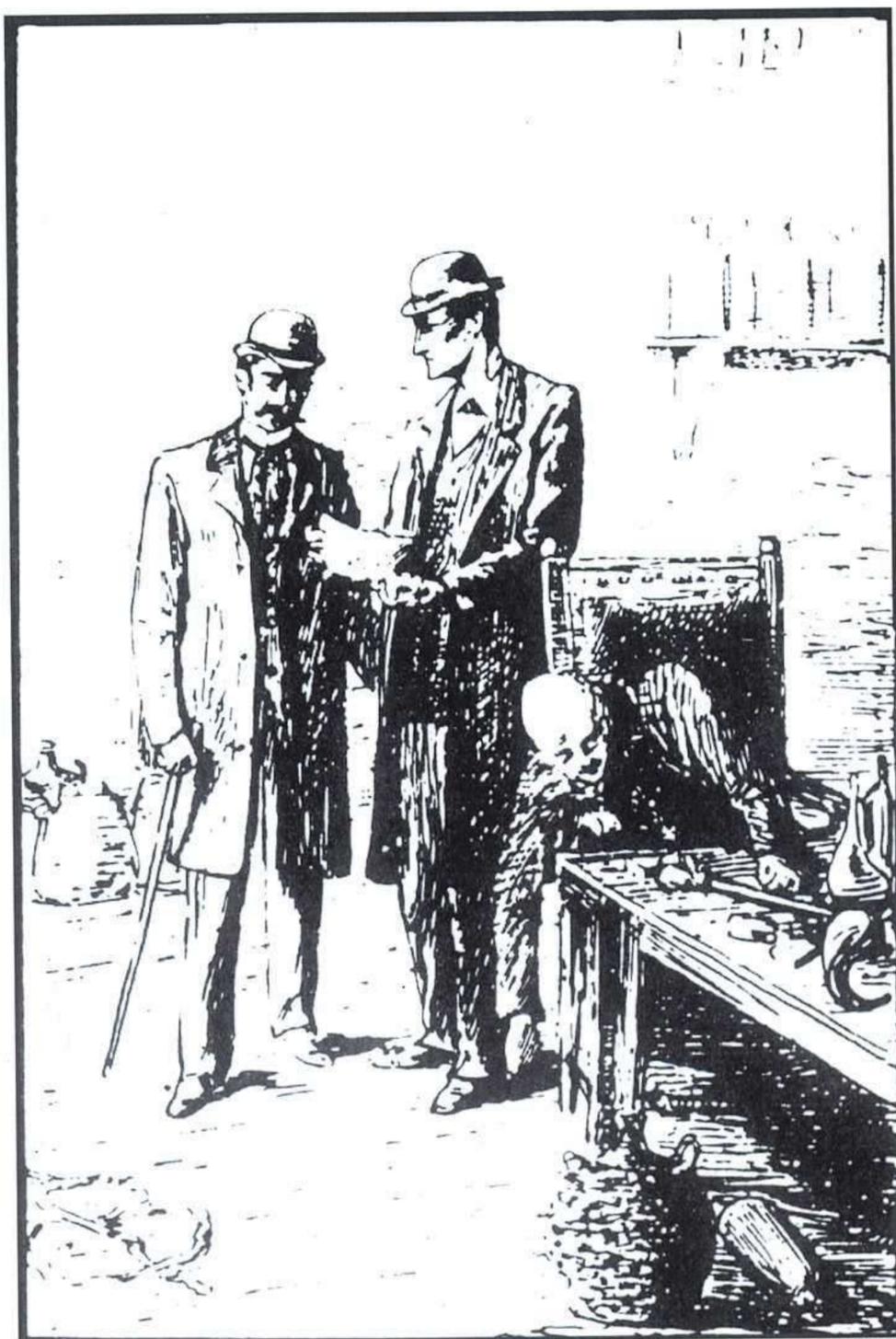
* Juan José Millas es escritor.

Nota
Este texto se publicó como apéndice en la edición de *Estudio en escarlata* de Anaya (1982).

ARTHUR CONAN DOYLE

El signo de los cuatro

por **Juan Tébar***



La primera entrega de los casos de Sherlock Holmes tuvo mejor acogida en Estados Unidos que en Gran Bretaña, así que un editor americano fue el que pidió a Conan Doyle una nueva aventura de su genio de la deducción que fue alumbrada en el Lippincott's Magazine en 1890, con el título de The Sign of Four. En ella, las personalidades de Holmes y Watson quedan perfectamente definidas, así como las excentricidades y fobias del que estaba llamado a ser el rey indiscutible de los detectives. La novela, sin ser la mejor del ciclo, cosechó éxito y buenas críticas. La fama esperaba a su autor.

ANÓNIMO, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

Después de *Estudio en escarlata* —que no fue, precisamente, un éxito clamoroso, ¿quizá porque Watson se dejó llevar por ese romanticismo «inoportuno»?—, Sir Arthur Conan Doyle insistiría aún dubitativamente con el personaje tres años después. *El signo de los cuatro* apareció en 1890. Todavía, seguramente, no odiaba al detective porque éste no había triunfado aún. Tampoco la segunda novela consiguió el éxito. Por lo menos los escandalosos laureles, que no llegarían hasta que no se decidiera a escribir con él cuentos en vez de novelas.

El médico literato había cultivado la novela histórica entre las dos primeras entregas de Holmes. Ese género fue la mayor afición literaria de su vida. A ella volvería después de *El signo de los cuatro*, con *La guardia blanca*, su mejor obra según el propio autor. Pero enseguida, la fama de Holmes, las exigencias de editor y lectores, limitarían mucho su dedicación a otros empeños que no fueran los casos criminales del inquilino de Baker Street.

Un encargo americano

La segunda novela de Sherlock Holmes nació gracias a una comida del coeditor americano. Era un tipo de Filadelfia llamado Lippincot. A ese almuerzo fue convocado también un célebre contemporáneo de Conan Doyle (y de Holmes, pues ambos habían nacido el mismo año, y uno de los *pastiches*, a los que alguna vez nos habremos referido, los une como personajes de una misma trama): se trataba nada menos que de Oscar Wilde, con quien seguramente también negociarían alguna publicación. No conozco datos, lamentablemente, de la posible intervención de Wilde en el alumbramiento de esta aventura del detective. Pero es bonito imaginarlos juntos en esta reunión, de donde saldría la pronto imparable ascensión de la criatura.

Sir Arthur, como ya sabemos, prefería publicar otro tipo de literatura, pero el avisado negociante yanqui sabía lo que quería. Lo sabía mejor que sus socios ingleses, que no estaban muy entusiasmados precisamente con el título anterior de Sherlock Holmes.

Doyle aceptó, pues, el encargo. Y co-



JOSÉ MARÍA PONCE, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

mo pensaba, seguramente, que era el último, y no entraba en sus planes insistir con los mismos personajes, precipitó la boda de Watson. Luego tendría que ir para atrás, matar o alejar esposas y reunir a los dos colegas a pesar de la vida íntima del doctor.

La posible influencia de Macaulay entre sus lecturas predilectas, y su interés por ese género, que le preocupaba más por aquel entonces que la propia obra policiaca que estaba componiendo, puede rastrearse notablemente en *El signo de los cuatro*, donde se habla de tesoros de las colonias y de la formación del Imperio inglés.

Pero Holmes y Watson se iban guisando a fuego lento, iban creciendo, se iban haciendo fuertes, sin que el autor lo supiese, o sin que el autor lo quisiera.

En esta segunda novela, los personajes están todavía creciendo, el embrión va de-

sarrollándose, los elementos fundamentales ya existen. Es aquí, por ejemplo, donde aparecen «los irregulares de Baker Street», nomenclatura que tanto juego ha dado a los sucesivos admiradores de Holmes. Y que, como algunos otros datos dignos de destacarse, parecen inspirados directamente por Dickens.

Los «irregulares» son pilletes de las calles de Londres. Holmes los llama «fuerzas de la policía detectivesca, sección de Baker Street». Y Watson se echaba a reír al pensar en ellos. Son jóvenes callejeros, que forman tan disciplinadamente como un ejército ante la autoridad —y las propinas— de Sherlock Holmes. Nacen directamente de la ciudad real que albergó a ambos escritores, pero en la Historia de la Literatura, son ya más de Dickens que del propio Londres. Y Conan Doyle los aprovecha.

No es la única imagen, porque es el

mismo escenario, y una época cercana, en que se acercan los dos autores. En esta novela hay una descripción del Támesis de noche (aquí las barcazas ya tienen motor) que no dudará en relacionar cualquier lector de *Nuestro común amigo* con tan extraordinaria y escalofriante novela de Charles Dickens.

Quedan definidos los personajes

Ocurren ya cosas sustanciales en este segundo libro del llamado *Canon*: el referido enamoramiento por parte de Watson de la señorita Morstan, por ejemplo. Ésta es una historia en que se pierde un tesoro, pero también en la que alguien gana otro: el amor de Mary, claro. Pero seguro que de eso volveremos a hablar luego. No nos adelantemos.

Y los personajes están ya definitivamente definidos: Holmes es vanidoso, genial, racista y brutalmente misógino en ocasiones, el de siempre, vamos. Como Watson es ingenuo, generoso, prudente, fiel, valiente aunque eternamente inexperto. Nuestro querido Watson de toda la vida.

Quiero decir que no son distintos los Holmes y Watson de estos dos libros y los que se hicieron inmortales en los relatos que seguirán. Los cuentos posteriores, con los que consiguió el éxito mayúsculo e inesperado, anotan, subrayan, perfilan, enriquecen, lo que ya estaba en las dos novelas primeras. Y en esta segunda suceden, como hemos visto, acontecimientos importantes y claves para la emoción del lector y el desarrollo de los personajes.

La diferencia fundamental respecto a las historias que, pese al autor, seguirán a ésta, reside en la estructura. Y no sólo en las características propias de la novela y el cuento.

El signo de los cuatro, por ejemplo, insiste en lo que, seguramente, podría considerarse un fallo estructural que ya existía en *Estudio...*: ambas novelas incluyen dentro de cada una de ellas otra novela. Y esas segundas novelas nos relatan los motivos antiguos de las acciones de la novela principal. En el primer libro, ambas historias estaban claramente diferenciadas, y eran, en realidad, como dos textos distintos. En *El signo de*

los cuatro, la segunda parte aparece como un relato aparte que cuenta uno de los personajes, la llamada «Extraña historia de Jonathan Small». Aunque figura sólo como un capítulo, dada su extensión, su importancia y lo exótico de su ambiente y estilo resulta más bien otra novela diferente. Diferente y algo peor: menos grata, porque nos priva durante muchas páginas de nuestros personajes preferidos, Holmes y Watson. Por más que su autor, años más tarde, hubiera querido privarse de ellos definitivamente, al lector no le gusta esa ausencia.

La historia de Small es como una novela de Kipling metida al final de una aventura de Sherlock Holmes. Lo de Kipling es una broma, nos referimos al ambiente exótico e imperial de la narración, pero vale como ilustración de una idea: la de Conan Doyle de mezclar historia y aventuras con el esquema del relato de intriga de debía, quizá, resultarle opresor. Si ya resulta chocante otra novela como remate de la primera, no es precisamente lo más adecuado en cuanto explicación de un caso policiaco. Las leyes del género —que ha de establecer, en gran medida el mismo Conan Doyle— se encargarán de demostrar *a posteriori* que las soluciones de los enigmas criminales, cuanto más sencillas y breves, muchísimo mejor.

A Sherlock Holmes no le parece mal este relato de Jonathan, por largo que sea, y por mucho que se dé de bruces con todo el relato anterior. Dice, más o menos textualmente, que lo considera un apropiado cierre para un caso interesante.

Yo creo que no le importó porque él ya se lo sabía. O sea, que, para él, el argumento ya se había acabado antes de que Small cuente su historia, y ya leímos que todo lo que no hable de él sobra. Es posible, pues, casi seguro, que Holmes no leyera este final. O todo lo contrario. Puede que lo hiciera para satisfacer su insaciable vanidad: la de comprobar por escrito que todas sus deducciones habían sido exactas. En cuyo caso le encantó, por supuesto.

El genio deductivo

Es hora ya de entrar paso a paso en la novela, exponer nuestras opiniones sobre su desarrollo y comentar lo que nos



FRANK H. TOWNSEND, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

dé la gana, una vez que suponemos al lector enterado de todo.

Ya en el primer capítulo leemos: «Sherlock Holmes cogió el frasco de la esquina de la repisa de la chimenea y sacó la jeringuilla hipodérmica de su elegante estuche de tafilete. Ajustó la delicada aguja con sus largos, blancos y nerviosos dedos y se remangó la manga izquierda de la camisa...».

Watson confiesa que había presenciado esa operación tres veces al día durante muchos meses. Y se lo recrimina, como amigo y como médico, pero ya se sabe el caso que solemos hacer a los amigos, y mucho menos a los médicos, cuando se trata de renunciar a un vicio necesario para la vida, aunque también sea influyente para la muerte, o cuando menos para la salud. Es curioso, de todos modos, que Watson no insistiera de la misma forma en lo referente al tabaco.

En este primer capítulo, donde se explican muchas cosas —entre otras, la opinión de Holmes sobre el estilo literario de Watson, las propiedades y las contraindicaciones de la droga, y nada menos que la ciencia del razonamiento deductivo—, el detective explica por qué se inyecta esa solución de cocaína al siete por ciento. Watson le ha avisado sobre sus peligros. El «paciente» defiende sus ventajas: estimula y aclara el cerebro de tal forma, que Holmes considera verdaderamente secundarios los efectos, que precisamente se llamaban así, y «secundarios» siguen llamándose en toda la literatura actual de cualquier medicamento.

Holmes habla mucho al comienzo de este libro. El alto concepto que tiene de sí mismo queda absolutamente claro al declarar que no sólo se considera el primero en su profesión, sino el único.

Como decíamos más arriba, el arranque de esta novela, que todavía es la segunda, no lo olvidemos, en la serie del detective, dedica la mayor parte de su primer capítulo a poner claras las cosas respecto a los métodos y las características del personaje. Por eso, Holmes da a

Watson una lección sobre la ciencia que él llama «del razonamiento deductivo».

Después de referirnos algunos de los títulos y temas de ciertas monografías a las que Holmes dedica su tiempo libre, la de las diferencias entre las cenizas de los distintos tabacos, por ejemplo, enumera las tres cualidades necesarias al detective ideal: la facultad de observación, la de deducción, y los conocimientos, cuanto mayores mejor. E incluso mejor todavía si se aplican a «enormes minucias». Hemos utilizado el título de un delicioso libro de G.K. Chesterton para calificar esos detalles, aparentemente nimios, en los que Sherlock Holmes basa sus brillantes deducciones a partir de sus detalladas observaciones, enriquecidas gracias a sus múltiples conocimientos.

Y, entonces, dedica a su amigo Watson la divertida prueba del reloj, que ha quedado como ejemplo de las habilidades del famoso detective.

Watson, para someter a una prueba las teorías de Holmes, le entrega un reloj que tiene desde hace poco tiempo. Su compañero debe extraer de su mera observación un informe sobre el carácter y las costumbres de su dueño anterior a Watson. Y el brillante mirón de la vida realiza el juego, la prestidigitación, el espectáculo, la clase práctica.

Hasta que Watson le enseñó el reloj, Holmes no sabía que su amigo hubiera tenido un hermano. Sin embargo, gracias a las abolladuras del cronómetro, a las letras grabadas por el prestamista, a las rayas producidas por resbaladuras de la llave con que se da cuerda..., no sólo descubre la existencia del pariente de Watson, sino su pobreza, su afición a la bebida, y su muerte reciente.

El doctor, emocionado por el recuerdo del hermano, desconfiado al principio de las deducciones que él cree conjeturas, abrumado luego por la exactitud de los resultados y por la explicación que Holmes le da de cómo ha llegado a ellos, reconoce finalmente las maravillosas facultades de su colega.

«De ahí lo de la cocaína [dice el genio deductivo]. No puedo vivir sin hacer trabajar el cerebro. ¿Qué otra razón hay para vivir?...

»... Mire por esa ventana. ¿Alguna vez ha sido el mundo tan lúgubre, triste e improductivo? Mire esa niebla amarilla

que hace remolinos por la calle y se desliza ante esas casas grises. ¿Puede haber algo más desesperadamente prosaico y material? ¿De qué sirve tener talento, doctor, si no se tiene campo en el que aplicarlo? Los delitos son vulgares, la existencia es vulgar, y en este mundo no hay sitio para lo que se salga de la vulgaridad...»

Me aburro, luego resuelvo crímenes

O sea que Holmes observa, piensa, deduce y aprende, porque la vida le aburre. Muchos genios empezaron con la misma motivación existencial.

Pero la vida tan vulgar a veces da sorpresas. En algunas ocasiones privilegiadas, esa sorpresa llama a la puerta. Y en este caso la sorpresa es una señorita. Una atractiva joven llamada Mary Morstan, que proporcionará a Sherlock Holmes un caso —el de *El signo de los cuatro*— y al doctor Watson un amor. Aunque ya sabemos, quienes hemos leído todas las otras aventuras, anteriores o posteriores a ésta, que los amores de Watson nunca le separaron del todo de su amigo Sherlock Holmes.

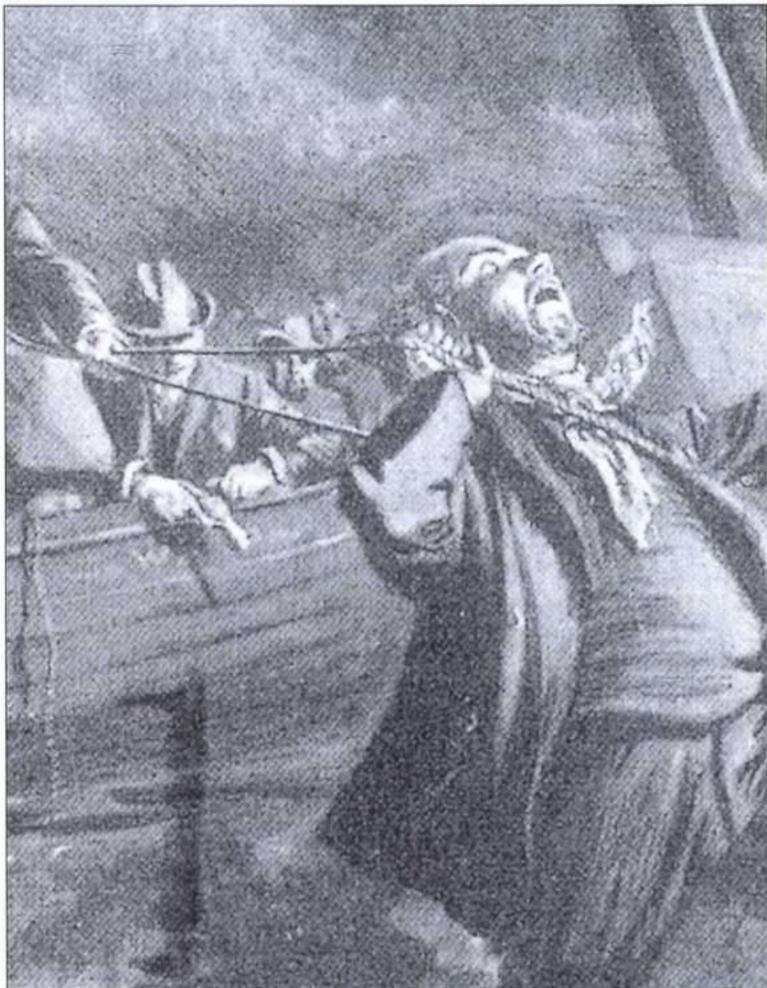
Watson no puede disimular que la joven ha llamado su atención, Holmes dice: «¿Ah, sí?... No me he fijado». Luego declarará que «las cuestiones emocionales son enemigas del razonamiento claro».

¿Acaso nuestro detective es incapaz de distinguir entre una mujer atractiva y otra que no lo es? No se trata de eso. Se acuerda, por ejemplo, de una mujer fascinante. Pero, por fortuna, él no se dejó influir por su aspecto:

«Le aseguro que la mujer más fascinante que jamás he conocido fue ahorcada por haber envenenado a tres niños para cobrar un seguro...».

Watson sí que se deja influir por algunas apariencias. Las femeninas, de las que estábamos hablando, le interesan bastante. No es nada misógino, al contrario de su compañero.

En cuanto el doctor y la joven se quedan solos, el mismo día de haberse conocido, se cogen las manos a la luz misteriosa de una linterna, en plena investigación de este sangriento caso. El



FRANK H. TOWNSEND, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.



FRANK H. TOWNSEND, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

amor, dice Watson, es algo sutil y maravilloso. Fue un flechazo, evidentemente. Cuando se refiere a Mary Morstan habla de la característica, el toque, la cualidad «angelical» de las mujeres. Y no hay asomo de ironía en esto. Una de las diferencias más significativas entre el doctor y el detective es que en Watson no existe la ironía. Quizás él es el angelical. Cuando elucubra sobre su posible futuro al lado de tan deliciosa criatura, su modestia le hace tener escrúpulos: ella es rica, y Watson en cambio... ¿No es, en verdad, qué digo un ángel, un arcángel este querido doctor? Imagina el paraíso con el aspecto de un tranquilo hogar inglés al lado de ella, en medio de aquel asunto bárbaro y sombrío. Y cuando, en

Baker Street, duerme al son del violín de Holmes, ¿con quién sueña? Con Mary, por supuesto. Al final de la historia, recuerden, alguien ha perdido un tesoro, pero Watson ha ganado otro. Deténgase el lector en la descripción que hace de su amada, de este tesoro, junto a la ventana, como un cuadro, como una miniatura. El amor romántico baña la prosa del doctor en melancolía. Seguro que a Holmes no le gustará cuando lea *El signo de los cuatro*. No, evidentemente, Watson no es misógino. Quizás él sí habría caído en las garras de aquella fascinante envenenadora de niños...

Quien es misógino, y ferozmente, es nuestro detective. Asegura que uno no se debe nunca confiar por completo a las

mujeres..., «ni siquiera a la mejor de ellas», y Watson, que ha decidido ya cuál es «la mejor de ellas», anota en su relato que el comentario de Holmes le parece «atroz».

Nunca dos camaradas tan unidos se parecieron menos. Éste es uno de los relatos en que puede comprobarse con más claridad. A pesar de todo, su colaboración seguirá, por encima de diferencias tan notables.

Finalmente, los dos amigos hacen futuribles sobre su porvenir: Watson cree que, al casarse, no volverá a participar en sucesivos casos Holmes. Holmes asegura que no se casará jamás. El primero no lo cumplió, como sabemos. El segundo sí, salvo que los cronistas nos hayan ocultado lo contrario. Y al finalizar esta historia, el detective se sumerge en soledad «al siete por ciento», fiel a sus principios: Watson se lleva una esposa, los criminales su merecido, el policía Jones la fama. ¿Y Holmes?, ¿con qué se queda Holmes? El doctor nos lo cuenta con las últimas frases de la novela:

«— A mí —dijo Sherlock Holmes— me queda todavía el frasco de cocaína.

»Y levantó su mano blanca y alargada para cogerlo.»

También, para terminar el libro, se sugiere algo que habría encantado a Robert Louis Stevenson: el propio Sherlock Holmes se apoya en una cita culta para que advirtamos complejas posibilidades de su personalidad:

«A veces me acuerdo de aquella frase del viejo Goethe: “La naturaleza ha hecho de ti un solo ser, aunque había material para un buen hombre y un rufián”.»

A quién me suceda en el noble trabajo de escribir sobre las obras de sir Arthur y su *adorado* Sherlock Holmes, dejo la tarea de continuar esta interesante reflexión: ¿No habría sido un estupendo malvado, un canalla de primera línea, un asesino genial, este racista, misógino, presumido y cerebral caballero que vivía en el 221 B de Baker Street? Porque Holmes también tenía su Mr. Hyde. Algo parecido a Moriarty, seguro. ■

* **Juan Tébar** es escritor y crítico literario.

Nota
Este artículo se publicó como apéndice en *El signo de los cuatro* (Anaya, 1996).

ARTHUR CONAN DOYLE

Tras las huellas del sabueso de los Baskerville

por Santiago R. Santerbás*



*En 1901, con el advenimiento del nuevo siglo, Conan Doyle decidió hacer un regalo a sus lectores: después de haber matado a Holmes, rescató una antigua aventura del detective y la ofreció a su ansioso público en forma de **El sabueso de los Baskerville**, un best seller sin precedentes que presagiaba la cercana y definitiva*

resurrección del rey de los detectives dos años después. La obra, excelente mezcla de novela de terror y relato policiaco, es de nuevo actualidad por que Scotland Yard investiga la muerte de Fletcher Robinson, el amigo que puso a Doyle sobre la pista del sabueso.

Los escalofriantes aullidos del perro más célebre de toda la literatura inglesa comenzaron a oírse en agosto de 1901. Algún patriota ingenuo debió de considerarlos tardías muestras de duelo canino por la desaparición de la reina Victoria, que había fallecido, ya octogenaria, el 22 de enero de aquel mismo año. Pero los aullidos de *El sabueso de los Baskerville* no lamentaban una muerte, sino que, por el contrario, presagiaban una resurrección: la de Sherlock Holmes.

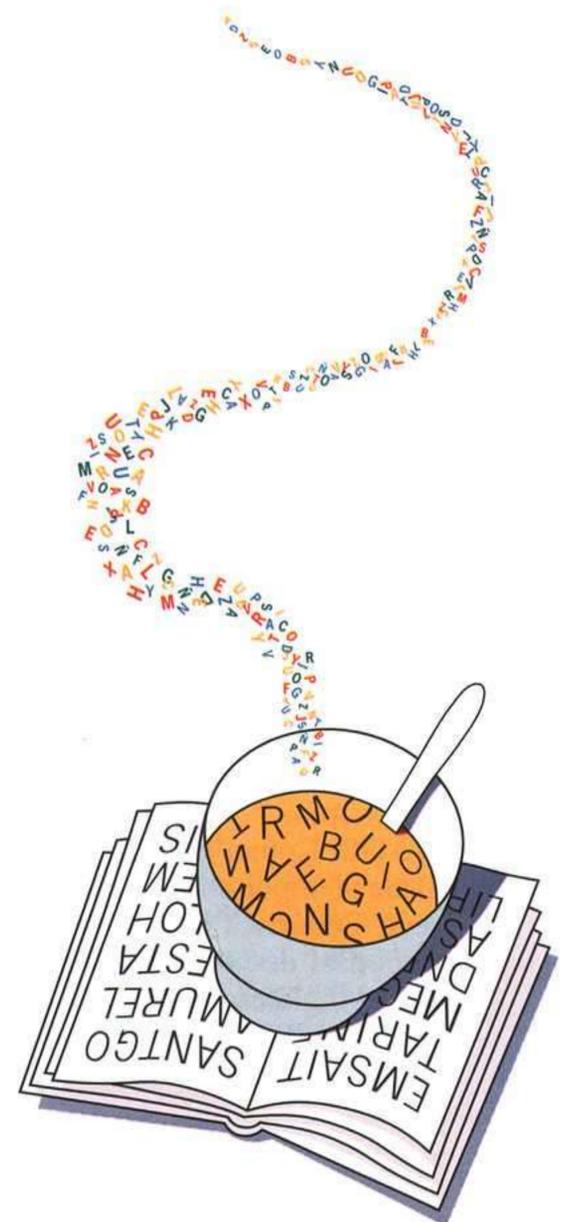
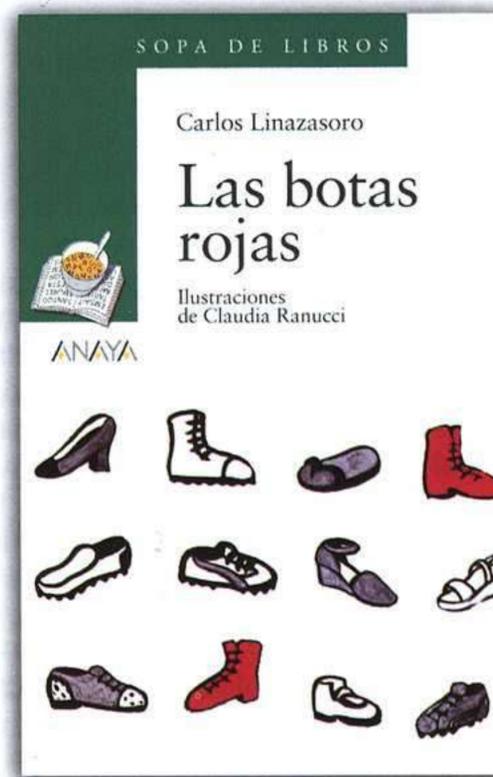
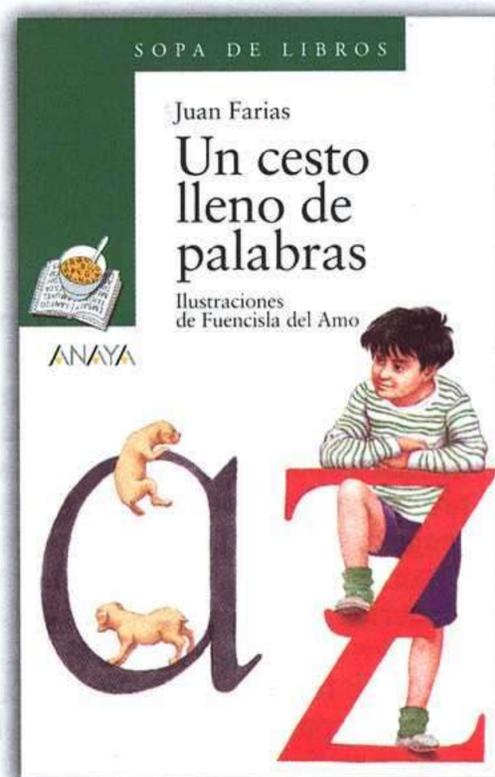
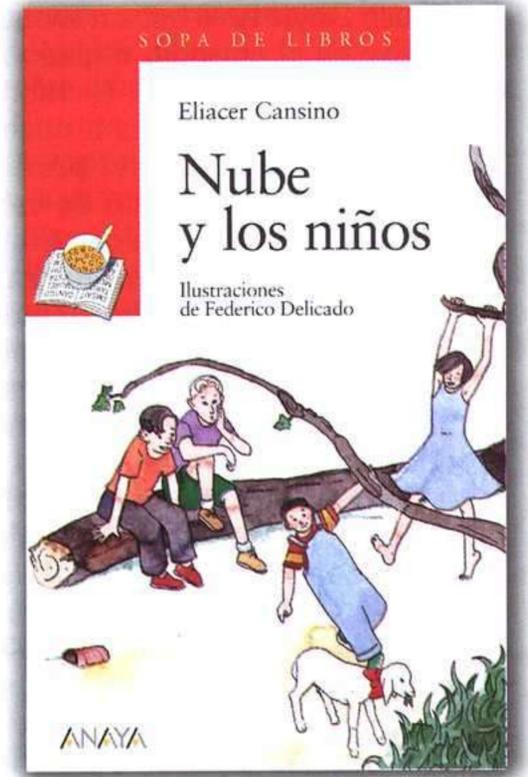
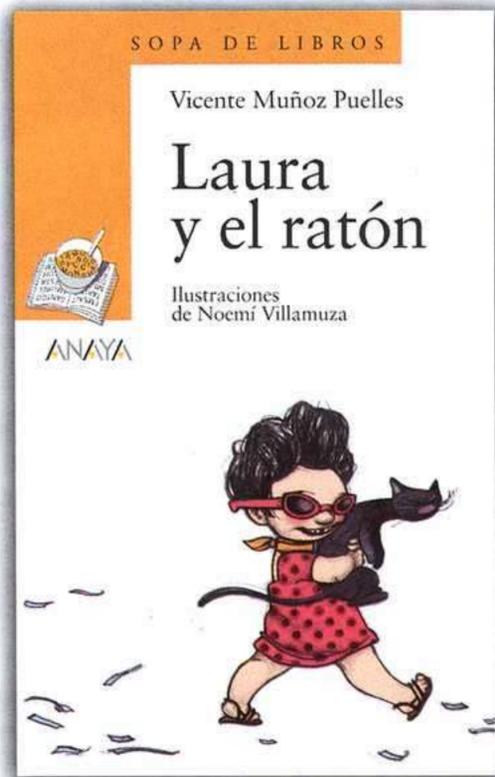
Muerte y resurrección

Como es sabido, Arthur Conan Doyle, el creador del rey de los detectives, había llegado a sentirse tan ensombrecido y obnubilado por su propio personaje que tomó la decisión de acabar con él. La madre del novelista, al enterarse de los propósitos de su hijo, le escribió, indignada: «No debes, no puedes hacerlo; no lo harás». Pero Conan Doyle no cambiaría sus planes. Y en el relato titulado *El problema final* (diciembre de 1893) haría que Sherlock Holmes cayera, abrazado a su más peligroso e improbable enemigo, el profesor James Moriarty, al abismo de las cataratas de Reichenbach, en Suiza.

La muerte de Sherlock Holmes desencadenó las iras y los reproches del público lector. Coaccionado por una avalancha de cartas, apesadumbradas e

SOPA DE LIBROS

Últimas novedades en una colección que abre las ganas de leer



injuriosas —y también, todo hay que decirlo, por la obstinación de su madre y las pingües ofertas de sus editores—, Conan Doyle tuvo que «resucitar» al detective en el episodio titulado *La aventura de la casa vacía* (octubre 1903). Resultaba que Holmes no había caído al abismo junto con el profesor Moriarty: su conocimiento de unas técnicas de lucha japonesa denominada *baritsu*¹ le habían permitido zafarse en última instancia del abrazo mortal. Ésa fue la cuestionable explicación que, por boca de Holmes, dio Conan Doyle a sus lectores, y éstos quedaron más que satisfechos.

Sin embargo, la ausencia «literaria» de Sherlock Holmes no se había mantenido de forma rigurosa a lo largo de los diez años que mediaron entre la publicación de *El problema final* (1893) y la de *La casa vacía* (1903). El detective seguía, claro está, oficialmente muerto, pero aún continuaba vivo su fiel amigo y biógrafo, el doctor John H. Watson. Y Conan Doyle —o, si se prefiere, Watson²— rebuscó en el archivo de su memoria para narrar una aventura acaecida con anterioridad a la presunta muerte de Holmes, *El sabueso de los Baskerville*, que se publicaría por entregas mensuales en la revista *The Strand Magazine* desde agosto de 1901 hasta abril del año siguiente.

Un amigo y una leyenda

En realidad, *El sabueso de los Baskerville* no fue concebida inicialmente como una «aventura de Sherlock Holmes», sino como una «novela de terror». Ahora bien, al tener necesidad de incluir a un personaje capaz de resolver brillantemente los misterios que planeaba la trama narrativa, Conan Doyle decidió utilizar de nuevo a Holmes y a su inseparable Watson. Pero, siguiendo los métodos holmesianos, comencemos por el principio.

Arthur Conan Doyle, que era hombre al que siempre atrajo la aventura, había ido a Sudáfrica como espontáneo corresponsal de la guerra anglo-bóer. Regresó a Inglaterra fatigado y enfermo, en julio de 1900, y publicó un libro, *The War in South Africa: its Cause and Con-*

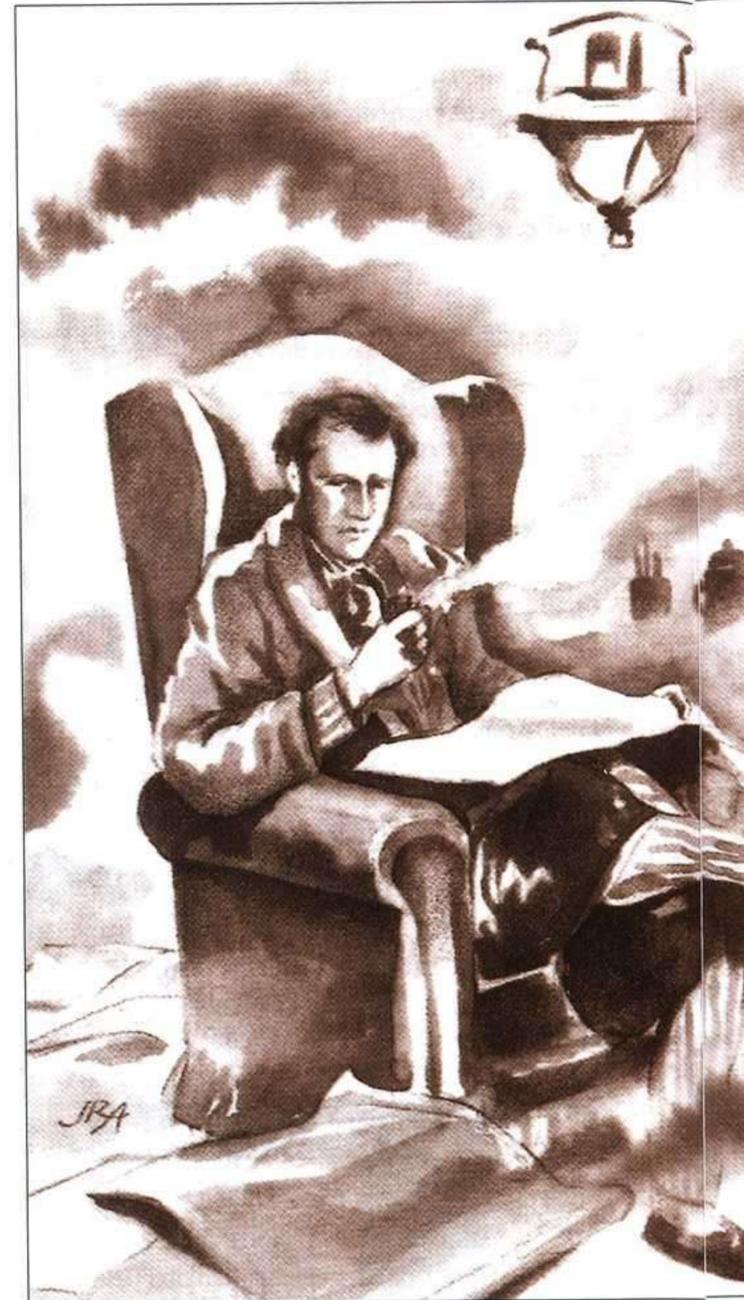
duct, del que se vendieron 300.000 ejemplares en seis semanas.

En marzo de 1901, el cansancio físico y la excitación mental le impulsaron a tomar unas breves vacaciones. Un amigo íntimo, el periodista Fletcher Robinson, le acompañó. Se hospedaron ambos en el Royal Links Hotel, de Cromer, estación termal de la época de la Regencia (finales del siglo XVIII y comienzos del XIX), situada en la costa septentrional de Norfolk. Llevaban el propósito de dedicar la mayor parte del tiempo a jugar al golf, pero el frío y la lluvia los obligaron a pasar largas horas en el interior del hotel, junto a la chimenea, fumando y charlando. Durante una de esas veladas, Robinson contó a Doyle la leyenda de un sabueso fantasmal que rondaba por los páramos de Dartmoor.

En la región de Dartmoor, una áspera y desolada paramera de unas doscientas millas cuadradas, perteneciente al condado de Devon, al sudoeste de Inglaterra, abundan las leyendas y tradiciones fantásticas, algunas de las cuales tienen por protagonistas a perros. Ignoro cuál pudo ser la que Fletcher Robinson hizo conocer a Doyle. Acaso le mencionó la historia de un hidalgo apellidado Cabell, que está enterrado bajo un pórtico en el exterior de la iglesia de Abbot's Way, a tres millas al oeste de Buckfastleigh: el espectro de dicho caballero suele aparecerse en compañía de un enorme sabueso negro. También se aparece un sabueso negro en el castillo normando de Okehampton, enclavado en la zona de norte de Dartmoor. Y la mansión conocida como Hayne Manor, en Stowford, está encantada por el fantasma de un paje que murió asesinado, al que acompaña invariablemente un perro negro. Adviértase, por último, que uno de los lugares más siniestros de la región —hasta el punto de que, según se dice, quienes han osado pernoctar en él han perdido la razón— recibe precisamente el nombre de Great Hound Tor; es decir, Pico del Gran Sabueso³

Fuere cual fuere la leyenda relatada por Robinson, lo cierto es que entusiasmo a Conan Doyle. Y aquella misma tarde los dos amigos forjaron el proyecto de escribir en colaboración una novela basada en el legendario animal.

Recordemos incidentalmente que Co-



nan Doyle nunca había tenido reparos en admitir sugerencias e ideas ajenas. «Puedo escribir historias —declaraba en una carta— si tengo unas buenas ideas iniciales, pero he agotado bastante mi propio repertorio. ¡No se asombre! Me pregunto si sería posible convocar un concurso para premiar la mejor idea de misterio... Probablemente no habría ningún pez digno de ser sacado de la red».⁴ No hace falta decir que el concurso jamás fue convocado.

Al mes siguiente, Conan Doyle y Fletcher Robinson fueron a Dartmoor para conocer los escenarios reales de la leyenda y concretar algunos pormenores del argumento. Desde allí, Doyle escribió al director del *Strand Magazine*: «Tengo la idea de una novela por entre-



JUAN RAMÓN ALONSO, EL GOS DELS BASKERVILLE, VICENS VIVES, 1994.



SIDNEY PAGET, EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE, ANAYA, 1989.

gas para *The Strand*. Está llena de sorpresas y, naturalmente, puede dividirse en los capítulos adecuados para tal fin. Hay una sola condición. Debo hacerla en colaboración con mi amigo Fletcher Robinson, y su nombre debe aparecer junto al mío. Puedo responder de que la historia será íntegramente mía y escrita sin adulteración en mi propio estilo, dado que eso les gusta a sus lectores. Pero él me proporcionó la idea central y el color local, y por eso estimo que debe aparecer su nombre».⁵

Pero Conan Doyle no tenía solamente la «idea de una novela». Trabajador infatigable, ya había escrito antes de abandonar Dartmoor una cierta cantidad de páginas. Asustado quizá por el ritmo creativo que habría de implicar la cola-

boración con Doyle, Fletcher Robinson renunció a su participación en la tarea. Dejaba, eso sí, en plena libertad a su amigo para que aprovecharse la idea que le había suministrado. Conan Doyle, que poseía una elevada noción del significado de la amistad —presumo que sin esa noción no hubiera sido capaz de describir la singular y entrañable amistad existente entre Holmes y Watson—, reconocería siempre su deuda para con Fletcher Robinson.

Agradecimientos

Y así, al publicarse por primera vez *El sabueso de los Baskerville* en el *Strand Magazine*, Conan Doyle incluyó la si-

guiente nota: «Esta historia debe su origen a mi amigo Mr. Fletcher Robinson, quien me ha ayudado tanto en lo que respecta a la trama general como en los detalles locales. A.C.D.».

La primera edición en forma de libro (George Newnes, Londres, 1902) contenía esta dedicatoria: «Mi querido Robinson: fue a su narración de una leyenda del West-Country a la que debe su origen este relato. Por eso, y por su ayuda en todos los pormenores, toda mi gratitud. Sinceramente suyo, A. Conan Doyle».

La dedicatoria en la primera edición norteamericana (McClure Phillips, Nueva York, 1902) es casi idéntica a la anterior: «Mi querido Robinson: fue su narración de una leyenda del West-Country la que sugirió a mi mente la idea de este pequeño relato. Por ello y por la ayuda que usted me ha prestado en la realización del libro, toda mi gratitud. Sinceramente suyo, A. Conan Doyle».

Y en el prólogo a la primera edición de *The Compleat Sherlock Holmes* (Collier & Son, Nueva York, 1928), Conan Doyle escribió: «Luego vino *El sabueso de los Baskerville*. Surgió de un comentario hecho por aquel admirable amigo cuya muerte prematura fue una pérdida para el mundo, Fletcher Robinson, de que había un perro espectral cerca de su casa, en Dartmoor. Ese comentario dio origen al libro, pero añadiría que la trama y cada palabra de la narración fueron exclusivamente mías».

Como puede observarse, el papel desempeñado por Fletcher Robinson en la gestación de *El sabueso de los Baskerville* queda, en este párrafo, sensiblemente disminuido.

El verdadero Baskerville

Baskerville es hoy un apellido estrechamente vinculado a la inmortal saga holmesiana. Buena prueba de ello fue que, deseando rendir un críptico homenaje al rey de los detectives y a sus métodos de investigación, el semiólogo Umberto Eco se lo adjudicara al monje protagonista de su novela *Il nome della rosa*. Pero, ¿quiénes eran los Baskerville reales? ¿De dónde sacó Doyle tan sonoro apellido?

No abundan los Baskerville en Ingla-

terra, aunque hubo algunos ilustres. Por ejemplo, Hannibal Baskerville, eminente arqueólogo de origen francés, que vivió en el siglo XVII. Contemporáneo suyo fue Simon Baskerville, que estudió en Oxford y fue médico de cabecera de los reyes James I y Charles I. Pero sin duda, el más famoso de quienes ostentaron ese apellido fue un impresor, John Baskerville (1706-1775), cuyas obras son actualmente consideradas joyas tipográficas y que, dicho sea de paso, creó un tipo de letra que lleva su nombre y que sigue empleándose con gran frecuencia.

Sin embargo, pese a sus aristocráticos blasones, los Baskerville de esta novela tienen un origen mucho más plebeyo e inmediato. El auténtico Henry Baskerville era el cochero del padre de Fletcher Robinson. Y, al parecer, no fue Conan Doyle, sino Robinson, quien le pidió permiso para utilizar su apellido.

El verdadero Baskerville declararía años más tarde que, en contra de la opinión habitual, la historia había sido escrita conjuntamente por Doyle y Robinson. Para llevar a cabo esta tarea, ambos se instalaron en Park Hill (Devonshire), desde donde, conducidos por Henry Baskerville, realizaron diversas excursiones a los páramos de Dartmoor. Una vez finalizada la novela, Conan Doyle abandonó Park Hill, y Robinson anunció a Baskerville: «Bien, Harry, y ya hemos terminado ese libro del que le hablé, el que va a llevar su nombre». El antiguo cochero poseía un ejemplar de la primera edición de la novela con esta dedicatoria: «A Harry Baskerville de B. (Bertie). Fletcher Robinson, con disculpas por haber usado su nombre». Robinson moriría poco después, a los 35 años de edad, en el curso de una expedición arqueológica a Egipto. Y la posible contienda sobre la paternidad de *El sabueso de los Baskerville* quedó definitivamente clausurada.⁶

Todo un best-seller

Obra individual o escrita en colaboración, pero firmada al fin y al cabo por Conan Doyle, *El sabueso de los Baskerville* obtuvo un éxito espectacular, tanto al publicarse por entregas como al edi-

tarse en forma de libro. Durante los años 1901 y 1902 aparecieron en las librerías inglesas títulos que hoy tenemos por clásicos: *El primer hombre en la luna*, de H.G. Wells; *Kim*, de Rudyard Kipling; los *Poemas*, de William Butler Yeats; *Las alas de la paloma*, de Henry James; *Juventud*, de Joseph Conrad; *Las cuatro plumas*, de A.E.W. Mason, y *Poemas del pasado y del presente*, de Thomas Hardy, entre otros. Pero ninguno de ellos pudo eclipsar el triunfo de *El sabueso de los Baskerville*. George Newnes, editor del *Strand Magazine*, comunicó en la reunión anual de accionistas que, gracias a la publicación de la novela de

Doyle, la tirada de la revista se había incrementado en 30.000 ejemplares. Y las primeras ediciones inglesa y norteamericana del libro, ilustradas, como venía siendo habitual, por Sidney Paget —cuyo hermano, Walter, también dibujante, había servido de modelo para la figura de Sherlock Holmes⁷—, se agotaron en pocos días.

Por otra parte, el 9 de agosto de 1902, Arthur Conan Doyle recibió del nuevo monarca, Edward VII, el título de «Sir» y el cargo más o menos honorífico, de Deputy Lieutenant del condado de Surrey; pero advertimos que con estas distinciones el rey no premiaba los méritos



JUAN RAMÓN ALONSO, EL GOS DELS BASKERVILLE, VICENS, 1994.

literarios del creador de Sherlock Holmes, sino su patriótica labor como cronista de la guerra anglo-bóer.

Las ediciones de *El sabueso de los Baskerville* pueden contarse por centenares. Y probablemente sea, junto con la *Biblia* y el *Quijote*, una de las obras más traducidas de la literatura universal. Las versiones de *El sabueso de los Baskerville* no se limitan a idiomas de extenso ámbito cultural, como el francés o el castellano; existen, por ejemplo, traducciones a lenguas tan minoritarias o exóticas como el letón (*Baskervilas suns*), el bengalí (*Di hâund ab di Bâskârbhils*), el gujarati (*Kal ke Kutaro*), el frisón (*De houn fan de Baskervilles*), el georgiano (*Sobaka Baskervilej*) o el cingalés (*Baskavilhi ruduru baluva*).⁸

La amplia difusión y la popularidad de *El sabueso de los Baskerville* obedecen, a mi entender, a que Conan Doyle —con o sin la colaboración de Fletcher Robinson— supo amalgamar equilibradamente los elementos característicos de la novela de terror, género en el que era un consumado maestro, y los temas o motivos redundantes de la crónica holmesiana, y ello sin recurrir, como en las otras novelas largas de la serie, al *flash-back* (o narración retrospectiva). El lector se sobrecoge al entrever la presencia del diabólico sabueso, pero, al mismo tiempo, agradece con satisfacción los guiños de complicidad que le brinda el narrador, y se dice, como debieron de decirse los suscriptores del *Strand Magazine* después de haber leído el número de agosto de 1901: «Sí, éste es mi Holmes, y éste es mi Watson. No me los han cambiado. Siguen siendo los mismos».

Escenarios de la novela

De entrada, la escena inicial de la novela se desarrolla en un decorado absolutamente familiar al lector: el cuarto de estar de Holmes y Watson en su alojamiento del número 221 B de Baker Street. El narrador no necesita describirlo de nuevo porque los lectores conocen de sobra todos sus detalles: la chimenea, las butacas, el violín sobre una mesa mancillada por productos químicos, el retrato del general Gordon (propiedad de Watson), la caja de rapé

(obsequio del rey de Bohemia a Holmes), la babucha llena de tabaco, las pipas, las iniciales V.R. (Victoria Regina) grabadas a tiros en la pared, el archivo de casos criminales, la lupa, los bastones, quizá la jeringa hipodérmica olvidada sobre una repisa... Los eruditos holmesianos han pretendido en vano localizar la exacta ubicación del mítico 221 de Baker Street.⁹

Ateniéndonos a la numeración actual, se hallaría teóricamente enclavado en un gran inmueble perteneciente a la empresa Abbey National Building Society, situado entre Marylebone Road y Park Road. En cualquier caso, el 221 B de Baker Street es sin duda alguna la morada imaginaria que ha recibido mayor cantidad de correspondencia en toda la historia postal. Centenares de cartas han llegado, y aún llegan, a esa dirección, solicitando la ayuda de Sherlock Holmes o, simplemente pidiendo información sobre los pormenores de su vida y costumbres. Con una exquisita elegancia y un sentido del humor francamente británico, la Abbey National, en vez de destruir la correspondencia dirigida a Mr. Sherlock Holmes, Consulting-Detective, la ha recogido y ha patrocinado la publicación de las cartas más interesantes.¹⁰

Londres, escenario de una gran parte de las aventuras de Sherlock Holmes, no goza en *El sabueso de los Baskerville* de esa condición privilegiada. Una persecución callejera nos hace recorrer apresuradamente algunas arterias esenciales de la capital británica. Y las conveniencias, o el destino del joven Sir Henry Baskerville nos conducen al segundo decorado londinense de la novela: el Northumberland Hotel. Vale la pena, creo yo, que nos demoremos un poco en ese lugar. El hotel, hoy desaparecido, existió en la realidad: estaba ubicado en Northumberland Street, una estrecha calle que va de Charing Cross a Northumberland Avenue,¹¹ muy cerca de Trafalgar Square. Con el paso del tiempo, la planta baja del hotel se convirtió en *pub*, y el primer piso, en restaurante. En 1957, la propietaria del establecimiento —la prestigiosa firma cervecera Whitbread & Co. Ltd.— lo transformó en una especie de museo holmesiano, y el establecimiento, llamado hasta entonces *The Northumberland Arms*, se convirtió en

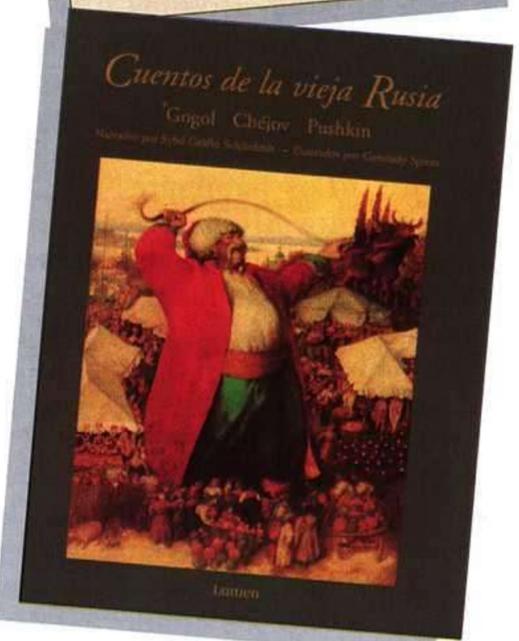
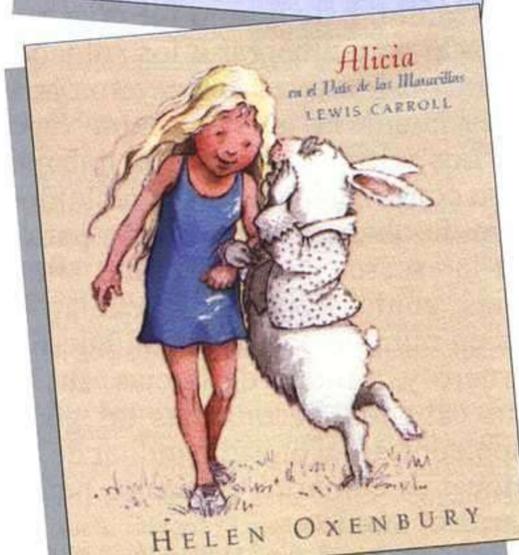
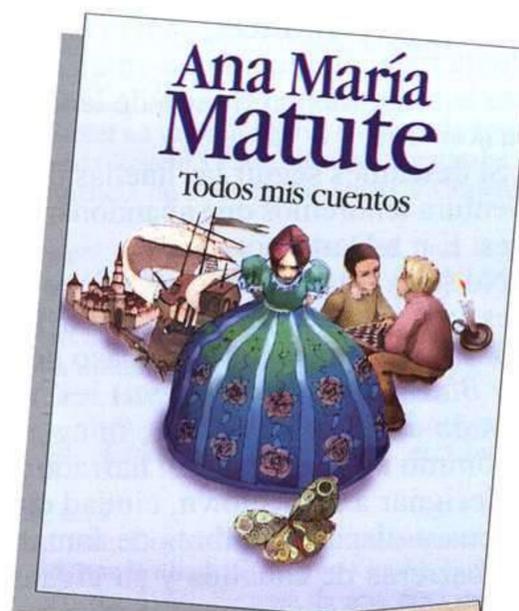
Lumen



Todos mis cuentos
Ana María Matute

Alicia
en el País de las Maravillas
Lewis Carrol

Cuentos de la vieja Rusia
Gogol-Chéjov-Pushkin



el actual *The Sherlock Holmes*. Mucho me temo que estos párrafos puedan oler a guía turística; pero considero ineludible comunicar al devoto holmesiano que en el restaurante del primer piso del mencionado *pub* hallará una exacta reproducción del gabinete del 221 B de Baker Street, y en el bar de la planta baja, el documento en que se relata la tragedia hereditaria de la familia Baskerville.

Si deseamos seguir las huellas de esta aventura tendremos que abandonar Londres. E ir a Dartmoor.

No sería ésta la primera vez que Holmes y Watson se desplazaran a Dartmoor. Varios años antes, el caso de *Silver Blaze* (*Estrella de Plata*) les había llevado a «King's Pyland», imaginario topónimo inventado por el narrador para designar a Princetown, ciudad cuyos únicos y dispares timbres de fama son sus carreras de caballos y su gigantesco presidio. Este último fue construido en 1806 para albergar a los soldados y marineros franceses que cayeron prisioneros durante las guerras contra Napoleón. Los mismos prisioneros trabajaron en su construcción; una vez reclusos, y a fin de obtener algún dinero para suplir la escasez de sus raciones alimentarias, confeccionaban y vendían barcos en miniatura hechos con huesos de carnero y, a modo de jarcias, sus propios cabellos. Terminadas las guerras napoleónicas, el presidio militar de Princetown se convirtió en centro penitenciario. Y aún lo es.

En esta ocasión, Holmes y Watson no visitan Princetown. Sin embargo, ven dificultada su tarea por la ominosa presencia de un convicto escapado del penal: Selden, el hermano de Mrs. Barrymore. «Los habitantes de Dartmoor —asegura Michael Harrison— están acostumbrados a las alarmas producidas por las fugas de presos: el tañido de la campana, al ruido y al eco de las señales hechas con armas de fuego, a los resonantes ladridos de los sabuesos».¹²

Con su proverbial discreción, Doyle (o Watson) altera los nombres de los lugares de Dartmoor, que sirven de escenario a *El sabueso de los Baskerville*. Pese a ello, el citado Michael Harrison no vacila en identificar a

«Grimpen» con Grimspound y, por tanto, a «Grimpen Mire» (Ciénaga de Grimpen), el peligroso lodazal en que purga sus crímenes Stapleton-Vandeleur-Baskerville, con Grimspound Bog (Ciénaga o Pantano de Grimspound): si el narrador sustituye *bog* por *mire*, se debe quizás a que su refinada sensibilidad le impide utilizar un vocablo (*bog*), que en la jerga escolar inglesa es sinónimo de «letrina» o «cagadero». Por otra parte «Merripit» puede ser identificado con Merrivale, donde existe, como en su correlativo de ficción, una cantera de granito.¹³

En cuanto a lo de «Baskerville Hall», el palacio o mansión señorial de la familia amenazada por la maldición del sabueso, William S. Baring-Gould opina que probablemente se trata de Lew House, noble edificio enclavado en Lew Trenchard (Devonshire). Le inducen a sustentar dicho criterio no sólo las armas heráldicas de sus propietarios —ornadas, como las de los ficticios Baskerville, con cabezas de jabalíes—, sino, además, la existencia de una galería de

pinturas que cuenta, entre otras, con las firmas de Kneller y Reynolds.¹⁴

El Holmes de siempre

Indicaba líneas arriba que en *El sabueso de los Baskerville* el lector se topa desde el principio con los clásicos «leitmotives» holmesianos. La novela se inicia con unas elucubraciones de Watson, refutadas por Holmes, en torno al bastón que el doctor Mortimer ha dejado olvidado en el 221 B de Baker Street. Ese confrontamiento vendrá a poner, una vez más, de manifiesto la voluntariosa ingenuidad de Watson y la extraordinaria capacidad deductiva de Holmes. Muchas aventuras holmesianas comienzan de ese modo. Quien haya leído el *Estudio en escarlata*, primera novela de la serie, recordará que, al ser presentados Holmes y Watson por el joven Stanford en el laboratorio de química del St. Bartholomew's Hospital, el detective le dice a su futuro biógrafo: «Ha estado usted en Afganistán, por lo



JUAN RAMÓN ALONSO, EL GOS DELS BASKERVILLE, VICENS VIVES, 1994.

que veo».¹⁵ Y en el capítulo segundo, Holmes explicará razonadamente el proceso lógico que le había llevado a tal conclusión. Esa misma clase de juego, tan familiar al lector, se produce, pues, en el primer capítulo de *El sabueso de los Baskerville*.

Los guiños de complicidad se reiterarán a lo largo de toda la novela. Antes de concluir el primer capítulo se alude a Alphonse Bertillon (1853-1914), el policía francés creador de un sistema de identificación antropométrica de delincuentes, por quien Holmes sentía —así lo había declarado en la aventura titulada *El tratado naval*— una sincera admiración. Aquí, empero, se siente algo molesto al verse comparado en términos de inferioridad con su colega francés.

Un poco más adelante, el salón de Baker Street se saturará de humo. El lector ya sabe que Holmes es un inveterado fumador. En el caso de *Las cinco semillas de naranja*, Watson afirma que el detective «se autoenvenena con cocaína y tabaco». Sabemos también que Holmes ha escrito una monografía *Sobre la distinción entre las cenizas de diversos tabacos*. Por eso no es de extrañar que descubra la identidad de Watson en los páramos de Dartmoor gracias a una colilla de cigarro de la marca «Bradley», expendedoría de tabaco frecuentada por el doctor.

Mediada la novela, Watson se refiere un tanto burlescamente a las ideas geocéntricas del detective. En efecto, a poco de conocerse ambos,¹⁶ Holmes había confesado que desconocía las teorías de Copérnico y que ignoraba que la Tierra girase alrededor del Sol. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos holmesianos considera que dicha afirmación es sólo un rasgo de excentricidad. En más de una ocasión, Sherlock Holmes nos da muestras de poseer sólidos conocimientos de astronomía. Así, por ejemplo, en la aventura de *El intérprete griego*, discute con Watson acerca de los cambios en la oblicuidad de la eclíptica; es decir, del gran círculo que el Sol parece describir en su curso anual a través del cielo.

Y, si *El sabueso de los Baskerville* comienza con un motivo recurrente, finaliza con otro: la melomanía de Sherlock Holmes. El singular detective no sólo

admiraba profundamente a algunos célebres violinistas de su época —muy en especial a la austriaca Wilma Norman-Neruda¹⁷ y al español Pablo Sarasate¹⁸—, sino que él mismo era un notable intérprete de violín. Poseía un «Stradivarius», adquirido por la suma irrisoria de 55 cheelines a un prendero de Totenham Court Road.¹⁹ Y además había escrito un ensayo sobre los motetes polifónicos de Orlando de Lasso,²⁰ que circulaba en edición restringida. Conociendo las aficiones musicales de Holmes, no resulta sorprendente que sus últimas frases en *El sabueso de los Baskerville* sean: «Tengo un palco para *Les Huguenots*. ¿Ha oído usted a los De Reszke?²¹ ¿Puedo rogarle que esté preparado dentro de media hora, y así podremos detenernos de paso en Marcini²² para cenar alguna cosilla?».

El lector puede cerrar el libro con la seguridad de que *su* Holmes no ha cambiado. ■

* **Santiago R. Santerbás** es escritor y traductor. Este artículo se publicó como apéndice en *El sabueso de los Baskerville* (Anaya, 1989).

Notas

- 1 En realidad el nombre correcto es *bartitsu*. Se trata de un arte marcial de origen japonés introducido en Gran Bretaña por E. Barton-Wright en 1899. Si tenemos en cuenta que la aventura titulada *El problema final* se desarrollaba, según Conan Doyle, en 1891, difícilmente pudo haber conocido Holmes en esa época las técnicas de *bartitsu* (cf. Jack Tracy, *The Encyclopedia Sherlockiana*, Londres: New English Library, 1977).
2. Muchos eruditos holmesianos prefieren atribuir al doctor John H. Watson la paternidad de las cuatro novelas y los cincuenta y seis relatos breves que contienen las aventuras de Sherlock Holmes y que integran el denominado *Canon*. En tal caso, Arthur Conan Doyle sería un mero agente literario o un simple seudónimo utilizado por Watson para publicar sus obras.
3. Cf. Antony D. Hippisley Cox, *Haunted Britain*, Londres: Pan Books Ltd., 1975.
4. Cf. H. Greenhough Smith, «Some Letters of Conan Doyle», en *The Strand Magazine*, Londres: octubre, 1930.
5. Cf. Michael Hardwick, *The Complete Guide to Sherlock Holmes*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1986.
6. Cf. Peter Evans, *The Mystery of Baskerville*, en *The Sherlock Holmes Scrapbook*, ed. Por Peter Haining, Londres: Treasure Press, 1986.
7. Parece innecesario advertir que el modelo pictórico del doctor Watson fue el propio Conan Doyle. Esta coincidencia viene a reforzar la tesis de que A.C. Doyle era un simple seudónimo literario empleado por John H. Watson (cf. n. 2)
8. Cf. Ronald Burt De Waal, *The World Bibliography of Sherlock Holmes and Dr. Watson*, Nue-

va York: Bramhall House, 1974. (Existe una edición posterior, ligeramente ampliada.)

9. D. Martin Dakin ha querido identificar el 221 de Baker Street con el actual número 109 de la misma calle (cf. D. M. Dakin, *A Sherlock Holmes Commentary*, Londres: David & Charles, 1972). Bernard Davis, con el actual número 31; el Dr. Gray Chandler Briggs, con el número 111, y Paul McPharlin, con alguna de las casas comprendidas entre los números 59 y 67 (cf. Michael Harrison, *The London of Sherlock Holmes*, Londres: David & Charles, 1972). Téngase en cuenta que, durante la época de actividad profesional de Holmes, Baker Street no se prolongaba, como en la actualidad, hasta Regent's Park, sino que finalizaba en la confluencia de Paddington Street y Crawford Street.

10. *Letters to Sherlock Holmes*, ed. por Roger Lancelyn Green, Harmondsworth (Middlesex), Gran Bretaña: Penguin Books Ltd., 1985.

11. No me atrevo a ratificar la viabilidad de este dato. La última vez que estuve en Londres, hace pocos meses, la zona se hallaba en obras.

12. Cf. Michael Harrison, *In the Footsteps of Sherlock Holmes*, Londres: David & Charles, 1958.

13. Cf. n.12

14. A. Conan Doyle, *The Annotated Sherlock Holmes*, ed. por William S. Baring-Gould, Londres: John Murray, 1968. Se trata de una obra imprescindible para cualquier holmesiano.

15. Textualmente: «You have been in Afganistain. I Perceive». La inmortal frase está grabada en una placa de bronce situada en el laboratorio de patología del St. Bartholomew's Hospital de Londres.

16. En *Estudio en escarlata*, cap. II.

17. Wilma (Wilhelmine) Norman-Neruda (1839-1911), eminente violinista austriaca, casada con el músico sueco Ludwing Norman. A la muerte de su marido, contrajo matrimonio, en 1888, con Sir Charles Hallé, empresario musical inglés, para quien había celebrado regularmente conciertos desde 1864.

18. Pablo Martín Melitón Sarasate y Navascués (1844-1908), famoso violinista y compositor español, acaso el más cotizado de los intérpretes de su época. Escribieron para él los compositores Max Bruch, Eduardo Lala, Alexander Mackenzie y Camille Saint-Saëns. En la aventura titulada *La liga de los pelirrojos*, Holmes interrumpe su investigación para asistir a un concierto de Sarasate.

19. Los datos referentes a la adquisición y al precio del violín de Holmes figuran en la aventura titulada *The Cardboard Box (La caja de cartón)*.

20. Orlando de Lasso (1523-1594), también conocido como Roland Lassus, compositor belga renacentista, es una de las más altas cimas de la historia de la música. Escribió más de 2.000 obras, sagradas y profanas; entre ellas, 516 motetes polifónicos con texto latino.

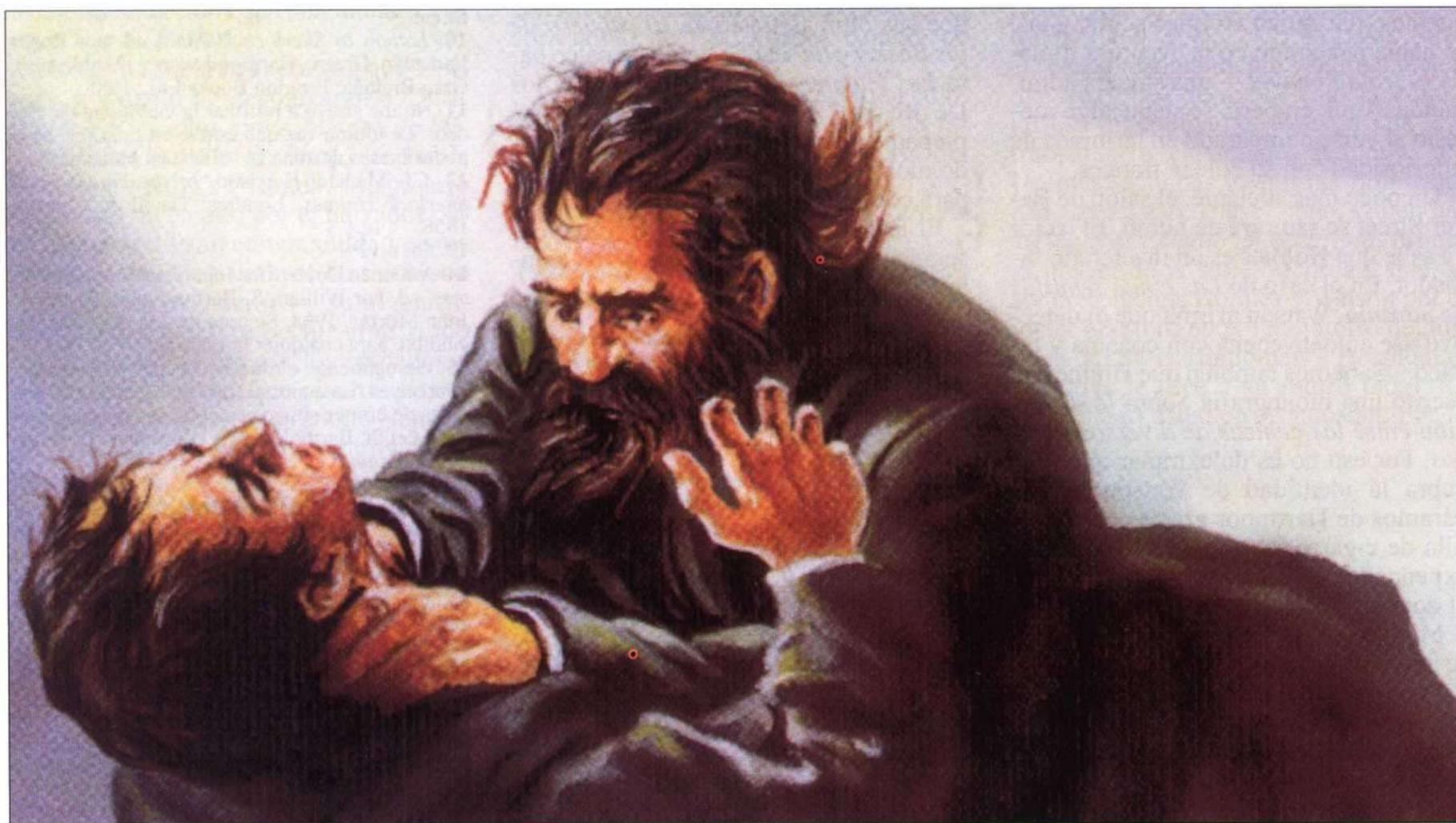
21. Los hermanos De Reszke eran dos famosos cantantes polacos: Jean (1850-1925) era tenor y Edouard (1855-1917), bajo. Sin embargo, la única vez que, al parecer, ambos cantaron juntos *Les Huguenots*, la famosa ópera de Meyerbeer, fue el 25 de noviembre de 1896, en el Metropolitan de Nueva York.

22. Lamento confesar que no he hallado el menor rastro del restaurante Marcini. Diré en mi descargo que otro tanto les ha ocurrido a los eruditos holmesianos que he consultado a este fin.

ARTHUR CONAN DOYLE

El valle del terror

por **Eduardo Torres-Dulce Lifante***



JOSÉ MARÍA PONCE, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

Con una primera parte que es una novela policiaca clásica, y una segunda elaborada como un complejo thriller, El valle del terror (1915) supuso la resurrección literaria del profesor James Moriarty, el archienemigo de Holmes, un malvado a la altura del genial detective, que murió o se volatilizó en «El problema final» (1891) relato que, en un principio, debió ser la tumba también para el inquilino de Baker Street. Moriarty, conocido como el «Napoleón del crimen» fue el malvado inteligente, elegante, despiadado y seductor que se merecía no sólo Holmes, sino la Inglaterra victoriana que lo vio nacer.

El *valle del terror* es la cuarta y última novela larga que Conan Doyle consagró a Sherlock Holmes. Se publicó por entregas en el *Strand Magazine* desde el mes de septiembre de 1914 al mes de mayo de 1915, con 31 ilustraciones debidas a Frank Wiles. En los Estados Unidos publicó la novela por entregas (20 de septiembre-22 de noviembre de 1914) la *Associated Sunday Magazines*.

Posteriormente, la novela se editó en forma de libro, primero en los Estados Unidos el 27 de febrero de 1915 (George H. Doran Company), y luego en Inglaterra, tras finalizar las entregas con el *Strand*, el 3 de junio de 1915 (Smith, Elder and Co). La primera edición, de 6.000 ejemplares, se vendió rápidamente y hubo una segunda reimpresión en ese mismo año de 1915.

Dos en una: novela policiaca y thriller

En la estructura de *El valle del terror*, Conan Doyle se atuvo a un modelo muy clásico en las novelas populares del siglo XIX (Dumas, Sue, Dickens, Collins); superponer a la trama principal otra más o menos conexas con ésta. Esta técnica la empleó Doyle en *Estudio en escarlata*, cuya segunda parte se centraba en una suerte de *western* de aventuras y melodrama amoroso en el escenario de la sociedad mormona de Utah. En *El signo de los cuatro* se interpolaba un relato que era una aventura kiplingiana en la India de las sublevaciones y, finalmente, en *El sabueso de los Baskerville*, aunque plenamente integrado en la trama principal, Doyle recogía un relato de terror medieval centrado en la vida del Señor de Baskerville, que había dado origen a la leyenda del sabueso infernal.

En *El valle del terror*, la primera parte, subtitulada «La tragedia de Birlstone», es un brillante relato, muy clásico, en la mejor vena de las aventuras de Holmes. En cambio la segunda parte, subtitulada «Los Batidores», es un complejo *thriller* centrado en un valle minero norteamericano agitado por convulsiones sociales y dominado por una sociedad secreta. La novela finaliza con un corto epílogo, que sirve, fun-

damentalmente, para unir las dos partes de la novela y concluirla de manera dramática.

En todo caso, el lector no debe tener queja de esta estructura, pues merced a ella tiene ocasión de disfrutar del versátil talento de Conan Doyle como narrador puro, capaz de sacar de su pluma registros bien variados en temas y géneros muy diferentes.

El valle del terror adopta en su primera parte el tono y el estilo de la novela policiaca clásica, de la novela problema, de la novela quién-lo-hizo, ésa que exasperaba a Hitchcock y que a tantos de nosotros nos ha fascinado y entretenido y continúa haciéndolo. Una novela policiaca cuya edad de oro va de Doyle, bastante atípico en todo caso frente al canon del género, hasta Agatha Christie, que para mi gusto es un exceso típica y canónica. Entre ambos se cuenta una pléyade de espléndidos novelistas y artesanos del relato, en su mayor y mejor parte impecable e implacablemente británicos, matemáticos en sus tramas y por lo general extraordinariamente inventivos en sus alambicados desenlaces.

La aventura holmesiana de *El valle del terror* comienza con el detective cómodamente instalado divagando en sus habitaciones en Baker Street y casi de repente ya está viajando hacia la campiña inglesa. Esa campiña por la que vagan domésticas serpientes asesinas, inválidos y monstruosos veteranos de las guerras hindúes, vengativos hidalgos, aristócratas crueles, marinos retirados que ocultan terribles secretos, sabuesos infernales, extravagantes ciclistas solitarias, arriesgadas institutrices de pelo cobrizo, y siempre el lado raro de la vida, el crimen oculto tras un verde prado y una casona respetable. En *El valle del terror*, Holmes y Watson viajan al corazón de Sussex, donde les aguarda un crimen imposible cometido en un lugar cerrado, en el caso de autos una especie de castillo menor cuyo solar se erigió en



FRANK WILES, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

Moriarty, el «Napoleón del crimen»

por Juan Tébar*

Se ha escrito y hablado mucho acerca de este personaje, dándole un volumen de importancia parejo con su talento, pero no con su escasa presencia en las aventuras de Sherlock Holmes. Moriarty aparece en dos —o quizá tres, habría que acudir a los súper especialistas— narraciones. Y sólo en una de forma activa, en el resto se trata de alusiones.

La figura del oponente de Holmes ha adquirido —a pesar de su breve presencia— fama casi equiparable a la del detective. Scotland Yard habla hoy mismo del «Síndrome Moriarty», que induce a ciertos individuos a convertirse en genios del mal para sacudirse las frustraciones de una vida mediocre. No sabemos si fue mediocre el pasado de nuestro perverso, hay teorías para todos los gustos sobre su procedencia y anterior biografía: no se extrañen, algunos han escrito que ambos —Holmes y Moriarty— son dos caras de una misma persona, otros los relacionan con vínculos de parentesco. Algún cineasta moderno ha revelado que M. fue el amante de la madre de H.; otro prefirió opinar que ambos se conocieron de niños, fueron compañeros de colegio y aventuras, y luego Sherlock —tan desmemoriado como Peter Pan— olvidó que su enemigo fue amigo infantil. Todas estas historias, que nunca escribió Conan Doyle, podrían llenar un solo artículo dedicado a los *pastiches*, nuevas versiones, películas, etc., que han sucedido al autor y al personaje. Son tantas que seguramente superan a las oficiales.

Dos ejemplos más: el especialista Santiago R. Santerbás publicó *Una carta inédita del profesor Moriarty* (en la desaparecida revista policiaca *Gimlet*, de corta vida a lo largo de 1981) donde se descubre a Holmes como un muchacho malvado, y a Moriarty como un profesor de Matemáticas perseguido por el implacable alumno. Las preferencias lite-

rarias de Santerbás relacionan a estos personajes con otro de sus autores predilectos, y Lewis Carroll aparece como maestro de Moriarty.

Isaac Asimov (1920-1992), miembro destacado de uno de los clubs holmesianos más ilustres y, como es bien sabido, uno de los más reputados autores de ciencia ficción, publicó un relato sobre Moriarty que le valió su ingreso en dicho club (*Los irregulares de Baker Street*), llamado «El crimen definitivo». El citado relato es el último del volumen *Sherlock Holmes a través del tiempo y el espacio*, traducido al castellano por Editorial Júcar, en 1987. En dicho libro se cuenta la historia del club *Los irregulares*, se alude a las llamadas Sagradas Escrituras, que es como se nombran los textos de Conan Doyle por los fanáticos de San Sherlock (así se refiere Anthony Burgess al detective). Y aparecen en él cuentos de Philip José Farmer, Poul Anderson, James Powell, y otros célebres autores de ciencia ficción. No sólo adoraron a este *Santo* los escritores exclusivos de novela criminal. En él se desvela el auténtico sentido de «La Dinámica de un Asteroide», tesis que escribió Moriarty según menciona Holmes en *El valle del terror*. Y que consistía nada menos que en el definitivo crimen de destruir la Tierra. Un plan digno del mayor genio del crimen, oponente no menos, digno del mayor genio contra el crimen: el vanidoso, astuto, solitario, inmortal Sherlock Holmes. Tan *inmortal* que sobrevivió a su propia muerte en las cataratas de Reichenbach (en «El problema final», último relato de *Las memorias de Sherlock Holmes*). Donde sí murió el pobre Moriarty.

* Juan Tébar es escritor y crítico literario. Este artículo apareció como apéndice en *El regreso de Sherlock Holmes* (Anaya, 1992).

tiempos de la primera cruzada y fue reconstruido en el estilo jacobino del siglo XVI. La mansión está rodeada medievalmente por un foso lleno de agua, y cuando anochece el mayordomo leva el puente levadizo y la casa queda aislada entre las sombras de la noche. Con todo el sabor del género, Holmes y Watson se topan con un cadáver equívoco, una servidumbre aterrada, un despacho antañón lleno de sangre y pistas desconcertantes, una viuda y un fiel amigo sobre los que recaen victoriantemente las sospechas de

una pasión ilícita que el puritano de Watson cree haber sorprendido en su expansión más escandalosa, una pasión que suministra el inevitable y preceptivo móvil del crimen. Amén de ello disponemos de dos policías, no tan obtusos, Holmes los respeta moderadamente, un escenario cargado de Historia y de historias, unos lugareños chismosos, un pueblecito dormido en el tiempo de la Merry Britain y una posada confortable en la que reponer fuerzas.

Un escenario perfecto para que la roja

hebra del crimen se deslice sinuosa y ominosa por entre milenarias piedras e impecables cespederas. La historia recogida, pedestre pero exactamente, en un folleto turístico proporciona a un distraído Holmes la solución del enigma, que se revela, dramática y holmesianamente, durante una fría velada entre las sombras de la noche. Una historia que cubre la historia de un homicidio cometido en legítima defensa, una muerte que no es sino un eslabón más en una larga cadena de traiciones y lealtades cumplidas y ro-

tas, de crímenes terroristas y policías justicieros, una historia cuyo telón se levantó al otro lado del Atlántico en los campos mineros de Pennsylvania y no concluye allí en Sussex, sino en pleno Atlántico a la altura de la napoleónica isla de Santa Elena cuando en plena galerna los sicarios de Moriarty arrojan por la borda del *Palmyra* el cuerpo del ex detective Edwards, más conocido en Sussex como *squire* John Douglas, un hombre en perpetua guardia, un hombre corroído por su pasado.

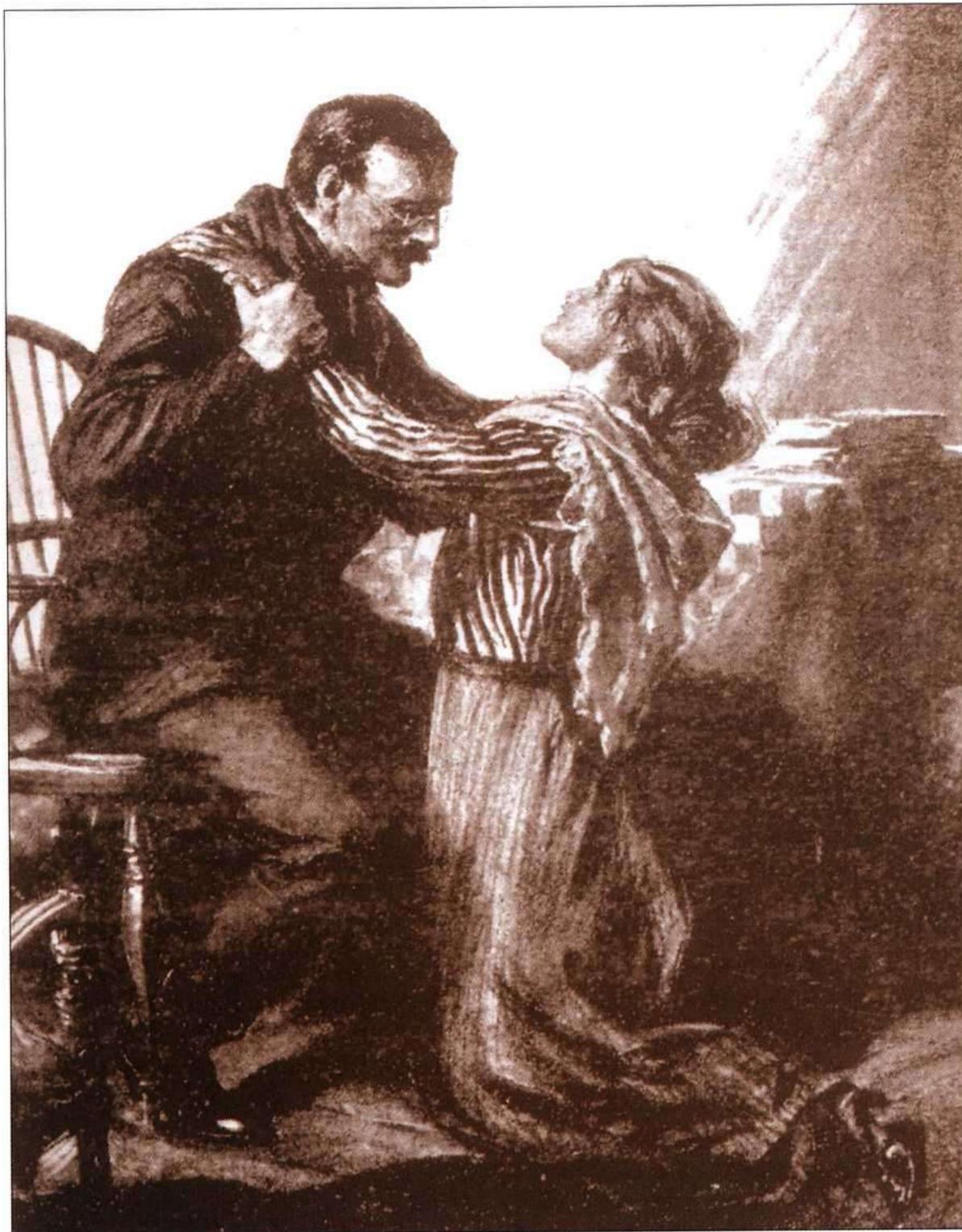
El lado oscuro de Holmes: Moriarty

La primera parte de *El valle del terror* aporta la gran novedad para los holmesianos de introducir, como elemento esencial de la trama, a la Némesis de Holmes, al Napoleón del crimen, el profesor James Moriarty.

Este archienemigo de Holmes tiene, personalmente pienso que por fortuna, una presencia bastante aislada en la saga holmesiana.

De facto, Moriarty aparece súbita, ominosa y dramáticamente en «El problema final», incluido en el volumen de relatos *Las memorias de Sherlock Holmes*. En ese momento, allá por 1891, Holmes se ha cruzado tantas veces en el camino del cerebro inglés del crimen, que la confrontación se hace inevitable. Holmes con la ayuda, casi a ciegas, del fiel Watson, huye o finge que huye a través de Europa hasta las cataratas suizas de Reichenbach. Watson y los lectores asistimos sólo a un escenario convenientemente vacío. Una escueta nota de Sherlock nos da la noticia de ese enfrentamiento final en un estrecho sendero de montaña con un insondable precipicio como destino para el perdedor. «El problema final» concluye con la volatilización de Moriarty y Holmes. Doyle había decidido matar a su fatídico personaje y su Némesis no podía sobrevivirle. Pero en todo caso, astutamente, no mostró el cuerpo de uno y otro.

El retrato que nos legan de Moriarty *El valle del terror* y «El problema final» demuestra el talento y la modernidad de Doyle. Moriarty es una figura fantasmal y evanescente; nunca se nos presenta al



FRANK WILES, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

lector de manera directa, Watson no llega a verlo jamás, por lo que no pocos comentaristas han llegado a juzgarlo inexistente e incluso, alguno producto de la adicción del detective a la cocaína y a trastornos freudianos.

No es un malo de folletín, sino un malvado inteligente, elegante, despiadado, seductor. El tipo de malvado a la altura del héroe, casi invencible, que fascina a Alfred Hitchcock, y que magistralmente describió Wilkie Collins, uno de los autores que más influyó en Doyle, en casi to-

das sus novelas, pero más particularmente en *La dama de blanco*.

Esta modernidad narrativa de Moriarty va pareja con su modernidad criminal. Se ha escrito que Conan Doyle se inspiró para crear el personaje del profesor Moriarty en algunos de sus maestros jesuitas del colegio de Stonyhurst. Concedémoslo, pues el malvado profesor combina un cierto ascetismo con una elegancia personal tan amenazadora como reservada. Pero en el modelo criminal Moriarty parece haberse inspirado

en criminales históricos como Jonathan Wild y Adam Worth. Al primero incluso lo cita el propio Holmes en *El valle del terror* como una de las referencias de Moriarty.

Esa mente privilegiada al servicio del crimen, instalada como una paciente y letal araña, en apariencia inofensiva, en el centro de la tela que ha tejido con paciencia y en la que atrapa a las víctimas que previamente ha elegido, revela el retrato de un criminal moderno.

Pero Sherlock Holmes no cesará en su lucha contra el profesor Moriarty. Implacable, obsesionadamente, proseguirá la caza volcando todo su talento y energías para atraparlo. Cuando se inicia la aventura de «El problema final» ha llegado tan cerca del centro de la tela de araña tejida por el profesor, que éste, amenazando directamente, emprende a su vez la caza del detective. En Londres se suceden los atentados contra el detective y éste huye para atraer a su adversario a una trampa, un deportivo uno contra uno en el corazón de la civilizada

Europa, en el corazón de la internacional Suiza, residencia de ricos y enfermos. Junto al abismo de las cataratas de Reichenbach, el detective y el supercriminal luchan en abrazo mortal y, aparentemente, los dos desaparecen en el insondable abismo. Antes de esa emocionante jornada, en *El valle del terror*, Holmes resolverá el misterio de la mansión de Birlstone, pero la baza final, el largo brazo de Moriarty se cobra la pieza que le ha sido encomendada, el valeroso detective Edwards, que destruyó un imperio del crimen en el valle de Vermissa.

Sólo años más tarde, junto al abismo de Reichenbach, y aún más tarde cuando reaparece Holmes en el escenario londinense de «La casa vacía» para tender otra trampa al lugarteniente de Moriarty, el viejo y el cruel *shikari*, un desviado, vicioso y pervertido personaje kiplingniano, el coronel Moran, logrará Holmes ajustar las cuentas que año tras año, crimen tras crimen, le llevaba de ventaja el profesor. Tras la desaparición de Moriarty y de sus secuaces, Holmes

recordará con cierta melancolía el vacío que en el submundo de Londres y en su propia vida profesional ha dejado el Napoleón del crimen. Un genio necesita a otro genio con el que compararse, aunque los dos no puedan convivir mucho tiempo en una saga novelesca.

Cruzada contra el mal

Conan Doyle nos presenta en *El valle del terror* un verdadero estudio en Sherlock. Por vez primera le descubrimos en una faceta desconocida en su profesión de detective-consultor. Hasta entonces Holmes se limitaba a desenredar la madeja del crimen a requerimiento de la policía o de clientes particulares. Con su obsesión por Moriarty, Holmes se instala en la cruzada. Señalado el maléfico profesor como el Napoleón del crimen, el detective lo toma no sólo como objetivo personal, sino como una tarea de una cierta profilaxis social que sólo a él, la policía se ha desentendido perezosamente del asunto, parece incumbirle.

De alguna manera, los dos primeros capítulos de *El valle del terror* con Sherlock Holmes confinado en las habitaciones de Baker Street y teniendo como interlocutores-alumnos al fiel Watson y al inspector Mac Donald transcurren como una suerte de *master* que el detective imparte sobre el crimen organizado, Moriarty, el análisis de criptogramas y, en definitiva, de su metodología deductiva.

Pero cuando la acción, las malas nuevas que llegan de Birlstone, le obligan a trasladarse a ese confín de Sussex no lejos de las fronteras de Kent, reaparece todo el estilo y el aroma de las aventuras rurales de Holmes y Watson. El sencillo pero muy eficaz estilo narrativo de Conan Doyle atrapa con pocos trazos el paisaje y la historia del escenario. Su manera de presentar el problema de la



FRANK WILES, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

Espasa tiene el valor de lanzar a Miedo y Medio.

Un nuevo héroe de ficción, Gregorio Miedo y Medio, sale a la calle dispuesto a todo.

La ciudad de Zamora, conmocionada por el suceso. Una ola de pánico se ha desatado en la ilustre ciudad al saberse que un nuevo héroe, muy vinculado a la magia y las ciencias ocultas, comienza sus extrañas pesquisas en busca de un supuesto tesoro demoníaco. Padres y profesores buscan desesperadamente contactar con Gregorio, tras notar que hijos y alumnos sucumben al hechizo del personaje.

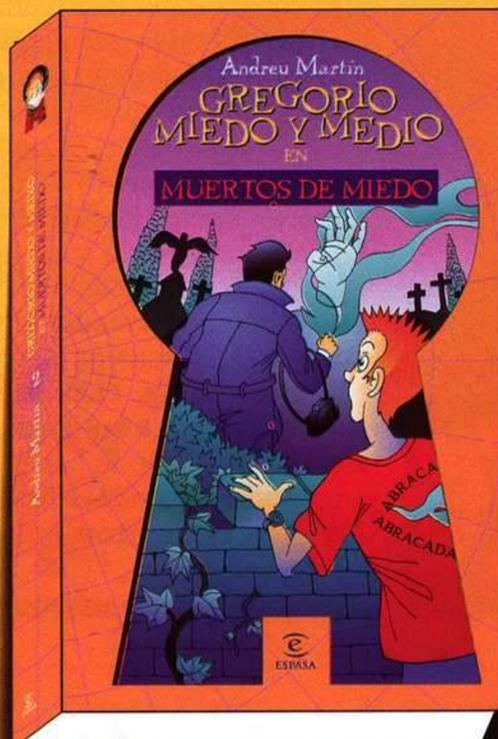
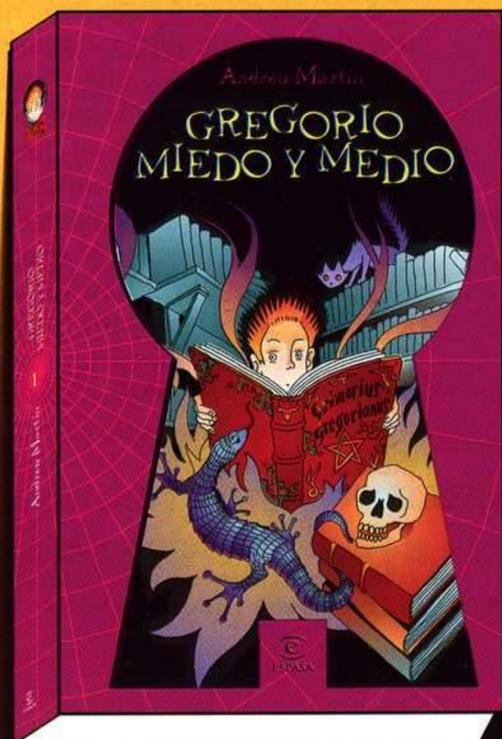
Colapso en las librerías.

La editorial Espasa pide calma ante el colapso que han sufrido numerosas librerías, donde se han registrado escenas de pánico entre un público entusiasmado al descubrir las macabras aventuras que el personaje lleva a cabo en la ciudad. No podíamos imaginar...



NUEVA SERIE

GREGORIO MIEDO Y MEDIO



No te puedes perder esta colección. En ella descubrirás cómo **Andreu Martín**, premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil y maestro indiscutible del género de aventuras, consigue hacer apasionante, desde la primera a la última página, la mejor literatura para jóvenes.



ESPASA

www.espasa.com/novedades

muerte ocurrida en la casa solariega es sencillamente magistral. La lectura del capítulo IV, «En tinieblas», produce verdadero deleite. De un lado porque, *rara avis*, los policías, el inspector de Scotland Yard, Mac Donald, como el policía rural, un personaje que destila humanidad por todos sus poros, White Mason, no son meros tontos que reciben las puyas de Holmes, sino porque la manera en que Doyle presenta sin trampa ni cartón los hechos y las pruebas, las sospechas, la fina dramaturgia teatral con

la que se organizan las entradas y salidas de sospechosos y testigos en el despacho, escena del crimen, y nuevamente *rara avis*, la posibilidad de seguir el razonamiento de Holmes, en gran parte errado dicho sea de paso, convierten *El valle del terror*, en esta su primera parte, en una de los mejores relatos holmesianos.

El desenlace es orquestado por Holmes con su calculado gusto por los efectos teatrales. Tras vencer las reticencias de los detectives oficiales, Holmes, Watson y los dos policías se apostan en el exterior de la mansión. Holmes ha dispuesto una trampa y en la oscuridad exterior, rodeados de un vaho frío y húmedo y con la sola referencia de una lámpara colgada en el portalón de entrada de la casa solariega, aislada por el foso de agua, la noche, el frío y la tensión se apoderan de todos ellos y, como en tantas otras ocasiones, del subyugado lector. La trampa se cierra sobre los supuestos culpables y Holmes destapa el triunfo de sus impecables explicaciones. El muerto, John Douglas, sale a la vida y con él el tenebroso pasado de los Batidores en el lejano y siniestro valle de Vermissa; pero ésa es ya otra historia...

Un thriller trepidante y oscuro

Si *Cosecha roja*, la extraordinaria novela de Dashiell Hammett, supone la lúcida crónica de cómo un hombre, un detective anónimo, inteligente, manipulador, ultraprofesional, implacable y muy duro, limpia una ciudad del Oeste de Estados Unidos, Personville, ácida y lúcidamente nombrada como Poisonville (Ciudadveneno), «Los Batidores», la segunda parte de *El valle del terror* es, sin ningún género de dudas, el precedente directo, la fuente incuestionable en la que bebió y se inspiró Hammett. En pocas ocasiones la destreza como narrador, creador de tipos y dominador de la tensión narrativa, y pintor de atmósferas, cualidades que adornan la obra de Conan Doyle brillan con tanto fulgor como lo hacen en estas páginas que parecen estar escritas con pasión, con el corazón ardiendo por lo que cuentan.

«Los Batidores» es un *thriller avant*

la lettre, un *thriller* que se anticipa en treinta años a los relatos y novelas que crearon un género en torno a revistas míticas como *Black Mask*, la cuna de Hammet, Cain, Erle Stanley Gardner y Chandler. El viaje del camuflado detective Birdy Edwards a las profundidades del valle de Vermissa es un descenso a los infiernos tanto como una jornada a un valle minero asolado por la corrupción, la brutalidad de los patronos y la ira societaria de los trabajadores, un lugar cegado por el humo del carbón y en el que el amor entre Ettie Shaffter y Edwards, alias Jack McMurdo, es de una rareza tan escalofriante como la ahogada conciencia del hermano Morris, la brutalidad dispendiosa de McGinty o la maldad de Ted Baldwin. Un lugar apartado de Dios y la ley, un lugar de silencio y muerte del que nadie escapa incólume. Edwards se enamora apasionadamente, traiciona juramentos, quebranta lealtades, conforta conciencias extraviadas y se conturba con la propia en las frías y desoladas horas del duermevela. Cuando por fin deba escapar del valle de Vermissa, de «el valle del terror», como sucediera a los personajes acosados de «El país de los santos» o a los detentadores de «El tesoro de Agra» que huyen pero no pueden evadirse ni escapar del pasado que los persigue implacablemente porque lo llevan consigo; con reminiscencias bíblicas, el peregrinaje de Edwards por los campos mineros de Pennsylvania prefigura su vagabundeo acosado por los placeres mineros californianos y la campaña inglesa de Sussex.

Edwards no sólo huye de la muerte prometida, sino de alguna manera de una conciencia inquieta, una conciencia que sabe que ha hecho un trabajo por un fin legal, pero un trabajo en el que ha debido ensuciarse las manos, un trabajo hecho para que mucha gente pueda dormir tranquila a cambio de que él mismo no lo haga jamás. Cuando el tren se lleva a Birdy Edwards, alias Jack McMurdo, del valle de Vermissa, se lleva también rostros, amenazas y juramentos, unos viajeros que no se apearán hasta que Edwards lo haga para la eternidad. ■

* Eduardo Torres-Dulce Lifante es crítico de cine. Este texto suyo figuró como apéndice en *El valle del terror* (Anaya, 1998).



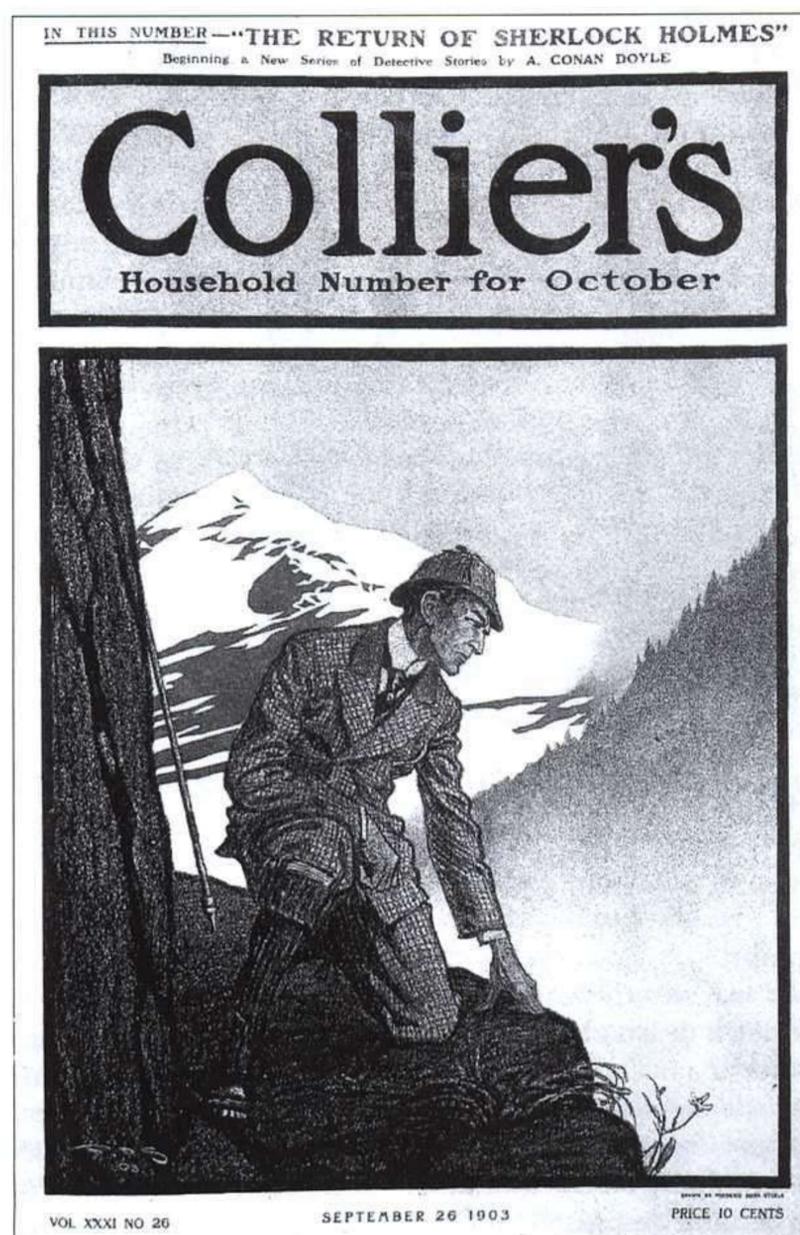
FRANK WILES, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

ARTHUR CONAN DOYLE

Las aventuras de Sherlock Holmes

por Juan Manuel Ibeas*

El mito de Holmes empieza a fraguarse de verdad en los relatos cortos que el autor escribiría a partir de 1891, después de haber alumbrado a su personaje en Estudio en escarlata y de haberle hecho vivir otra aventura en El signo de los cuatro, novelas que tuvieron una tibia acogida por parte de un público que luego reclamaría con pasión más historias del detective. Estos cuentos, recogidos en cinco volúmenes —Las aventuras de Sherlock Holmes, Las memorias de Sherlock Holmes, El retorno de Sherlock Holmes, Su último saludo en el escenario y Los archivos de Sherlock Holmes— son todo un modelo de ejercicio deductivo aplicado a casos desconcertantes, verdadero sello de identidad de esta saga policiaca que ha creado escuela.



Holmes reapareció en «La aventura de la casa vacía» en El regreso de Sherlock Holmes (1903), publicado en la revista Collier's. En la ilustración, Holmes contempla la caída de Moriarty en las cataratas de Reichenbach.

Si hubiera asesinado a una persona de carne y hueso, la reacción del público no habría sido, ni con mucho, tan extremada ni tan vehementemente: severos funcionarios de la *City* acudieron a sus despachos con un brazalete negro en la manga. El autor-asesino se vio bombardeado por una lluvia de cartas que oscilaban de la súplica al insulto, y llegaban en ocasiones a la amenaza. Los editores lo intentaron por todos los medios, aparentemente en vano. Conan Doyle se mantuvo firme durante ocho años; y cuando, en 1901, se decidió por fin a publicar una nueva aventura de Sherlock Holmes —*El sabueso de los Baskerville*—, tuvo buen cuidado de fecharla antes de la fatal caída de Holmes por el precipicio de Reichenbach. Se trataba, pues, de una reminiscencia, una expurgación de los archivos del leal Watson, no una verdadera resurrección.

Si con eso pretendía sondear los sentimientos del público lector, los resulta-

dos no dejaron lugar a dudas: la revista *Strand*, que publicó la novela por episodios, se vio incapaz de imprimir suficientes ejemplares para responder a la demanda con la celeridad exigida, y la gente formaba largas colas ante los talleres de Southamton Street para comprarla directamente de la imprenta, según salía de máquinas.

El detective alcanza la inmortalidad

Por fin, en octubre de 1903, Conan Doyle se rindió y resucitó a Holmes en «La casa vacía», primer relato de la serie *El regreso de Sherlock Holmes*. El detective invencible regresaba de la tumba y derrotaba definitivamente a su discoloso creador. A esas alturas, estaba ya claro que el huesudo detective es inmortal. Pertenece a esa estirpe de arquetipos literarios que permanecerán con nosotros hasta el fin de los tiempos.

La última aventura de Sherlock Holmes, «Shoscombe Old Place», se publicó en marzo de 1927. Hacía el número sesenta de las escritas por Conan Doyle. Pero el número de imitaciones, parodias, *pastiches* y aventuras apócrifas es muchísimo mayor. Eso sin contar los sesudos estudios escritos por toda una legión de fervientes «holmesólogos» y «watsonianos», entre los que destacan «Los Irregulares de Baker Street», asociación de personalidades dedicadas «al estudio de las Sagradas Escrituras» (también llamadas «El Canon de Conan»). El personaje se había convertido en un patrimonio social.

Arthur Conan Doyle falleció en Crowborough, Sussex, el 7 de julio de 1930, a consecuencia de una angina de pecho. Sherlock Holmes sigue gozando de buena salud, a pesar de sus excesos con la cocaína y el tabaco.

Como hemos dicho, *Las aventuras de Sherlock Holmes* dieron fama mundial al personaje, que ya había aparecido en dos novelas. Se trata de una colección de doce relatos que se fueron publicando en la revista *Strand* a partir de julio de 1891. La estructura narrativa de la serie permitió a Conan Doyle desarrollar a fondo la personalidad excéntrica y fascinante del más famoso detective de todos

los tiempos, genuino producto de la época victoriana, la cual aparece a su vez magníficamente retratada en numerosos detalles: la respetabilidad burguesa, socavada por turbias intrigas familiares; la estratificación social y la estricta observancia de las normas de urbanidad; la mezquindad imperante en las relaciones laborales; y sobre todo, la empresa colonial y el orgullo imperial: Watson es un médico militar que ha servido en la campaña de Afganistán, numerosos personajes han hecho fortuna (o han labrado su infortunio) en las colonias... Ni siquiera la escisión de los Estados Unidos se considera definitiva: el autor expone por boca de Holmes su confianza en un futuro en el que «nuestros hijos sean ciudadanos de un mismo país, de extensión mundial, bajo una bandera compuesta por la Union Jack y las Barras y Estrellas».

La efectividad del cuento

La estructura de los relatos responde a una fórmula bastante fija: no se trata de verdaderas *aventuras*, sino más bien de ejercicios deductivos aplicados a casos desconcertantes, pero no necesariamente criminales. En algunos de esos casos, Holmes encuentra la solución sin moverse de su domicilio, con solo escuchar el relato de los hechos que tanto confunden a los afectados. En otros, le vemos realizar algunas indagaciones cuyo objetivo se nos escapa al principio, pero que luego se revelan como decisivas para el esclarecimiento de lo sucedido. En contadas ocasiones, la aplicación de métodos estrictamente policiales da resultados que la policía es incapaz de conseguir «por su absoluta falta de imaginación». El proceso deductivo que conduce a la resolución del misterio constituye el núcleo fundamental de todos los cuentos. No importa la captura del culpable (que muchas veces queda libre, por decisión del propio Holmes o por capricho del destino). Lo que interesa es contemplar el proceso por el que el detective, a partir de varias pistas aparentemente inconexas, construye toda una historia. Al lector se le ofrecen todos los datos disponibles y se procura provocar en él la misma reacción que sufre el ine-



SIDNEY PAGET, «EL PROBLEMA FINAL» EN LAS MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1988.

Las memorias de Sherlock Holmes

por Juan José Millás*

En 1894 aparecieron recopilados bajo este título once cuentos, algunos de los cuales estaban incluidos en *Las aventuras de Sherlock Holmes*, publicado dos años antes.

Todos ellos tienen en común, además del narrador y del protagonista, el hecho de participar de una estructura narrativa semejante. Veamos un poco más extensamente estas cuestiones.

Watson, el cronista

El doctor Watson, compañero de apartamento y ayudante de Sherlock Holmes, es al mismo tiempo su cronista oficial. Como además él mismo suele participar en las historias que cuenta, no tiene más remedio que escribir estos relatos en primera persona. Tal punto de vista produce enormes beneficios narrativos ya que Watson puede actuar en la dirección que más convenga al discurrir de la acción. Así, unas veces aparece casi como un narrador omnisciente, al describir, por ejemplo, los estados de ánimo de Holmes, mientras que otras su escasa inteligencia sirve para plantear preguntas y dudas sobre el suceso que se desarrolla.

La personalidad de Watson sirve, además, y como se ha dicho tantas veces, para poner de relieve las dotes analíticas de Holmes. El modelo no es nuevo: procede directamente de los cuentos analíticos de Poe, cuyo detective, Auguste Dupin, tiene también un cronista, en este caso anónimo, cuya torpeza realza por contraste la habilidad del detective.

La estructura narrativa

La enorme demanda de historias de Sherlock Holmes mantenía a Conan Doyle bajo una presión constante por parte de los editores. Como ya sabemos, esta presión acabó con la paciencia del escritor, que desde hacía tiempo estaba harto de inventar ficciones para alimentar la voraz personalidad de su detective. En este cansancio, más que en sus limitaciones personales como narrador, está sin duda alguna la

causa de que los cuentos de ciclo holmesiano posean casi todos idéntica estructura. Sin embargo, esta repetición, que podría constituir un defecto, termina a la larga por resultar virtuosa. La explicación reside en el hecho de que el lector acaba por habituarse a esa estructura de acuerdo con la cual discurre la acción de la mayoría de los relatos.

Por lo general, Holmes y Watson están en su apartamento de Baker Street cuando se presenta de improviso un visitante. Otras veces, la función del visitante, que no es otra que la de plantear el caso, la cumple una noticia del periódico, o una carta; las variaciones, en este sentido, son escasas. También se da el caso, en aquellos cuentos cuya acción discurre tras la boda de Watson, de que Sherlock Holmes va a visitarle a su casa para pedirle su participación en algún nuevo asunto. Vemos, pues, que el punto de partida está pensado de manera tal que el lector, al identificar los lugares de los que parte la narración, se sienta cómodo, seguro y satisfecho por una complicidad cuyas manifestaciones están siempre implícitas en los arranques.

A partir de ahí, la acción se complica, pero el lector ya sabe que esa complejidad, consistente en la yuxtaposición de datos sin ninguna ilación aparente, tiende a resolverse en el cerebro del genial detective, quien finalmente dará las claves encargadas de dotar de sentido a lo que parecía un crucigrama imposible. La gran virtud de esta zona final de los relatos es que la explicación es siempre simple y verosímil, dos cualidades difíciles de conjugar en la vida, pero que plantean más problemas cuando se trata de conjugarlas en la literatura.

Los temas

Resulta sorprendente la facilidad con que Conan Doyle trata todos los asuntos posibles de la ficción policiaca sin alterar apenas el enfoque de orden formal en cada caso. En este volumen hay al menos tres casos de extorsión, cuatro de robo y dos o tres de asesinato; todos ellos aparecen bajo una vestidura formal y semejante y en todos ellos dicha vestidura funciona perfectamente de cara a los fines para los que fue concebida.

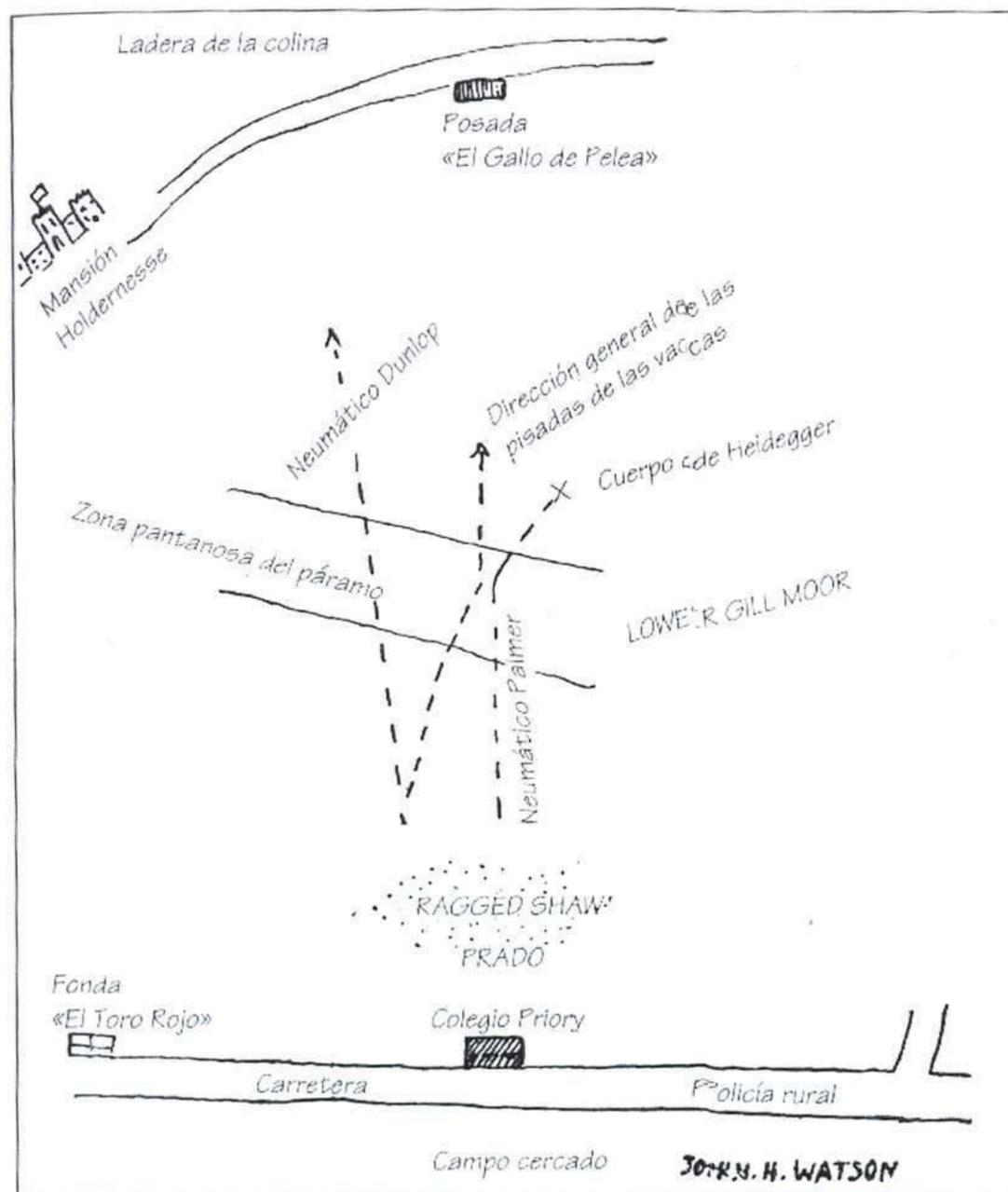
Por eso, el análisis de los temas tiene menos interés, ya que, en los casos en que éstos flojean, el cuento se mantiene en pie gracias al armazón sobre el que ha sido construido. Merece la pena señalarse, no obstante, la aparición en dos de esos cuentos («El intérprete griego» y «El problema final») de un hermano de Sherlock Holmes, Mycroft, que al final resulta ser un personaje original y atractivo.

Por último, no podemos dejar de señalar que en el último de los cuentos de este volumen, «El problema final», Sherlock Holmes pierde la vida al despeñarse por la catarata de Reichenbach, en Suiza, mientras pelea con su enemigo mortal, Moriarty. La muerte del genial detective produjo en su época un escándalo de dimensiones notables. Los editores de Doyle, y el propio escritor, recibieron miles de cartas que iban desde el ruego al insulto. Sin embargo, Conan Doyle tardaría diez años en resucitarle y es que, en verdad, debía de ser difícil alimentar a un ser como Holmes, sobre todo porque estaba destinado a alcanzar mayor fama y gloria que su propio creador.

* Juan José Millás es escritor. Este texto apareció como apéndice en *Las memorias de Sherlock Holmes* (Anaya, 1988).



SIDNEY PAGET, «EL PROBLEMA FINAL» EN LAS MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1988.



SIDNET PAGET, «EL COLEGIO PRIORY», EN EL REGRESO DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1992.

contemplar los alardes deductivos del detective y el desconcierto de Watson que jamás falla a la hora de asombrarse por las facultades de su amigo.

Holmes y Watson: un equipo invencible

Sobre Holmes, poco podemos decir que el fiel Watson no haya dicho ya. Un perfecto caballero victoriano, orgulloso de su eficacia —que es un fiel reflejo de la eficiencia británica—, de costumbres excéntricas y misántropas, increíblemente meticuloso en sus procedimientos pero desastrado en su vida privada, con un carácter inestable que oscila entre la depresión morbosa y la actividad febril, momentos estos en los que se transforma en «la máquina de observar y razonar más perfecta que ha visto el mundo».

Holmes se considera a sí mismo «el tribunal de apelación», al que acuden los desesperados cuando todas las demás vías han fallado. No hace distinción de clases sociales y sirve a su cliente con la máxima fidelidad y eficiencia, sea cual sea la trascendencia del caso. Porque para Holmes no existen casos importantes o triviales, ni le impresionan más los grandes crímenes que las pequeñas faltas; para él sólo existen problemas lógicos más o menos interesantes, y tiene ideas muy concretas al respecto: «Los problemas interesantes suelen plantearse en casos intrascendentes, los crímenes más horribles se cometen en el campo, la policía es incapaz de ver más allá de sus narices, etc.»

Un aspecto inquietante de Holmes es su megalomanía, que puede adoptar formas inofensivas, como cuando discute amigablemente con Watson, pero que resulta más preocupante cuando el detective se erige en administrador de la justicia. Su actitud en estos casos puede variar desde la tajante orden dada a Watson de «no vacile en abatirlos a tiros», hasta su decisión de dejar libres a ladrones y asesinos confesos. Este desprecio por la justicia oficial se disfraza a veces de humildad —«¿Quién soy yo para decidir?»—, pero está claro que decide sin vacilar, consciente de su superioridad sobre la masa y sobre las instituciones.

fable doctor Watson: «Yo he visto y oído lo mismo que usted, y aun así no me explico cómo ha podido llegar a esas conclusiones». Casi invariablemente, el autor consigue el objetivo que se proponía: el fascinado lector sonríe con admiración y pasa rápidamente la página, ávido de nuevas exhibiciones.

Resulta evidente que este efecto es más fácil de conseguir y de mantener en una serie de cuentos que en una novela larga. En la novela habría que realizar una exhibición al principio y al final de cada capítulo, lo cual, de ser posible, resultaría repetitivo y monótono. En los cuentos, este inconveniente desaparece: las conversaciones de Holmes con Watson al principio de cada episodio son recibidas con deleite por el lector, cuyo entusiasmo aumenta al ver a Holmes

lucirse de nuevo ante el cliente de turno. Y casi en seguida se llega a la traca final, en la que Holmes demuestra con increíble facilidad que el impenetrable misterio no era más que «un curioso proble-milla». La fórmula es perfecta, y a ella se debió el éxito del personaje. Cualquier lector moderno puede dar fe de que continúa funcionando.

Comparsas aparte, en los relatos intervienen cuatro personajes principales: Holmes, Watson, el cliente perplejo y el villano habilidoso. El cliente aparece al principio, expone sus apuros y muchas veces desaparece sin dejar huella. El villano puede no llegar siquiera a aparecer en persona. Al público le tiene sin cuidado, mientras Sherlock Holmes se mueva a lo largo de la línea que los conecta. Lo que desea es

El regreso de Sherlock Holmes

por Juan Tébar*

Holmes regresa en este libro sin Moriarty, su mayor rival, muerto en «El problema final». Holmes no se mató entonces. Ha vuelto y, para mayor comodidad, su camarada Watson, que ha enviudado, está libre. Ambos pueden reanudar sus aventuras, y Watson las cuenta para la posteridad, que todavía nos alcanza. Aún durará muchos años la alargadísima sombra del detective inmortal. Y no nos referimos sólo a los libros que todavía escribiría Conan Doyle con Holmes de protagonista, sino la fama e influencia del personaje que ha de vivir más que su autor y que explotarán todos sus herederos, colegas e imitadores habidos y por haber.

Sin el malvado Moriarty

Repasemos algunos de los cuentos en que Watson relata los casos que ocuparon sus vidas tras esta reaparición de Sherlock Holmes.

La sombra del fallecido Moriarty es protagonista en el primer relato «La aventura de la casa vacía», donde Holmes cuenta lo que ocurrió en las cataratas de Reichenbach, y el malo del cuento no es sino un heredero del profesor, que —por supuesto— no está a la altura del maestro. La equivalencia con Holmes y sus imitadores es evidente.

«La aventura del constructor de Norwood» arranca, precisamente, con la referencia al añorado delincuente: «Desde el punto de vista del experto criminalista —dijo Sherlock Holmes—, Londres se ha convertido en una ciudad particularmente aburrida desde la muerte del llorado profesor Moriarty».

Sin embargo, estos tiempos sin Moriarty, sin sus huellas como «el ligero temblor en los bordes de la telaraña [que] nos recuerda la existencia de la repugnante araña», no fueron tan anodinos. Y Holmes puede divertirse con falsas pistas, como la de la huella del pulgar, anticipándose a sistemas de detección no muy honestos: el de amañar, por ejemplo, pruebas artificiales para cazar a quien *se sabe* que es el culpable. El mismo estilo de ese malvado policía que, muchos años después, interpretaría Orson Welles en *Sed de mal* (1957), sin sospechar la tradición de su mala costumbre.

En «La aventura de los monigotes» hay todo un alfabeto en clave con peculiares dibujos:



SIDNEY PAGET, «LA AVENTURA DE LOS MONIGOTES» EN EL REGRESO DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1992.

En la novela policiaca será típico insertar dibujos, planos, jeroglíficos, como los mapas del tesoro en las aventuras de piratas. ¿Qué buen aficionado no recuerda planos de habitaciones cerradas, diseños de pisadas en plantaalzada de jardines, muestras de cartas en clave y demás adornos gráficos de la aventura intelectual de descifrar un asesinato? Todo eso estaba en Holmes, como tantas otras cosas. Véase, por ejemplo, el plano de otro relato, «La aventura del colegio Priory», que casi es un mapa militar. En este cuento

tiene la bicicleta un papel importante, como en el anterior —titulado precisamente «La aventura de la ciclista solitaria»—, y lo subrayamos porque nos parece un elemento tan representativo de la época como cualquiera de los magníficos decorados, o elementos de *atrezzo* usados por Billy Wilder en la que consideramos mejor versión cinematográfica del personaje. Se trata de *La vida privada de Sherlock Holmes* (1969), deliciosa reconstrucción romántica del escenario y el espíritu del mito holmesiano por un austro-húngaro criado en Viena y afincado en Hollywood. No sigue el argumento de ninguna historia publicada por Conan Doyle, sino —en la mejor tradición del *pastiche sherlockiano* (así dicen los americanos, *holmesianos* los ingleses)— resucita un supuesto documento inédito que Watson guardó en una caja fuerte y es rescatado muchos años después por un nieto del doctor. El guión es del excelente I.A.L. Diamond y del propio Wilder. Posteriormente escribieron una novela los holmesianos Michael y Molly Harkwick. Entre las muchas perfecciones de la ambientación, hay planos de viajes en tren que reproducen con original inspiración los dibujos Sidney Paget.

Holmes y sus honorarios

Última referencia, y sabrosa, que extraemos de «La aventura del colegio Priory», y del siguiente relato, «La aventura de Peter el Negro»: Holmes generalmente no parece interesado económicamente. ¿De qué vive el héroe? ¿Es rico y por eso no hace alusión frecuente al dinero? Quizá sea tan desinteresado que se olvida de las necesidades materiales, pero las imposiciones de tales necesidades caerían sobre él, por mucho que las ignorase... Hay quien supone que era Watson quien ponía el dinero cuando la minuta del detective no bastaba a la supervivencia. Es más lógico pensar que Mycroft, el bien situado hermano, ayudase a soportar el *status* de caballero que Holmes mantenía, austero pero siempre digno *gentleman*... El caso es que en la citada aventura del colegio se guarda, encantado, un buen cheque. Y no sabemos si lo comparte con Watson, que realmente ha ayudado bastante... Nos asalta la duda: ¿es realmente un avaro, cobra fortunas —merecidas, no lo discutiremos— y no las comparte...? Tal duda al final de este relato deja una mala impresión que el cronista tendrá que disipar... Y en efecto, será el propio Watson (incondicional entrañable) quien, al comienzo de ... *Peter el Negro* eche un capote a su amigo respecto al tema crematístico. Era el año 1895 y Holmes había alcanzado tal fama que, en buena lógica, sus tarifas deberían ser ya muy elevadas: «... Sin embargo, Holmes, como todos los grandes artistas, vivía para su arte y, excepto en el caso del duque de Holderness, casi nunca le vi pedir un pago importante por sus inestimables servicios. Era tan poco materialista —o tan caprichoso— que con frecuencia se negaba a ayudar a los ricos y poderosos cuando su problema no le resultaba interesante, mientras que dedicaba semanas de intensa concentración a los asuntos de cualquier humilde cliente cuyo caso presentara aquellos aspectos extraños y dramáticos que excitaban su imaginación y ponían a prueba su ingenio».

*Juan Tébar es escritor. Este artículo apareció como apéndice en *El regreso de Sherlock Holmes* (Anaya, 1992).



SIDNEY PAGET, «LA CORONA DE BÉRILOS» EN LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1995.

En esta actitud entre implacable y humanista, Holmes no es, en definitiva, más que una personificación de la Inglaterra de su tiempo.

A Watson se le suele presentar como un torpe y obtuso, cuando en realidad se trata de un colaborador eficaz, un razonador competente, un hombre decidido y —si hemos de creer en su existencia— un cronista extraordinario, que sabe mantener de manera magistral el interés del lector.

Hay que tener en cuenta que, al ser Watson el narrador (y estar dedicados los relatos a glosar las facultades de otro personaje), la personalidad del doctor no aparece reflejada más que indirectamente. La natural modestia del cronista le impide exagerar la importancia de su propia participación, pero está claro que Holmes aprecia extraordinariamente la ayuda de Watson; y si éste no parece estar a la altura de su ilustre compañero, lo mismo le sucede al resto de los personajes que desfilan por sus crónicas. Decir que Watson es poco inteligente demuestra una lectura muy superficial de las

aventuras de Sherlock Holmes y, en último término, equivale a llamar tonto al lector, que tiende a identificarse con la postura del testigo-narrador. Al fin y al cabo, no ser un genio excepcional no equivale a ser idiota.

En realidad, Watson es otra manifestación de la Inglaterra oficial: el hombre de carrera —dos carreras, militar y médica—, cuya dedicación y lealtad contribuyeron a forjar el imperio. Aunque la iniciativa no sea suya, siempre se puede confiar en Watson, que es la eficacia personificada y a veces llega a asombrar al propio Holmes. Entre los dos forman un equipo que el resto de la humanidad debe consultar para ver resueltos sus problemas. Así es como se veía Inglaterra a sí misma.

Londres: un escenario para el crimen

Un último aspecto que contribuyó considerablemente al éxito de la serie fue la ambientación de la misma en un

Londres real, perfectamente descrito en sus itinerarios, instituciones y costumbres. A diferencia de las aventuras exóticas de sus contemporáneos, Conan Doyle sitúa a sus personajes en la metrópoli y hace acudir a ella a todos los elementos exóticos que sean necesarios: desde reyes de Bohemia a marineros de las Indias Orientales, desde serpientes venosas al Ku Klux Klan.

Y aunque a veces se hace necesario salir de Londres, lo cierto es que Conan Doyle se recrea en los detalles de la capital. Incluso cuando Holmes y Watson tienen que abandonarla, se molestan en indicar el tren que tomarán y la estación de donde sale. Holmes se precia de conocer Londres al dedillo, y Watson detalla minuciosamente todos los recorridos que realizan en sus investigaciones. Aunque la dirección exacta de la «casa del crimen» suele ser falsa, el barrio es perfectamente identificable.

No cabe duda de que esto tenía que atraer poderosamente al público británico de la época en que se publicaron las aventuras, que veía cómo le acercaban misterios y maravillas a las puertas mismas de su casa, en un escenario que podía reconocer e incluso recorrer.

Sin embargo, para el lector contemporáneo —sobre todo si no es inglés—, que ha crecido en un mundo donde Sherlock Holmes es ya una tradición, la sensación es diferente y el atractivo posiblemente mayor aún: aquel Londres que entonces era real se encuentra ahora mitificado e idealizado, convertido en un lugar tan mítico como el Bagdad de *Las mil y una noches* o el Dodge City de los *westerns*. Es el Londres de la niebla y los misterios, de Jack el Destripador y el doctor Jekyll, donde el mal acecha en cada rincón y sólo la mirada de un detective infalible puede traspasar las tinieblas. Es una ciudad fabulosa, que ha servido de escenario a muchos de nuestros sueños juveniles.

Así, el detective de ficción y la ciudad real han acabado por fundirse en un mismo arquetipo, que todavía seguirá excitando nuestra imaginación durante mucho tiempo. ■

*Juan Manuel Ibeas es escritor y traductor. El artículo se publicó como apéndice en *Las aventuras de Sherlock Holmes* (Anaya, 1990).

ARTHUR CONAN DOYLE

La saga del profesor Challenger

Conan Doyle cultivó otros géneros al margen del relato policiaco que le dieron también cumplida fama. Uno de ellos fue la ficción científica y de aventuras, para cuyos textos creó también un personaje mítico, el profesor Challenger, paradigma del científico que apoya sus teorías en la experimentación directa. Es un sabio moderno, cima de la cultura civilizada, pero con la estampa de un homínido prehistórico, al que le cuesta poco ponerse iracundo. Y si Holmes tiene a su Watson, Challenger tiene al triste y escéptico profesor Summerlee para ponerlo en vereda.

El mundo perdido

por José Agustín Mahieu*

Hay personajes en busca de autor, como los admirables fantasmas de la obra teatral de Pirandello; pero hay otros, también nacidos de la fantasía y la imaginación de los escritores, que empiezan a vivir una historia propia y parecen liberarse del albedrío de sus creadores. Son héroes universales, que hechizan a los lectores de todas las épocas y todas las edades, que se escapan de los límites del libro y andan por el mundo como compañeros de andadura en la existencia. Uno de ellos fue Sherlock Holmes, prototipo de detectives, modelo de deducción científica y espíritu lógico y racional. Su fama universal ha tenido el efecto, no tan raro como parece, de eclipsar la figura de

su autor. Tal como sucede, en un plano menos absoluto pero igualmente elevado a la condición de mito universal, con el Quijote de Cervantes.

Cultivador de diversos géneros

A nivel popular, Sherlock Holmes sigue vivo; turistas y corresponsales llegan o escriben cartas al número 221 de Baker Street, y en su mayoría ignoran quién es Sir Arthur Conan Doyle. Y menos saben que posee una obra literaria considerable y completamente diferente al género popular que consolidó definitivamente: la novela policiaca.



MARGARITA CUESTA-PAMIES. EL MUNDO PERDIDO, ANAYA, 1981.

Dentro de ese extenso bloque de novelas y relatos hay sectores muy diversos. La novela histórica fue su género predilecto, pero oscurecido por su éxito policiaco. Ya se han citado algunas de ellas, como *Michael Clarke* (1889), *La guardia blanca* (1891) y *Las hazañas del Brigadier Gerard* (1896), que se desarrolla en el marco de las guerras napoleónicas, un tema que fascinaba al autor. *Rodney Stone* (1896), una novela que generalmente se incluye entre sus obras históricas, pero que más bien es un cuadro vívido y fascinante de la Inglaterra previctoriana, con especial atención al boxeo, que describe en sus comienzos con notabilísima penetración. Todas estas extensas narraciones tienen un estilo decididamente decimonónico, en los moldes de la gran novela victoriana fijada por Dickens.

Conan Doyle practicó el ensayo histórico-político, como en *La gran guerra bóer* (1900) y llevó a la novela su defensa de la presencia inglesa en África con *La tragedia del Korosko*. Pero aún menos conocida es su incursión en el teatro: *The Story Waterloo* (*La historia de Waterloo*) (1900), que antes se llamó *Strangler of «15»* (*Un rezagado del «15»*) era una incursión en el tema que lo apasionaba: las guerras napoleónicas. Ya nadie la recuerda, pero en su época significó uno de los mayores éxitos para el legendario actor Sir Henry Irving.

Junto a esa producción de literatura «seria» y un poco solemne, Conan Doyle practicó, además de sus famosos relatos policiacos, el cuento de misterio y terror (tan tradicional en la literatura inglesa) y una serie de novelas de ficción científica y aventura, que es la que nos interesa especialmente aquí, porque dentro de esa gama de historias se destaca *El mundo perdido*, como una verdadera obra maestra del género.

En esta novela (publicada en 1912) se inicia una especie de «saga» dedicada a un nuevo personaje, el profesor Challenger, quizás imaginado por Conan Doyle para borrar o suplantar a este fastidioso e invasor Sherlock Holmes, que tantas veces trató de eliminar de su trabajo literario. El pintoresco y jocundo Challenger es la encarnación del científico descubridor y audaz de la era mo-

derna: escéptico, brillante analista, descubridor de nuevos campos para la investigación. El autor lo dota también con rasgos excéntricos y originales: es un polemista temible, de carácter irascible y orgullo inconmensurable, con características físicas impresionantes; «un cerebro superdotado en un cuerpo de hombre de las cavernas».

El ciclo de novelas y relatos que tienen como protagonista al profesor Challenger pertenece al género de aventuras, en pureza, con matices que participan de la literatura fantástica y la anticipación científica. Ambos sectores habían sido explotados por Ridder Haggard (*Ella y Ayesha*) y por H.G. Wells con su *Guerra de los Mundos*. Pero Conan Doyle no se apoya en la fama nostálgica y medieval, que daría lugar, décadas más tarde, a la tendencia «Sword and Sorcery» (la fantasía heroica) ni en la ciencia-ficción o —dicho con más propiedad— la anticipación científica. Conan Doyle concibe una serie de relatos donde la pura aventura se combina con una hipótesis fantástica pero científicamente convincente.

Pura aventura con hipótesis fantástica

La primera obra de esta serie es la que nos ocupa *El mundo perdido*. *La atmósfera (zona) envenenada*, *Cuando la tierra lanzó alaridos* y *La máquina desintegradora* (relatos cada vez más breves, el último con la extensión de un cuento) continúan la saga del profesor Challenger con una inventiva feliz y un personaje tan atractivo y vigoroso que podría haber rivalizado con el sutil Sherlock Holmes, si no fuese porque el autor lo condujo (en *El país de las nieblas*) a un plano más esotérico, más cercano al ensayo que a la novela, sin duda contradictorio con la personalidad progresiva y científicista del sabio antropólogo. Como testimonio de la orientación del personaje, Conan Doyle pone en sus labios estas palabras definitorias: «La ciencia persigue el conocimiento. Nos lleve donde nos lleve, nosotros debemos ir en su busca. El saber de una vez para siempre lo que nosotros somos, por qué existimos y dónde nos encontramos,

¿no constituye por sí misma la más grande de todas las aspiraciones humanas?». Y sin embargo, ya despunta en el autor una preocupación metafísica: «No, Summerlee, no acepto su materialismo —dice Challenger a su amigo y rival científico en *El mundo perdido*—, porque yo al menos soy una cosa demasiado magnífica para diluirme en simples elementos físicos, en un puñado de sales diversas y en tres cubos de agua. Aquí..., aquí —y al decirlo se golpeó la voluminosa cabeza con el puño enorme y velludo— hay algo que se sirve de la materia, pero que no es la materia. Algo que es capaz de aniquilar a la muerte, pero a lo que la muerte no podrá aniquilar jamás.»

El mundo perdido se plantea la supervivencia de especies prehistóricas en el mundo actual (algo que imitarán más tarde muchas películas, como *King Kong*) con la hipótesis de que han hallado un medio favorable dentro de una comarca aislada del resto de la Tierra. Dos escenarios alternan en su historia: la gran ciudad civilizada, animado centro del primer acto de la aventura, a partir de la irónica y vivaz escena de la asamblea científica, donde el profesor Challenger lanza su desafío a los escépticos colegas; luego la expedición que debe probar sus afirmaciones, que se desarrolla en el marco grandioso de las selvas amazónicas y que conducirá a los héroes a una tierra ignota y aislada. La maestría de la introducción, atravesada por el humor ácido de las polémicas entre hombres de ciencia, corre pareja con la capacidad del autor para ir fijando los vívidos rasgos de sus personajes.

El centro es el profesor Challenger, paradigma del científico que une la visión teórica y la experimentación directa. Conan Doyle lo dibuja en forma algo sardónica: el sabio moderno, universal, cima de la cultura civilizada, está dotado de una envoltura casi grotesca, semejante a un homínido prehistórico... A la desmesura física, el autor añade una arrolladora potencia mental y un orgullo también gigantesco; un carácter flamígero capaz de estallar ante la menor provocación de los pigmeos intelectuales que según él lo rodean. Su mayor ira suele descargarse sobre los periodistas.

A esta figura, Conan Doyle opone, en efectiva y humorística dinámica narrativa, el profesor Summerlee, su opositor científico. Summerlee es magro, triste y

escéptico; descreo de todas las teorías del rabelesiano y visionario Challenger.

Dos personajes completamente distintos sirven de sabio balance de la narra-

ción. Uno de ellos es Lord John Roxton, el casi tópico caballero británico: *sportman*, cazador, rico y refinado, adicto a las más azarosas aventuras. Edward D. Malone completa el cuarteto y asume el papel de relator. Es periodista, joven e irlandés, dotado de cierta ingenua y sencilla dosis de romanticismo, junto a un discreto buen sentido. Se asemeja un poco al doctor Watson y, como él, se aplica a reflejar las aventuras de sus brillantes compañeros.

La prodigiosa odisea entre las fieras monstruosas y los increíbles peligros que los acecharán en la misteriosa meseta prehistórica, culmina en el regreso a la civilización... Una nueva y tumultuosa asamblea científica asistirá a la sorpresa final que les reserva Challenger para probar sus fantásticas tesis. Entonces puede comprobarse que la amena y regocijante narración, aparentemente sencilla, tiene una estructura infalible y perfectamente afinada: las dos grandes asambleas, de polémicas y combates dialécticos entre sabios y público, sirven de ejes a la prodigiosa aventura del mundo perdido.

Setenta años después de su aparición, *El mundo perdido* crece ventajosamente después de un largo olvido. La aventura es su signo fundamental, acompañada de una sutil reflexión humana que no pesa sobre su acción incesante e imaginativa, que lleva al lector a devorar sus páginas hasta el final. El humor es otra de sus constantes, animando cada episodio amable o terrorífico. Como todas las obras realmente originales, *El mundo perdido* supera el encasillamiento de los géneros y las modas, y por eso puede subyugar de nuevo a toda clase de lectores: jóvenes y maduros, sofisticados o sencillos. El mismo autor definía en cuatro versos su simple y perdurable filosofía artística:

«He forjado mi simple plan
si doy una hora de alegría
al muchacho que es a medias un
hombre
o al hombre que es muchacho a
medias.» ■

* José Agustín Mahieu es autor de este texto que se publicó como apéndice en *El mundo perdido* (Anaya, 1981).



MARGARITA CUESTA-PAMIES, EL MUNDO PERDIDO, ANAYA, 1981.

La zona envenenada

por Nuria Hernández de Lorenzo*

En *La zona envenenada*, los cuatro personajes de *El mundo perdido* vuelven a reunirse para celebrar el aniversario de su asombrosa aventura en Maple White. Los compañeros del profesor Challenger no sospechan los extraordinarios acontecimientos que se avecinan: la Tierra ha entrado en una zona envenenada del éter, y en cuestión de pocas horas toda la vida humana y animal del planeta habrá sucumbido a la intoxicación, cuyos primeros síntomas se han manifestado en una locura colectiva se-

guida de una muerte universal e indolora. Sin embargo, gracias a la previsión del profesor, ellos consiguen sobrevivir unas horas más en una habitación sellada e hiperoxigenada. Convertidos en la retaguardia de la humanidad, esperan la muerte en agradable camaradería, sin dejarse llevar de la desesperación, mientras Summerlee, materialista convencido, y Challenger, defensor de la inmortalidad de su espíritu, se enzarzan en sus habituales discusiones científicas y metafísicas. Pero a nuestros personajes les espera una nueva sorpresa cuando descubren que la Tierra ha vuelto a la normalidad y ellos son los únicos seres humanos vivos en un mundo arrasado en el que sólo perviven las formas de vida vegetal. Entonces harán un alucinante viaje por un Londres silencioso y sembrado de cadáveres en el que tendrán la oportunidad de reflexionar sobre la igualdad de todos los seres ante la muerte y la futilidad de la vanidad humana. Cuando todo parece perdido, en un instante se produce el inesperado desenlace: de pronto el gigantesco reloj de la vida vuelve a ponerse en marcha. En realidad, la humanidad había estado sumida en un profundo sueño del que despierta más consciente de su condición efímera y de su papel insignificante y aleatorio en el devenir del tiempo.

Fantasia, humor y reflexiones filosóficas

El profesor Challenger vive para y por la ciencia; todos los defectos hiperbólicos de su carácter son hijos de su entusiasmo por la apasionante búsqueda de la verdad. La ciencia lo es todo, y pobres de aquellos que se nieguen a tomar interés o que prefieran permanecer en la ignorancia cuando él les brinda la luz de la

verdad... Entonces se desata su pérfido sarcasmo, su violenta furia, que adquiere dimensiones próximas a la justa ira de un dios, porque él deja de ser él para convertirse en emisario y defensor acérrimo de la verdad.

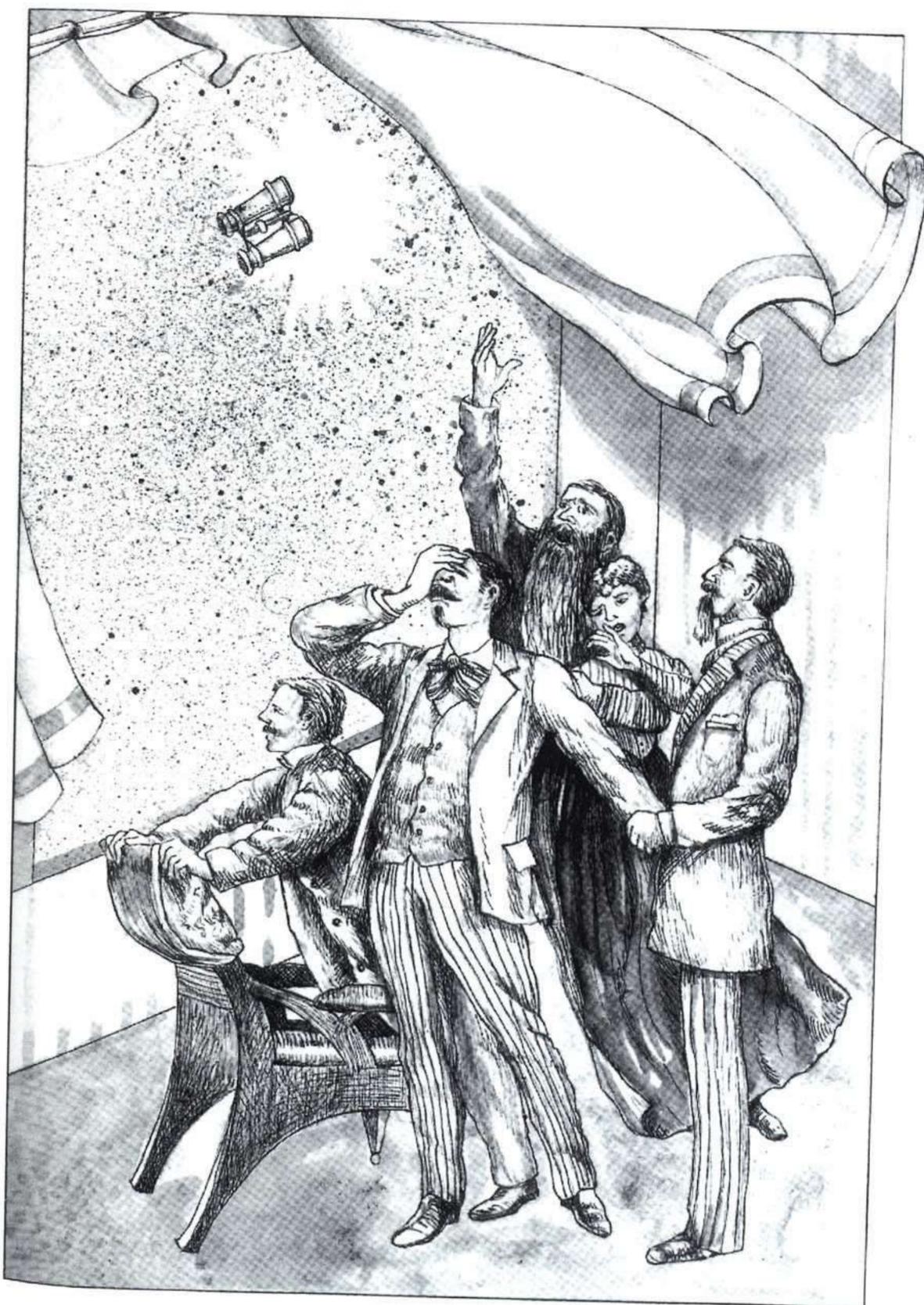
En contraste, Lord John tiene la sorna zumbona y la indiferencia de quien ha visto el mundo y ha aprendido a base de vivir que no hay teoría comparable a la habilidad para desenvolverse. Es el espíritu pragmático en contraposición con la lucubración, mientras que Summerlee representa el espíritu dogmático en perpetuo conflicto con lo que Challenger tiene de innovador y de clarividente. En esta mezcla explosiva surgen situaciones divertidas, diálogos cargados de venenoso ingenio, todo ello relatado por la pluma del joven inexperto que mira a su alrededor con los ojos de la inteligencia muy abiertos, y que registra los acontecimientos con la objetividad del periodista. Doyle tiene un poco de todos, y en ellos se desdobra. De ahí la fuerza y la veracidad de la narración, en la que se conjugan la fantasía, la aventura, el humor y las sutiles reflexiones filosóficas supeditadas a un mensaje moral: el ser humano debe aprender la lección de humildad y, consciente de su insignificancia frente a la grandeza del universo, aprovechar las cosas hermosas y buenas, cultivando el conocimiento y la solidaridad en lugar de desperdiciar su vida en inútiles placeres.

Dos cuentos de ciencia-ficción

Cuando la Tierra lanzó alaridos y *La máquina desintegradora* son dos cuentos cortos que entran de lleno en el campo de la ciencia-ficción. En ellos intervienen solamente dos de los personajes de los anteriores relatos: el profe-



BLANCA ORTEGA, LA ZONA ENVENENADA, ANAYA, 1994.



BLANCA ORTEGA, LA ZONA ENVENENADA, ANAYA, 1994.

sor Challenger y el joven Malone. El primero de ellos es el relato de una nueva y disparatada aventura científica del profesor, que siempre, movido por su ansia de perseguir la verdad allí donde se encuentre, se empeña en demostrar que la Tierra es una entidad viva dotada de organismo que, al igual que los erizos, po-

see una dura corteza exterior que la recubre protegiendo sus sensibles órganos vitales. Para demostrar tan extravagante teoría y conseguir que la Tierra se entere de su existencia, llegará al colmo de la impertinencia: perforará la corteza terrestre con el propósito de estimular su zona sensible. La madre Tierra, pertur-

bada, lanzará el aullido más potente jamás conocido en la historia de la humanidad.

La máquina desintegradora, por su parte, es un cuento que refleja las inquietudes de una época marcada por la reciente guerra mundial y por las tensiones internacionales. Nos demuestra que no todos los científicos tienen la buena fe del profesor Challenger. Hay otros, como el profesor Nemor, que no vacilan en poner sus descubrimientos al servicio de fuerzas mortíferas para después venderlos al mejor postor, sin cuidarse lo más mínimo de las nefastas consecuencias que puedan producirse. En este caso se trata de una máquina capaz de desintegrar cualquier cosa situada entre dos polos, sin importar la extensión. Semejante arma puede aniquilar ejércitos enteros, por lo que convertiría a su poseedor en el dueño del mundo. Afortunadamente, Challenger tiene la oportunidad de intervenir, y gracias a su simpático ingenio, no exento de gracia, logrará eliminar para siempre la amenaza. El orden se habrá restablecido, y por una vez, la ciencia y el bien de la humanidad habrán prevalecido sobre otros intereses.

El mundo deshumanizado en el que vivimos tiene mucho que aprender del entusiasmo y la justa intransigencia del profesor Challenger, que probablemente en nuestra época no habría dado abasto para echar de su casa a tantos pillos y oportunistas como pululan por ahí. En nuestros días, Challenger habría sido quizás un defensor de la naturaleza, o premio Nobel, y se habría cansado de repetir sus eternas palabras: «¡Fuera, caballero, fuera! —gritó de mal humor—. Eleve su mente por encima de las bajas necesidades mercantiles y utilitarias del comercio. Sacúdase sus viles criterios comerciales. La ciencia busca el conocimiento. Debemos seguir persiguiéndolo sin importarnos dónde nos conduzca. Saber de una vez por todas lo que somos, por qué somos, dónde estamos, ¿no le parece de por sí la más grande de las aspiraciones humanas? ¡Fuera caballero, fuera!».

* **Nuria Hernández de Lorenzo** es autora de este artículo se publicó como apéndice en *La zona envenenada* (Anaya, 1994).

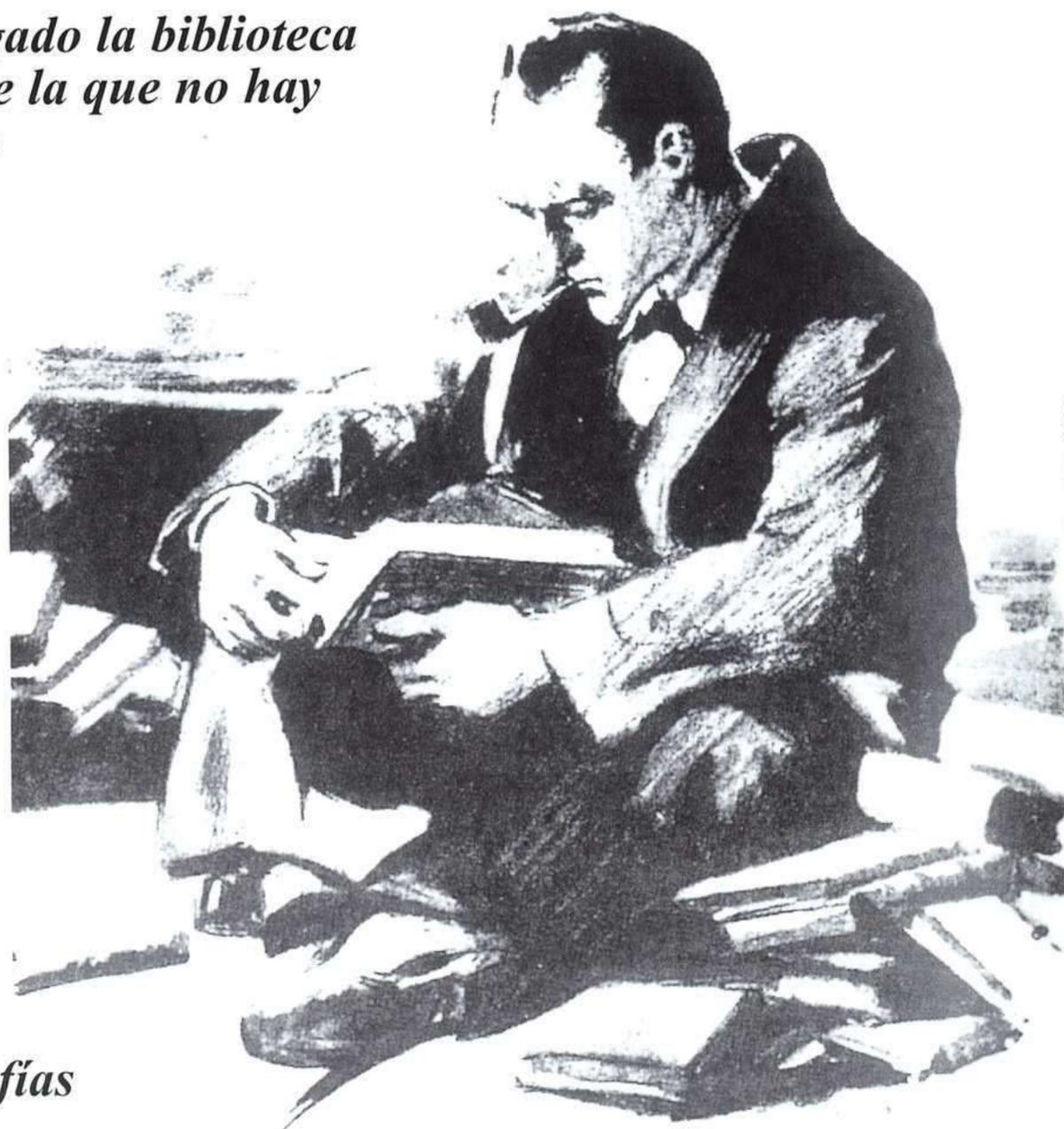
ARTHUR CONAN DOYLE

La biblioteca de Sherlock Holmes

por Emilio Pascual*

Emilio Pascual ha investigado la biblioteca del famoso detective sobre la que no hay excesiva información. En ella ha encontrado desde los necesarios libros de consulta sobre aspectos tan variados como las religiones africanas, las aves de Inglaterra o la filología, hasta un Petrarca de bolsillo o un ejemplar de Vie de Bohème, del escritor francés Henri Murger, que sirvió de base a Puccini para componer La bohème.

El artículo también rastrea la actividad de Holmes como escritor, básicamente de monografías sobre temas técnicos.



FRANK WILES, «LA INQUILINA DEL VELO» EN EL ARCHIVO DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1995.

El Dr. Watson asegura que Holmes leía «de manera inconexa», y ya sabemos lo que opinaba de lectores tales: «Rara vez se distinguen por la exactitud de sus conocimientos». Sin embargo, a pesar de la desconfianza de Watson hacia las lecturas de Holmes, en más de una ocasión lo pinta «sepultado» o «sumido» en sus viejos libros.

Cajón de sastre

Siempre he sentido curiosidad por los libros que se alojaban en la biblioteca de Sherlock Holmes. No hay muchos datos sobre ella, aunque de algún lugar saldrían los que abarrotaron el desván de su casita, en las tierras bajas de Sussex, donde Holmes se había retirado, lejos del mundanal ruido, para dedicarse por completo al sosegado contacto con la naturaleza y a estudiar la vida de las abejas. Entre éstos estaba *Al aire libre* de J.G. Wood: era «un pequeño volumen de color chocolate y plata». Un buen número de ellos procedía sin duda de aquel «montón de libros de consulta» que hubo en algún rincón del 221 B de Baker Street, entre los que podemos catalogar «el primer volumen de una Geografía que estaba publicándose por tomos» y una Enciclopedia Americana.

De algunos ha quedado memoria, pertenecieran o no al mismo montón. Así, el *De iure inter gentes* (Lieja, 1642), un ejemplar en latín que había pertenecido al «divino inglés», William White, más conocido por el seudónimo de Gulielmus Phalerius. Lo había adquirido en un puesto de libros de lance. En una tabaquería de Birlstone, en el condado de Sussex, compró por un penique una sugerente historia de la casa solariega de Birlstone. Allí estaba también *El martirio del hombre*, de William Winwood Reade, que Holmes lo consideraba «uno de los libros más interesantes jamás escritos», y un Petrarca de bolsillo que lo acompañó en alguna de sus correrías. Es seguro que hubo también un ejemplar de la *Vie de Bohème*, de Henri Murger, y otro de relatos de Clark Russell, si bien no está comprobado que pertenecieran a Holmes. También conocía *El vudú y las religiones africanas*, de Eckermann, pero lo leyó en la biblioteca del Museo Bri-



WYNDHAM ROBINSON, STRAND MAGAZINE, 1948, EN ESTUDIO EN ESCARLATA, VALDEMAR, 2000.

tánico. Conocía *La dinámica de un asteroide*, del profesor James Moriarty, aunque no consta que estuviera en su biblioteca. Tampoco sabemos si llegaron a la biblioteca *El origen del culto a los árboles*, un Catulo, *Aves de Inglaterra*, *La guerra santa* y otros ejemplares raros que pasaron por sus manos al socaire de su disfraz de librero. Tuvo bajo su lupa un palimpsesto, aunque su interés resultó ser tan relativo como la contabilidad de una abadía de la segunda mitad del siglo xv.

En la primavera de 1897, con motivo de una cura de reposo ordenada por el doctor Moore Agar, Sherlock Holmes habitó una casita de campo cerca de la

bahía de Poldhu, en el extremo más apartado de la península de Cornualles. Cuenta Watson que «el antiguo idioma de Cornualles había despertado su interés y se le metió en la cabeza la idea de que estaba emparentado con el caldeo y que derivaba en gran parte del lenguaje de los traficantes de estaño fenicios». Con tal objeto —puntualiza Watson— «había recibido un cargamento de libros de filología».

Estamos ante una de esas brillantes paradojas que no hubiera desdeñado el socarrón de Chesterton. Tras su primer examen, indudablemente imperfecto, el doctor Watson juzgó que los conocimientos de Holmes en materia de literatura, fi-



NATALIA SENMARTÍ, ESTUDIO EN ESCARLATA, BRUGUERA, 1984.

lososofía y astronomía eran nulos, pero ello no le impidió saber de la existencia de los Grimm, hablar de George Meredith, acudir a los libros de *Samuel* —aunque cierta coquetería deductiva lo indujera a presumir de que sus «conocimientos bíblicos estaban un poco oxidados»— o disertar sobre los autos sacramentales.

Quizá no fuera tan buen matemático como el profesor Moriarty, pero una sencilla operación de geometría práctica le ayudó a descifrar el misterio de un antiguo manuscrito. Supo retener en la memoria un verso de Antonio y Cleopatra y otro de la segunda parte de *Enrique VI*,² una sentencia de *Fausto* y un epigrama «del viejo Goethe»,³ un aforismo de Tácito,⁴ un proverbio persa atribuido a Hafiz con cierta ligereza, una máxima de La Rochefoucauld,⁵ un alejandrino de

Boileau⁶ y una línea de una carta de Flaubert a George Sand.⁷ También había leído —y recordaba— «una cosa muy curiosa pero muy profunda» de Jean-Paul: que la principal prueba de la grandeza del hombre está en su capacidad de percibir su propia pequeñez. Quizás el doctor Watson olvidaba que Holmes estuvo dos años como mínimo⁸ en la Universidad. Y si atribuyó indebidamente a Richard Baxter unas palabras de Bradford, ¿quién no ha colocado en *Hamlet* a Mercucio alguna vez?

Autor de curiosas monografías

Su tarea como escritor no es abundante pero tampoco desdeñable. Él mismo se confesó «culpable de varias monografías, todas ellas sobre temas técnicos». Una de ellas, intitulada *De las diferencias entre las cenizas de los diversos tabacos*, es un minucioso prontuario en el que se citan «ciento cuarenta clases de cigarros, cigarrillos y tabacos de pipa, con láminas en color, que ilustran las diferencias entre sus cenizas». Al mismo género pertenece una «sobre las huellas de las pisadas, con algunos comentarios acerca del empleo de escayola para conservar las impresiones»,⁹ y otra «sobre la influencia de los oficios en la forma de las manos, con litografías de manos de pizarreros, marineros, cortadores de corcho, cajistas de imprenta, tejedores y talladores de diamantes». Hay una más sobre la datación de documentos manuscritos e incluso alguna vez pensó seriamente en escribir una monografía sobre el humor de los perros para deducir el de sus amos, y otra sobre el arte de fingirse enfermo. No consta que lo hiciera. En Montpellier realizó una investigación sobre los derivados del alquitrán de carbón, aunque no tenemos la certeza de que se plasmará en una monografía. Tampoco sobre una materia tan poco «práctica» como la música de la Edad Media, objeto al que algún tiempo anduvo aficionado. Sí escribió una sobre los motetes polifónicos de Orlando di Lasso, que fue publicada para distribuirse en círculos privados y aun parece que «constituye la última palabra sobre el tema».

El primer escrito de que se tiene noticia

fue un artículo titulado *El libro de la vida*, en el que exponía sus contundentes puntos de vista sobre la observación, la deducción y el análisis. No dudaba que se pudiera «inferir de una gota de agua la posibilidad de la existencia de un Océano Atlántico o de un Niágara sin necesidad de haberlos visto u oído hablar de ellos». Y, aunque se había propuesto dedicar sus años de decadencia a componer «un libro de texto» que compendiará «en un solo volumen todo el arte de la investigación», no hay noticia de que sistematizara nunca el material acumulado en sus archivos. Lo que sí escribió al final de su vida, mientras «vivía como un ermitaño con sus abejas y sus libros en una pequeña granja del Sur», fue un *Manual práctico del apicultor, con algunos comentarios acerca de la separación de la reina*, la «obra magna» de sus últimos años. Entre estos dos escritos puede razonablemente situarse su vida pública.

El mejor de los hombres

Podía fumar varias pipas seguidas, tomar rapé, morfina y cocaína. En un apretado análisis, el Dr. Watson lo catalogó como «violínista, boxeador, esgrimidor, abogado y autoenvenenador a base de tabaco y cocaína», además de «uno de los hombres más desordenados del mundo».¹⁰ Es cierto que en algún momento matiza este dibujo apresurado, elogiando su austeridad¹¹ y precisando que «el uso ocasional de la cocaína» era su modo de protestar contra «la monotonía de la existencia». Con todo, ni el propio Holmes se recataba de confesar su impresión de que «habría podido ser un delincuente muy eficaz». Era capaz de distinguir setenta y cinco perfumes diferentes, hazaña quizá sólo superada por Grenouille.¹² Además de tocar el violín, fue «un compositor de méritos fuera de lo común». (Siempre me ha sorprendido cómo unas manos capaces de interpretar a Paganini pudieron dedicarse alguna vez al boxeo y hacer de su dueño «uno de los mejores boxeadores de su peso». Misterios de la naturaleza.) Había adquirido por 55 chelines un Stradivarius —«que valía por lo menos quinientas guineas»— en la tienda de un judío de Tottenham Court Road.¹³ Nadie



PACO GIMÉNEZ, SHERLOCK HOLMES I EL CONSTRUCTOR DE NORWOOD, BROMERA, 1990.

duda que supiera tocar la barcarola de *Los cuentos de Hoffmann*,¹⁴ pero la que se oyó en Baker Street cierta tarde de un día de verano no brotó del violín de Holmes, sino de un gramófono, «invento extraordinario». Admiraba a Wilma Norman-Neruda y sobre todo a Sarasate. Conoció a Charlie Peace, virtuoso del violín como del crimen. Oyó al tenor Jean de Reszke en *Les Huguenots*. Acaso le rozó el amor, y hay razones para creer que guardó una fotografía de Irene Adler —la mujer— hasta su muerte: en todo caso llegó tarde, como había llegado tarde a una ópera de Wagner.

Platón acaba su *Fedón* refiriéndose a Sócrates como «el mejor hombre de cuantos hemos conocido y, muy destacadamente, el más inteligente y el más

justo». El Dr. Watson, acaso rememorando a Sócrates, concluyó «El problema final» con una evocación de Sherlock Holmes «como el mejor y el más inteligente de los hombres que hubiera conocido». ¿Pensó alguna vez Holmes que en su caso la inteligencia, como la bondad o las rosas, le había sido otorgada por añadidura? ■

* **Emilio Pascual** es escritor y editor. Este texto forma parte *Del Libro de las bibliotecas imaginarias*, inédito.

Notas

1. No obstante, el joven Stamford ponderaba su pasión por «lo concreto y exacto en materia de conocimientos».

2. «That age doth not wither nor custom stale my infinite variety» (*Antonio y Cleopatra*, acto II, esc. 2ª, 233), acomodado a la situación, y «Thri-

ce is he arm, that hath his quarrel just» (II parte de *Enrique VI*, acto III, escena 2ª, 233).

3. «Wir sind gewohnt, daß die Menschen verhöhnen, / Was sie nicht verstehn» (*Fausto*, 1ª parte, vv. 1205-1206). «Schade, daß die Natur nur einen Menschen aus dir schuf, / Denn zum würdigen Mann war und zum Schelmen der Stoff» (*Xenien*, 7). Conviene advertir que ambos textos fueron recitados en su lengua original. El propio Sherlock Holmes sostenía que, a pesar de su falta de musicalidad, «el alemán es el más expresivo de los idiomas».

4. «Omne ignotum pro magnifico» (*Agricola*, 30, 3).

5. «Il n'y a pas des sots si incommodes que ceux qui ont de l'esprit» (*Máximas morales*, 451).

6. «Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire» (*Art poétique I*, 232).

7. «L'homme c'est rien, l'oeuvre c'est tout» (diciembre de 1875).

8. «Como mínimo», en efecto, pues si sólo estuvo dos años, ¿por qué le dice a Watson que «durante mis últimos años en la Universidad se habló allí mucho de mí y de mis métodos?»

9. Es posible que contuviera un apéndice sobre las huellas de los neumáticos de bicicleta, pues era capaz de reconocer cuarenta y dos huellas diferentes.

10. Watson llegó a describirlo como «una persona que guardaba los puros en el cubo del carbón, el tabaco en las babuchas persas y clavaba con un cuchillo la correspondencia sin contestar en la repisa de madera de la chimenea». Y añade: «Siempre he mantenido que practicar con el revólver debía ser, claramente, un deporte exterior; de modo que, cuando Holmes, en uno de sus extraños estados de humor, se sentaba en una butaca, empuñaba su revólver y con un centenar de cartuchos Boxer se dedicaba a agujerear la pared de enfrente con un patriótico V[ictoria] R[egina] a modo de decoración, no podía menos de pensar que ni la atmósfera ni el aspecto de nuestro cuarto salían beneficiados».

11. En una ocasión le oímos decir: «Una hogaza de pan y un cuello limpio: ¿Qué más necesita un hombre?».

12. Jean-Baptiste Grenouille (1738-1767) «a los seis años ya había captado por completo su entorno mediante el olfato. No había ningún objeto, ningún lugar, ninguna persona, ninguna piedra, ningún árbol, arbusto o empalizada, ningún rincón, por pequeño que fuese, que no conociera, reconociera y retuviera en su memoria olfativamente, con su identidad respectiva. Había reunido y tenía a su disposición diez mil, cien mil aromas específicos, todos con tanta claridad, que no sólo se acordaba de ellos cuando volvía a olerlos, sino que los olía realmente cuando los recordaba...». Sólo ha habido otro caso parecido de memoria general: el de Irene Funes (1868-1899), estricto contemporáneo de Holmes. Como todo el mundo sabe, «Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado».

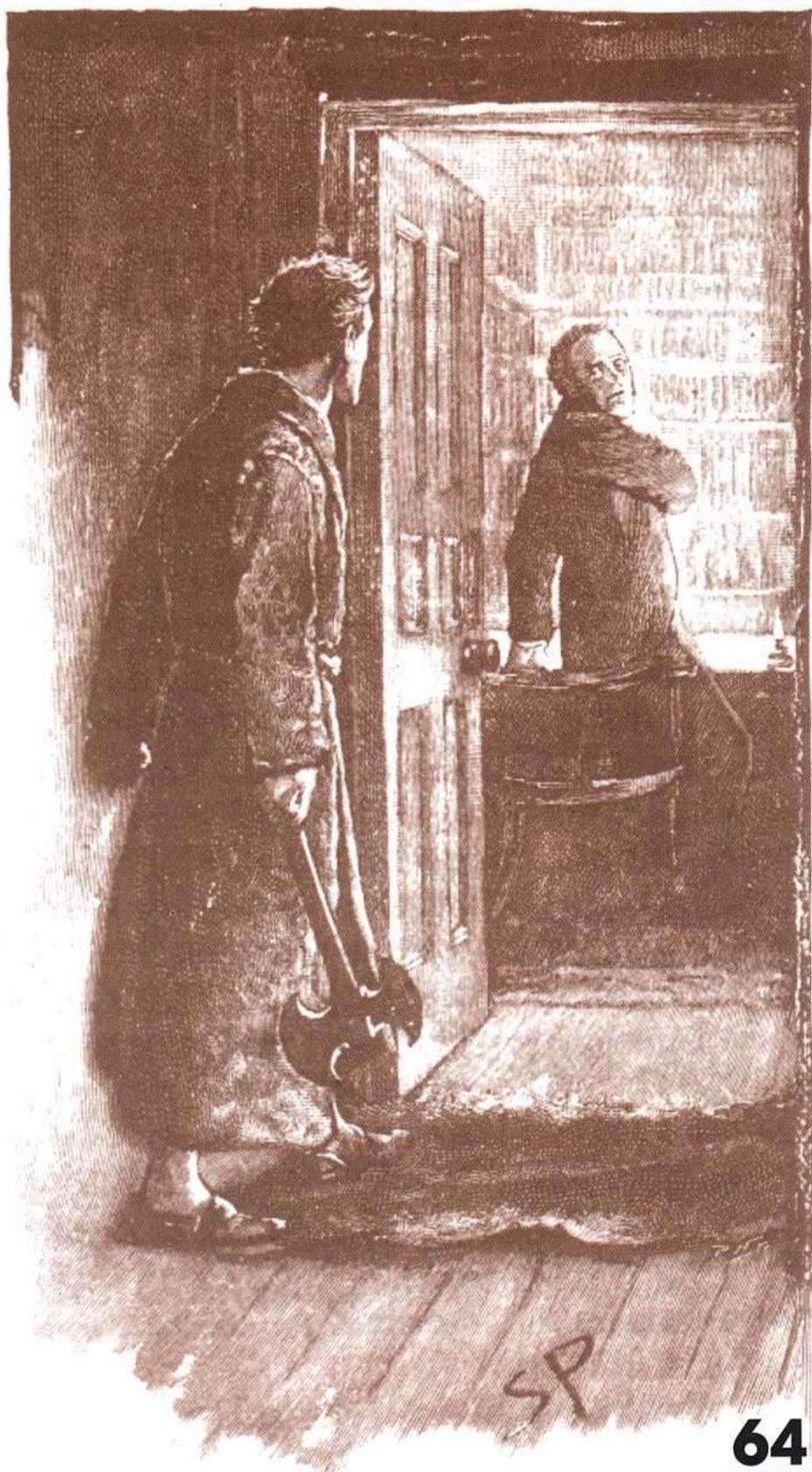
13. El violín de Holmes, si no resulta apócrifo el manuscrito del Dr. Watson recientemente descubierto entre los papeles de la señora Hudson, acabó en la Fundación Rockefeller, y sólo Jascha Heifetz fue digno de tocar con él.

14. Hasta yo la toqué con la bandurria «cuando Dios quería».

ARTHUR CONAN DOYLE

Imágenes para la intriga

por Núria Obiols Suari*



Quienes mejor supieron retratar la época y la figura de Holmes fueron los ilustradores ingleses contemporáneos de Conan Doyle, con Sidney Paget a la cabeza. Estos dibujos que se publicaron en el Strand Magazine han acompañado muchas de las ediciones posteriores de la obra del autor en todo el mundo, incluidas las de Anaya en España. Sin embargo, en nuestro país ha habido artistas empeñados en recrear tanto a Holmes como a otros de sus personajes desde perspectivas diferentes más modernas y rompedoras. A lo largo de este monográfico hemos recogido imágenes creadas por todos los autores que figuran en esta galería de privilegiados.

SIDNEY PAGET, LAS MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1988.

Cuando uno decide ponerse a investigar sobre las imágenes creadas a propósito de la obra de Sir Arthur Conan Doyle descubre que hay dos épocas distanciadas temporalmente: una contemporánea a la publicación de las aventuras del famoso detective y otra más moderna de las décadas de los 80 y los 90. En este artículo trataremos las dos y haremos referencia a Gran Bretaña —perpetuamente bajo la niebla, donde cualquier misterio puede ser posible—, a España y a algún otro país en el que se han hecho trabajos interesantes.

Con este estudio pretendemos captar y mostrar algunas de las miradas particulares de diversos ilustradores y, en consecuencia, creadores a su vez de las narraciones visuales que acompañarán para siempre a Sir Arthur Conan Doyle en su tarea de hacernos sentir una intriga muy especial.



GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.

Los clásicos

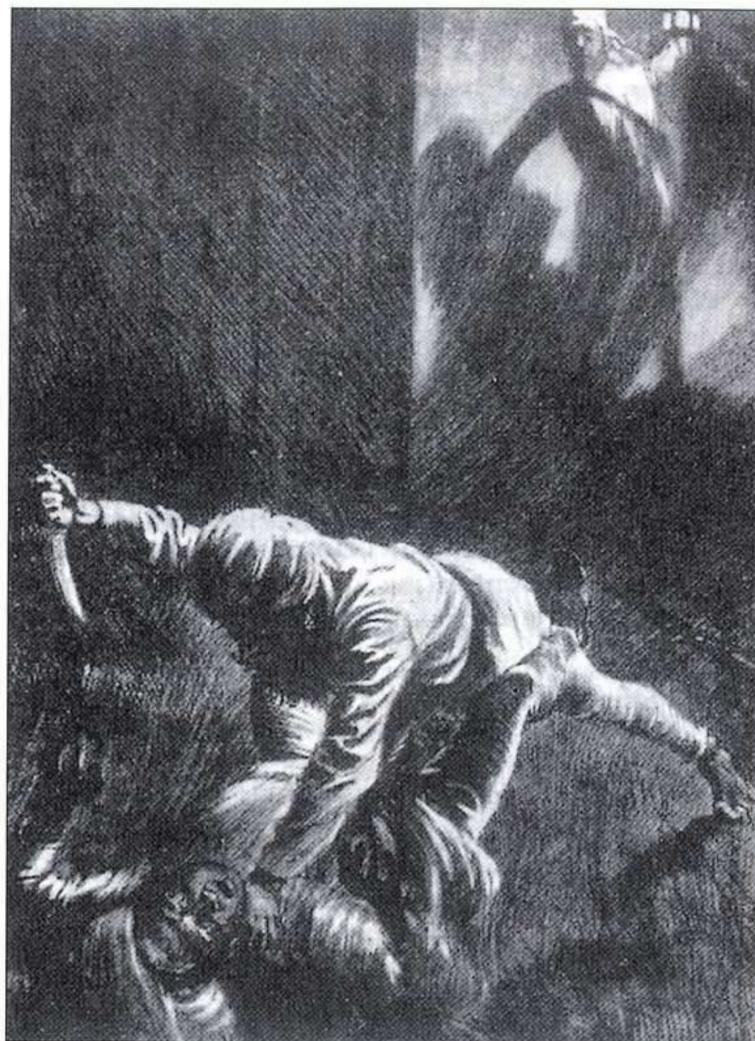
En este grupo de ilustradores clásicos están aquellos dibujantes que materializaron la figura del detective en las épocas en las que vio la luz por vez primera. Fue en la publicación periódica *Strand Magazine* y, en algunos casos, sus dibujos aparecieron en libros editados *a posteriori*. Eran dibujantes que, mediante pluma o pincel y grandes dosis de realismo, imaginaron las mil y una situaciones de las aventuras en las que Holmes y Watson se encontraban implicados.

Curiosamente, el primer lápiz que decidió materializar las aventuras de Sherlock Holmes fue el padre del autor, Charles Doyle, que, en 1888, realizó los dibujos para la primera edición de *A Study in Scarlet*, en los que se mostraba a un Holmes bastante distinto al concebido por su autor, con cara redonda y, en definitiva, más parecido al propio artista que al modelo real, el doctor Joseph Bell. Pese a este intento fallido, hay que destacar que Conan Doyle creía en el talento de su padre, al que consideraba el mejor de los artistas de la familia —en la que, como ya se ha dicho anteriormente, había muchos y destacados dibujantes—, y al que calificó como «más terrible que Blake», por la naturaleza fantástica de su trabajo. En 1924, el propio Doyle organizó una exposición de la obra de su padre.

Sidney Paget o el dominio de lo oscuro

La imagen del rey de los detectives corrió más suerte en manos de algunos ilustradores de la época, entre los que destaca Sidney Paget. Porque así como John Tenniel se asocia a la entrañable Alicia de Carroll o Grandville al resignado Robinson Crusoe, Sidney Paget es a su vez el ilustrador clásico de las aventuras de Sherlock Holmes. Aunque hay que hacer un matiz al respecto y es que, paralelamente al trabajo de este dibujante, o con muy pocos años de diferencia, aparecieron otras ilustraciones para Mr. Holmes procedentes de distintas manos.

Pero uno de los primeros en lanzarse a la tarea fue, como decíamos, Paget, cuyos dibujos acompañaron algunos relatos cortos, como «La aventura de la li-



FRANK H. TOWNSEND, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

ga de los pelirrojos» o «La aventura de las cinco semillas», y *Las memorias de Sherlock Holmes*, bajo cuyo título se encontraban relatos que fueron apareciendo entre 1892 a 1893 en el *Strand Magazine*, donde también se publicaron las ilustraciones de Paget para *El sabueso de los Baskerville*, entre 1901 y 1902. Posteriormente, estas entregas se agruparon en la publicación de un solo volumen en el que continuaban figurando sus ilustraciones.

Las aguadas y las tramas de Paget otorgan un tono muy adecuado a la obra de Conan Doyle, y todavía hoy despiertan admiración, especialmente por un elemento imprescindible en sus argumentos: la oscuridad.

El misterio es algo lógicamente substancial a la oscuridad porque ella incita, insinúa, sugiere que algo interesante va a ocurrir o algo tremendo ya ha sucedido. Y Sidney Paget es el cómplice perfecto para materializar esta idea, re-



JUNCEDA, EL DETECTIU SHERLOCK HOLMES, L'ATAZR EDICIONS, 1986.



HOWARD K. ELCOCK, EL ARCHIVO DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1995.

solviendo las imágenes de escasa luz de una forma realmente admirable.

En cuanto a la técnica, puede observarse en las ilustraciones que acompañan este artículo que en algunos casos el ilustrador optaba por la aguada y, en otros, por la pluma. Por ejemplo, las aguadas están presentes en *Las aventuras de Sherlock Holmes* y, en cambio, las tramas realizadas con pluma pueden observarse en *Las memorias de Sherlock Holmes*.

Más ilustraciones del detective

Pero Paget no fue el único en crear imágenes para los relatos de Conan Doyle. Hubieron otros dibujantes dispuestos a asumir el reto de ilustrar los misterios protagonizados por Holmes y Watson.

Geo Hutchinson, que fue uno de ellos, aportó nuevas imágenes a *Estudio en escarlata*, con un dibujo muy detallista que, además de ornamentar las letras capitulares, creaba unos personajes muy expresivos.

Otro ilustrador fue Frank H. Townsend que realizó unos dibujos para *El signo de los cuatro*, en 1903,¹ y, así como de Paget destacábamos el dominio de la oscuridad, de este ilustrador destacaremos especialmente el dominio del movimiento. La rigidez de los personajes, cuando nada los obliga a moverse, contrasta de forma considerable con la de éstos cuando deben entrar en acción, movimientos que el dibujante se esfuerza en captar mediante intensos e irregulares trazos.

Entre 1896 y 1909, en el *Strand Magazine* aparecieron diversas ilustraciones de Howard K. Elcock y son lo que se dice una verdadera maravilla. Maestro del detalle, del movimiento y de la expresividad de los personajes, Elcock nos sumerge en un escenario muy británico, brumoso como el clima inglés.

Posteriormente, una serie de dibujantes fueron haciendo sus entregas en la misma publicación desde 1908 a 1917. Los relatos aparecidos durante este tiempo fueron publicados en 1917 con el título de *El último saludo*. En este conjunto se encuentran ilustraciones de Arthur Twilte (1908) o Alec Ball.

Uno de los ilustradores de esta etapa

fue muy conocido. Se trataba H.M. Brock que, de estas entregas periódicas, realizó junto con Joseph Simpson las ilustraciones de *La aventura del Círculo Rojo*, aparecida en 1911. Henry Matthew Brock (1875-1960) era un prestigioso artista que procedía de una familia de dibujantes y estaba especializado en las obras dirigidas al público juvenil.² Junto con su hermano Charles fueron muy prolíficos durante la primera mitad del siglo xx.

Tampoco hay que olvidarse de Frank Wiles, cuyas ilustraciones habían ido apareciendo en el *Strand Magazine* entre 1896 y 1902 para relatos como «La aventura de la inquilina del velo» o «La aventura del fabricante de colores retirado». Ambos cuentos ilustrados formaron parte, junto con ilustraciones de A. Gilbert y Howard K. Elcock, de *El archivo de Sherlock Holmes*, publicado en 1927. Pero las colaboraciones de Frank Wiles fueron a más y, entre 1914 y 1915, ilustró *El valle del terror* —que fue apareciendo en *Strand Magazine*— y, en cierto modo, podríamos decir que fue un seguidor del estilo marcado por Paget, incluso, en algunas ilustraciones pudo llegar a confundir al lector sobre la identidad del dibujante.

Y hasta aquí el recorrido por los ilustradores clásicos de Holmes. Imágenes del pasado, algunas de una gran belleza, otras algo menos notables, pero todas ellas hijas de un tiempo que vio nacer a uno de los personajes más famosos de la literatura. Un tipo que, en todos los casos, es alto, delgado y elegante. Como si los ilustradores se hubieran puesto de acuerdo en mostrarnos una imagen determinada de un detective muy peculiar.

Algo excepcional: Junceda dibuja a Holmes

Al margen de los ilustradores clásicos británicos, fue una verdadera sorpresa encontrar al catalán Joan Junceda (1881-1948) entre el grupo de dibujantes que habían ilustrado las aventuras escritas por Sir Conan Doyle.

Junceda se dedicó a esta tarea en sus períodos profesionales más tempranos. Concretamente, para la publicación periódica *Literatura Sensacional*, editada entre 1908 y 1909. Y, posteriormente, en

sin fin

PREMIO
ABRIL
2000

PABLO ANTÓN MARÍN ESTRADA

editores  asociados

Los caminos
sin fin

PREMIO
ABRIL
2000

PABLO ANTÓN MARÍN ESTRADA

editores  asociados

Camí
sense fi

PREMI
ABRIL
2000

PABLO ANTÓN MARÍN ESTRADA

editors  associats

Bizitzaren
gesala

APIRILA
SARIA
2000

PABLO ANTÓN MARÍN ESTRADA

editors  elkartuak

Los caminos
ensin fin

PREMIU
ABRIL
2000

PABLO ANTÓN MARÍN ESTRADA

editores  asociaos

Camiños
sen fin

PREMIO
ABRIL
2000

PABLO ANTÓN MARÍN ESTRADA

editores  asociados

Os camins
sin fin

PREMIO
ABRIL
2000

PABLO ANTÓN MARÍN ESTRADA

editores  asociatos

Los caminos
sin fin

PREMIO

PREMIO ABRIL 2000

Los caminos sin fin

de PABLO ANTÓN MARÍN ESTRADA

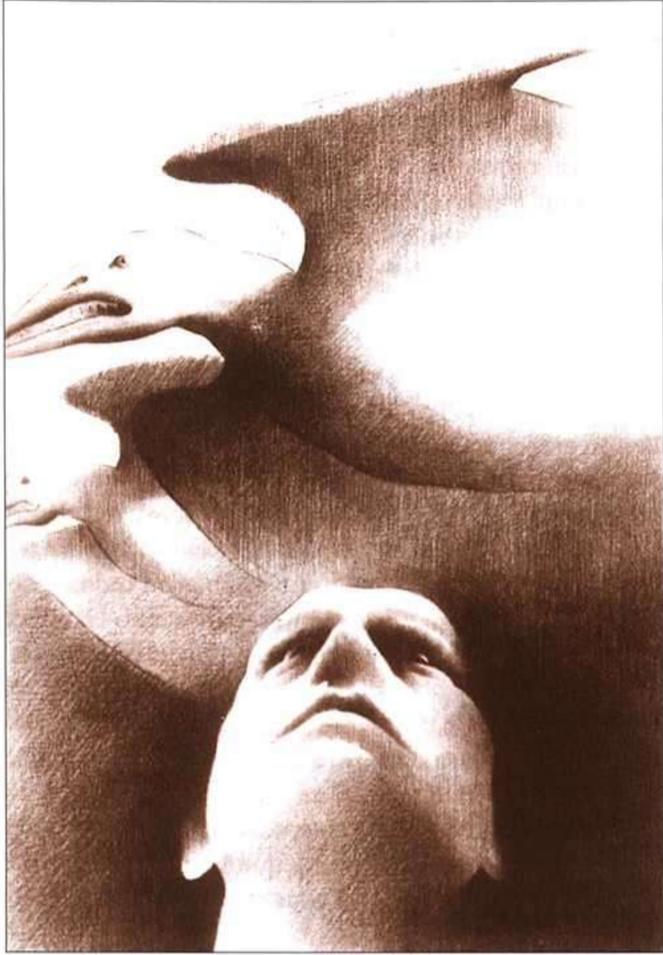
El narrador y protagonista de esta hermosa novela de iniciación es un muchacho que, fascinado por la imagen bohemia y aventurera de su tío navegante, decide él también hacerse marino. Pronto descubrirá toda la belleza y toda la dureza que la mar reserva a quienes anhelan cruzar la inalcanzable línea del horizonte.

Los caminos sin fin ha sido publicado simultáneamente en seis lenguas: aragonés, asturiano, castellano, catalán, gallego y vasco.

editores  asociados



*ÁMBITO cultural



MARGARITA CUESTA-PAMIES, EL MÓN PERDUT, BARCANOVA, 1991.



JOSÉ ARRIAGA, LOS NUEVOS TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES, LA GAYA CIENCIA, 1984.



NATALIA SENWARTÍ, ESTUDIO EN ESCARLATA, BRUGUERA, 1983.

1986, aparecieron tres volúmenes con el título *El detectiu Sherlock Holmes*, editados por Edicions l'Atzar, en las se puede disfrutar de las magníficas ilustraciones del prestigioso dibujante.

Montserrat Castillo dijo a propósito del personaje creado por Junceda que era particularmente acertado,³ idea con la que coincidimos plenamente. Con su trazo tan personal y su especial habilidad en armonizar los elementos de la ilustración, Junceda nos dejó un Sherlock alto, bien peinado, muy masculino y, evidentemente, fumador de pipa. Más mediterráneo y varonil que los Holmes británicos, algo más enclenque y de facciones más refinadas. El Holmes de Junceda se muestra así como un personaje particular y reconocible a primera vista entre un montón de Holmes. De hecho, inconfundible como todo lo que hacía Junceda.

Los modernos

Si alguna cosa demuestra la perennidad de algunas obras y personajes de la

literatura infantil y juvenil es la cantidad de reediciones y de ilustraciones que se han realizado sobre ellos.

En el caso de la bibliografía de Sir Arthur Conan Doyle sobra decir que su popularidad es evidente a nivel internacional. Y en el caso de las imágenes diremos que, a pesar de no tratarse de una cantidad excesiva —como podría ocurrir con obras más infantiles—, nos sorprende la cantidad de ilustradores que han trabajado sobre estas aventuras detectivescas.

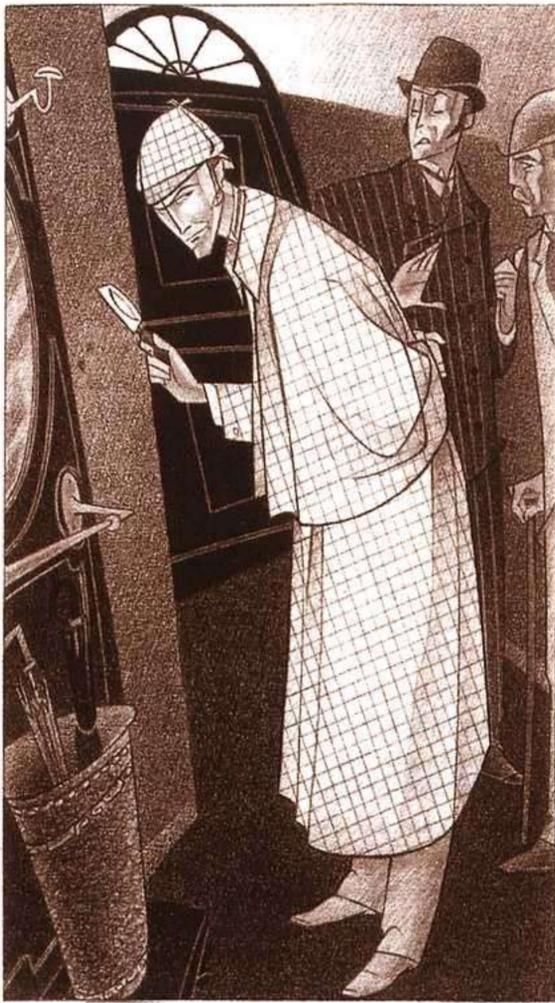
Por ejemplo, antes de entrar propiamente en los 80, comentaremos que para aquellos alumnos que querían aprender inglés, Oxford University Press sacó al mercado una serie de libros, de lectura más o menos fácil,⁴ según el nivel del usuario, con ilustraciones que permitieran ir siguiendo la historia. Y Conan Doyle no podía faltar en el repertorio con *The Hound of the Baskervilles*, que, en 1973, apareció con las ilustraciones de David Cheung. No es un trabajo ni bueno ni malo, ni frío ni caliente. Se trata de unas ilustraciones más o menos soportables de las que no

podemos afirmar que ganarían la Kate Greenaway Medal.

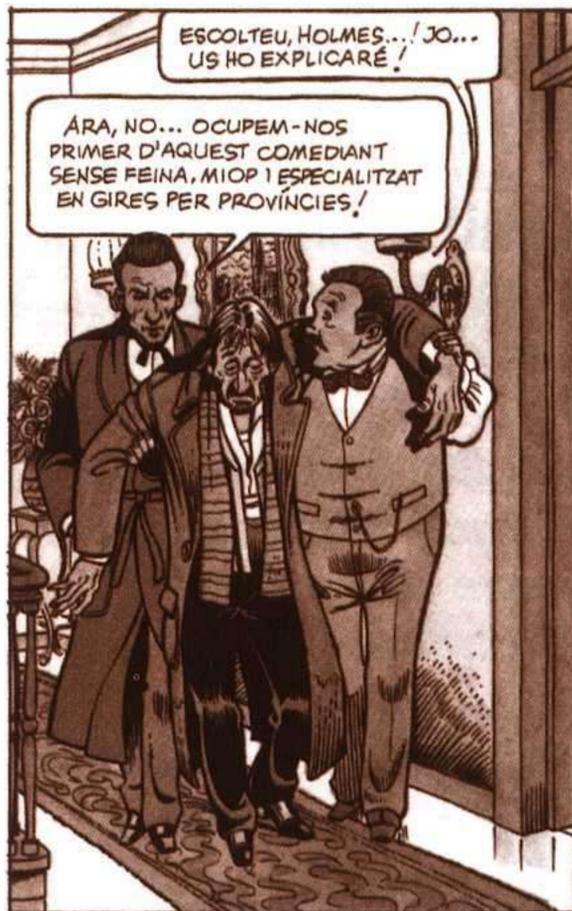
Holmes en los 80: de lo clásico a lo novedoso

En España, durante la década de los 80, aparece el trabajo de Francesc Agràs para la Biblioteca de Bolsillo Junior de la colección Moby Dick. Con un estilo puramente de cómic y acorde con tantas ilustraciones dedicadas al público juvenil: realistas y hechas con trazos finos y tramas de diversas densidades. Y en la misma línea y colección está el trabajo de José Arriaga.

Empiezan a romperse moldes cuando un par de ilustradoras trabajan para crear imágenes a propósito de Holmes. La primera de ellas es Margarita Cuesta-Pàmies, que, en 1981, ilustró *El mundo perdido* (Anaya). Con un notable dominio del lápiz, la ilustradora muestra una gran delicadeza y pulcritud en su trabajo. Se trata de unas ilustraciones muy originales en el sentido de que nada parecido hasta el momento había caracterizado el mundo de Sherlock Holmes.



PACO GIMÉNEZ, SHERLOCK HOLMES I EL CONSTRUCTOR DE NORWOOD, BROMERA, 1990.



GUY CLAIR, LA SANGONERA VERMELLA, TIMUN MAS, 1992.

Y otro cambio interesante llega con el trabajo de Natalia Senmartí, publicado en 1984 por Bruguera. Si bien es cierto que, con la distancia de por medio, las ilustraciones resultan algo toscas e inmaduras, no es menos cierto que rompen moldes. Con un estilo que recuerda aquellos emblemáticos dibujos de algunos elepés y películas de Los Beatles, Senmartí se atreve a componer páginas con elementos propios de los 70, evidentes en la línea y la indumentaria de los personajes.

Holmes en los 90

El primero en estrenar década con ilustraciones de la obra de Conan Doyle es Paco Giménez. *Sherlock Holmes i el constructor de Norwood* es una obra editada en 1991 por Bromera, que el ilustrador valenciano se dispuso a ornamentar de una forma brillante. Como en otras de sus obras, Giménez parece entenderse a las mil maravillas con su lápiz, que obedece cada una de sus órdenes depositando línea tras línea sobre el papel, lo que origina unas imágenes cautivadoras por la armonía de la composición.

Y los aires del cómic, ciertamente caricaturizados, aparecen en la colección francesa editada por Timun Mas, en 1992, ilustrada por Guy Clair y Stibane. La Editorial Claude Lefrancq decidió lanzar al mercado una colección de álbumes de cómic con la adaptación de las aventuras del detective, y los dos dibujantes elegidos para el trabajo tienen un estilo muy parecido con una base realista reforzada con algunas características propias de la caricatura, todo *enviñetado* y servido a tinta plana.

Un poco más tarde, en 1994, es Juan Ramón Alonso el que decide narrar con imágenes la historia de *El gos dels Baskerville*. Y así como decíamos que el lápiz y Paco Giménez eran un matrimonio perfecto, en este caso diremos que el pincel y Juan Ramón Alonso van a una. Las ilustraciones muestran un trabajo excelente donde la luz, la pulcritud y el esmero por un trabajo bien hecho se hacen evidentes en estas pequeñas ventanas ilustradas que muestran un instante de la aventura.

Otras piezas dignas de atención son,

por ejemplo, el trabajo del dibujante danés Niss Jessen que ha ilustrado *Estudio en escarlata*, trabajo al que ha dedicado ocho años de su vida. Durante este tiempo se ha documentado de forma extraordinaria sobre todas las características del escenario londinense que *vio* pasear a Holmes, a Watson y a todos los personajes de las historias en que eran protagonistas. Es una pieza muy especial que lamentablemente no está publicada y, seguramente, haría las delicias de los coleccionistas de objetos relacionados con el popular detective. Los más expertos podrán comprobar que ciertamente hay un auténtico trabajo de investigación por el rigor depositado por el dibujante en las 150 páginas ilustradas de la obra.⁵

Y otro de los ilustradores es José Ignacio Samper que, en 1996, ilustró *El país de la bruma*, obra tardía de Sir Arthur Conan Doyle en la que trata uno de los temas que más le apasionó: el espiritismo. Y Samper muestra en la obra a un profesor Challenger de línea muy realista y trazo delicado, que armoniza con el tono y la pretensión de esta novela tan peculiar del autor. ■

* **Núria Obiols** es profesora en el Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Facultad de Pedagogía (Universidad de Barcelona).

Notas

La autora quisiera agradecer la ayuda ofrecida por Teresa González al seleccionar los libros del fondo bibliográfico del Centro de Documentación de la Biblioteca Infantil de la Santa Creu de Barcelona.

1. En la edición de Anaya (1996), se comenta que apareció una ilustración en una primera edición alemana de la obra, publicada a finales del siglo XIX y cuyo autor es desconocido. Se trata de un grabado de tono realista sin que nada en él sobresalga de forma especial, al margen, claro está, de su valor histórico y que la edición mencionada ha reproducido.

2. Whalley, J.I. y Chester, T.R., *A History of Children's Book Illustration*, Londres: John Murray, Ltd., y Victoria and Albert Museum, 1988. Y Hunt, P. (ed.), *Children's Literature. An Illustrated History*. Oxford: Oxford University Press, 1995, p. 184.

3. Castillo, M., *Grans il·lustradors catalans*. Barcelona: Barcanova, 1997, p. 164.

4. Oxford Progressive English Readers es el nombre de la colección.

5. El trabajo de Niss Jessen lo encontramos a través de Internet y puede verse una parte de su trabajo en la siguiente dirección: <http://home2.inet.tele.dk/fnjessen/Holmes.htm>

ARTHUR CONAN DOYLE

Un detective de cine

por Juan Tébar*



Adventures of Sherlock Holmes (1939). Segunda aparición del tándem Rathbone-Bruce, el mejor interpretando a Holmes-Watson.

«Elemental, querido Watson», la sempiterna réplica de Holmes a su amigo cuando resolvía los casos se la debemos al cine, concretamente a The return of Sherlock Holmes (1929), con un Holmes, el primero del sonoro, interpretado por el actor británico Clive Brook. Antes de él hubo algunos Holmes mudos, y después ha habido bastantes más, entre ellos, Basil Rathbone o Peter Cushing, y todos repitieron esa muletilla que es ya un sello de identidad del genio de la deducción.

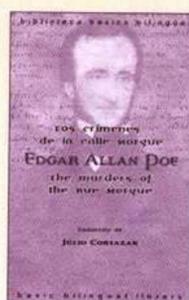
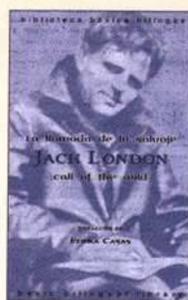
70

CLIJ132

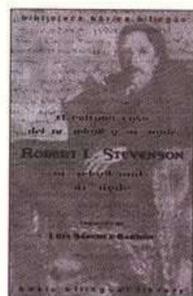
BIBLIOTECA BILINGÜE

Selección de los mejores títulos

LA LLAMADA DE LO SALVAJE
Call of the Wild
Jack London

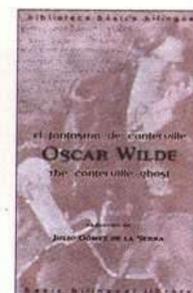


LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE
The Murders of de rue Morgue
Edgar Allan Poe

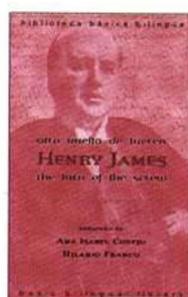
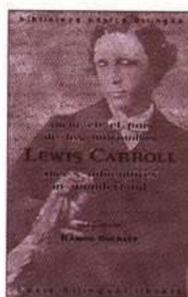


EL EXTRAÑO CASO DEL Dr. JEKYLL Y Mr. HYDE
Dr. Jekyll and Mr. Hyde
Robert L. Stevenson

EL FANTASMA DE CANTERVILLE
The Canterville Ghost
Oscar Wilde



ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS
Alice's Adventures in Wonderland
Lewis Carroll

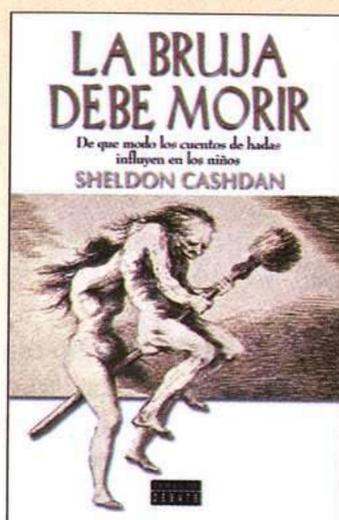


OTRA VUELTA DE TUERCA
The Turn of the Screw
Henry James

1.500 pts cada libro

Fecha de publicación: septiembre de 2000

Una colección cuidadosamente editada y de gran utilidad para la enseñanza de la lengua inglesa



LA BRUJA DEBE MORIR

De que modo los cuentos de hadas influyen en los niños
SHELDON CASHDAN

Un libro imprescindible para conocer la influencia de los personajes tradicionales y de las películas infantiles en nuestros hijos y en nuestras propias vidas.

De gran utilidad para padres, profesores y educadores

Fecha de publicación: septiembre de 2000

BUFO SOÑADOR EN LA GALAXIA DE LA TRISTEZA

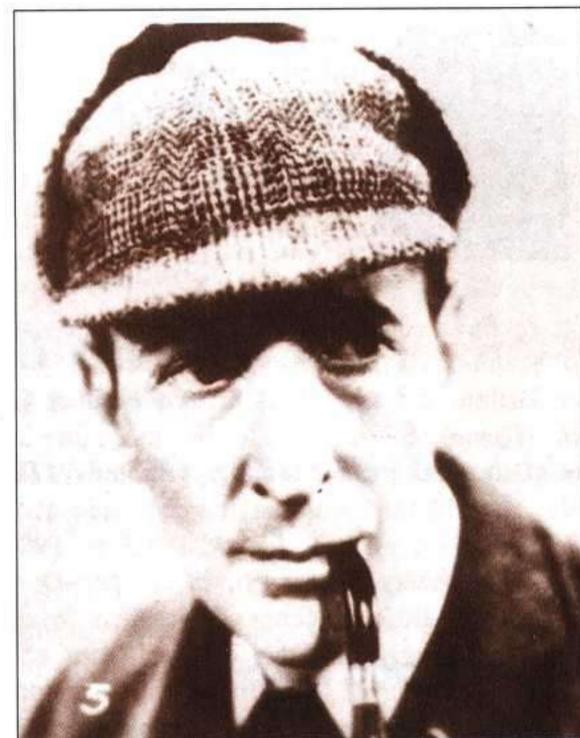
RAFAEL ABALOS NUEVO

Una original fantasía cercana a narraciones clásicas de la literatura juvenil como *La historia interminable*, *El señor de los anillos* o *La guerra de las galaxias*, que nos adentra en el universo del pensamiento, de los sentimientos y de la psicología humana.

Una aventura para todas las edades



Fecha de publicación: noviembre de 2000



A la izquierda fotograma de Sherlock Holmes (1922) con John Barrymore interpretando al detective. Encima, la foto de Arthur Wontner que a decir de los expertos fue, después de Basil Rathbone, el actor británico que mejor encarnó a Holmes. Y lo hizo en cinco ocasiones.

Darle cara a Sherlock Holmes ha sido la dedicación de muchos directores, productores —y, por supuesto, actores de cine—, nada menos que desde 1900. Para entretenimiento del lector y para ampliar datos del fichero del aficionado, vamos a seleccionar a algunos intérpretes, sólo entre aquellos que fumaron la pipa de la reflexión y se pusieron la gorra de visera hasta los años 70.

Los primeros Holmes

Prescindiendo de los primerísimos pioneros de comienzos de siglo —entre los que se cuentan incluso producciones escandinavas— debemos nombrar al actor inglés Eille Norwood, que entre los años 1921 y 1923 interpretó nada menos que cuarenta y siete filmes mudos sobre el personaje de Conan Doyle, entre ellos una versión de *El sabueso de los Baskerville*, con una fotografía en claroscuro

que revela el entendimiento casi terrorífico de la historia. Abundando en esta tendencia al «gótico», existen fotos de planos de aquellos filmes en los que el poderío casi satánico del detective, su mirada profunda, y algunos gestos de sus largos dedos, le hacen parecerse al fantasmagórico Drácula más que al reposado e irónico Holmes. Posiblemente fue el actor sherlockiano que más y mejor trabajo los disfraces de su personaje. De la ancianita, pasando por el profesor despistado, el siniestro oriental, hasta el tipo de los bajos fondos, su galería de Holmes, el de las mil caras, es francamente antológica.

John Barrymore, el tercer miembro de su dinastía de actores prestigiosísimos, a quien el mundo conoció como «el perfil», por la pureza de sus líneas faciales, se vistió de pensativo y elegantísimo Holmes en una película de 1922, ante un Moriarty caracterizado como un verdadero monstruo de película de miedo.

Clive Brook fue uno de los primeros

Holmes del sonoro, y también muy elegante, en una línea típicamente británica de interpretación. Uno de los filmes en los que incorporaba a nuestro detective le dio ocasión de compartir estrellato con otro de los actores con más «clase» de los años 30. Nos referimos a William Powell, que interpretaba a otro investigador famoso, Philo Vance, colaborador ocasional de Holmes en una de las versiones cinematográficas.

Raymond Massey —actor especializado en papeles de «malo»— fue Sherlock Holmes en 1931. Arthur Wontner lo incorporó por lo menos en cinco ocasiones. Hans Albers, actor alemán muy popular en los 30, se puso el gabán a cuadros, y compuso una sonrisa irónica para dar su versión del detective.

El rey: Basil Rathbone

Pero en aquellos años, a mediados de la década, llegaría un actor de aguileño

perfil inconfundible para convertirse en el rey de todos los actores que han sido Holmes en el cine.

Basil Rathbone era un actor inglés nacido en Sudáfrica que recalaría en Hollywood para convertirse en intérprete de muchos de los mejores villanos de filmes de aventuras que ha dado el cine norteamericano de su época. Alto, espigado, flexible, con rostro de ave de presa, dominaba la esgrima y fue en multitud de películas antagonista de El Zorro, de Robin Hood, hijo del doctor Frankenstein y personaje shakespeariano. Su papel fundamental, por encima de tantos presuntuosos oficiales, piratas y tiranos, fue, sin duda, Sherlock Holmes, al que dio impecable rostro y figura a lo largo de quince películas, desde 1933 hasta 1946. Aunque en esta serie se tomaron los guionistas con los textos de Conan Doyle las lógicas libertades hollywoodenses, la apariencia de su protagonista ha sido hasta la fecha la más brillante y adecuada al personaje que un cinéfilo aplicado puede recordar. Es justo que no olvidemos en este recordatorio cinematográfico a Nigel Bruce, el actor gordito que hizo de Watson al lado de Rathbone en todos los títulos. No es este Watson de la pantalla el que más hubiera satisfecho al propio doctor, pues compuso un tipo bastante bobo, pero es ya imposible olvidarlo.

Bruce fue torpe en mayor medida de lo que realmente pudiera haber sido el Watson de los libros, pero su entrañable apariencia y su interpretación tan sincera le han hecho ya casi inmortal. Ello también por haber compartido, sin duda, el reinado de su amigo Holmes-Rathbone.

Otros ilustres encarnan al detective

Muy ilustres algunos, que conste. El hecho de que Basil Rathbone haya alcanzado el mérito de la corona cinematográfica no hace desmerecer algunos de los que le sucedieron.

Entre ellos Peter Cushing, por ejemplo, al que algún aficionado recordará, seguro, por sus personajes en otras películas de la productora inglesa Hammer. (En ellas hizo de Van Helsing cazavampiros, y del doctor Frankenstein, sobre



La mejor película sobre los personajes de Conan Doyle se la debemos a Billy Wilder que, en 1970, rodó La vida privada de Sherlock Holmes, un pastiche cinematográfico.

todo.) Y también Christopher Lee, el actor que era Drácula o el monstruo en las mismas películas en las que Cushing interpretaba los papeles antes referidos.

Lee fue Sherlock Holmes en una ocasión, después de haber sido Sir Henry Baskerville en la versión donde su colega Cushing hacía de detective. Las cosas

son así en las productoras que hacen series y tienen estrellas fijas.

La mejor película sobre los personajes fundamentales de esta serie inmortal fue cosa, paradójicamente, de un autor de comedias que ha presumido siempre de no hacer adaptaciones literarias: el gran Billy Wilder. Su película, *La vida privada de Sherlock Holmes*, es un *pastiche*, en este caso cinematográfico, y de los mejores. El año, 1970; los guionistas, el propio Wilder y uno de sus colaboradores más brillantes y asiduos, I.A.L. Diamond. La historia, un supuesto caso guardado —como ya estamos acostumbrados a encontrar— en la caja fuerte de un banco, y que rescata un heredero de Watson. La emoción principal, una mujer, que hereda rasgos de Irene Adler —la única, según los libros de Conan Doyle, a quien Holmes respetó—; y los actores principales, un magnífico Robert Stephens como Sherlock, un excelente Colin Blakely como Watson, y de nuevo en el escenario Christopher Lee interpretando al hermano funcionario de Holmes, el gran Mycroft.

Hubo otros Sherlock Holmes, claro, después de la obra maestra de Billy Wilder, como George Scott, Douglas Wilmer, Nicol Williamson, Michael Caine y Christopher Plummer. Y para la televisión rostros conocidos, aunque no demasiado adecuados, como Stewart Granger y Roger Moore. Y muchos que no hemos consignado, y más que habrá. Porque, ya lo saben, estamos hablando del personaje que no cesa.

Quizá podamos comparar a esta criatura con algunos de sus colegas, entre los más ilustres. ¿Por qué, sobre todos ellos, Sherlock Holmes permanece, mucho más alto, mucho más imitado, mucho más celebre, poderoso, aristocrático, dominando a todos?... Haría falta más espacio y otro lugar de reflexión para responder a esa pregunta, pero el hecho es indiscutible. Hubo luego otros detectives excelentes, pero Holmes sigue siendo el rey. Ninguno lo pondría en duda, a no ser que fuese tan vanidoso como el propio Holmes y lo negase aun sabiendo que no tenía razón. ■

* **Juan Tébar** es escritor. Este texto se publicó como apéndice en *El archivo de Sherlock Holmes* (Anaya, 1995).

El sabueso escapa del libro

por **Santiago R. Santerbás***



Basil Rathbone y Nigel Bruce en The Hound of the Baskervilles (1939), dirigida por Darryl F. Zanuck y considerada la versión cinematográfica más satisfactoria de la novela hasta el momento.

Una historia tan plástica y espectacular como la de *El sabueso de los Baskerville* tenía por fuerza que saltar la barrera de la letra impresa e invadir otros medios de expresión artística: el teatro, el cine y la televisión. Muchas aventuras de Sherlock Holmes han sido adaptadas al teatro, y a veces se han escrito y representado obras teatrales caprichosamente inspiradas en los temas y personajes de la serie. Pero, como es obvio, no resulta fácil llevar a un perro a un escenario y hacerle actuar adecuadamente.

Quien primero conoció tales dificultades fue el escritor y actor alemán Ferdinand Bonn, que en 1907 presentó su versión escénica de la novela (*Der Hund von Baskerville*) en el Berliner Theater. Utilizó como sabueso a un gran perro negro de

su propiedad, pero el animal reaccionaba en ocasiones de forma inesperada, convirtiendo el drama de los Baskerville en una farsa circense. No obstante, la obra alcanzó 351 representaciones; a una de ellas asistió personalmente el Kaiser.

Curiosamente, la segunda versión teatral de la novela fue realizada en España, en 1916, por Gonzalo Jover y Enrique Arroyo. Se titulaba *La tragedia de Baskerville*, y el problema de la actuación canina fue resuelto mediante el empleo de un gigantesco perro disecado con miembros articulados y bombillas eléctricas en los ojos. Hubo de ser un espectáculo alucinante.

Agreguemos a las citadas una versión danesa (*Baskerville Hund*) de 1943; otra checa, de Jan Skopecek (*Baskervillsky pes*), estrenada en Praga en 1965, y, por úl-

timo, una británica, de Joan Knight, presentada en Perth (Escocia) el 7 de abril de 1971. No deja de ser paradójico que ésta sea la única adaptación teatral realizada en Gran Bretaña y que, para llevarla a cabo, hayan tenido que transcurrir setenta años.

Del teatro a la pantalla

Ahora bien, si la presencia del perro en el escenario ha sido el mayor obstá-

je de Conan Doyle; se advertían en ella las influencias del expresionismo y de los montajes escénicos de Max Reinhardt. La de 1937, ya en pleno apogeo del nazismo, fue dirigida por Karl Lamac e interpretada por Bruno Güttner (Holmes) y Fritz Oedmar (Watson), anotemos que al término de la segunda guerra mundial se encontró una copia de la cinta en la filmoteca privada de Hitler, en Berchtesgaden.

La primera versión cinematográfica inglesa data de 1921. Fue dirigida por

pel de Sir Henry Baskerville, juró al concluir el rodaje que no volvería nunca a trabajar con animales.

Habría que esperar a 1939 para que se realizara la que aún hoy sigue considerándose la versión más satisfactoria de *El sabueso de los Baskerville*: la producida en Norteamérica por la Twentieth Century-Fox. Dirigida por Darryl F. Zanuck, fue interpretada por dos actores ingleses, Basil Rathbone y Nigel Bruce, que, en opinión mayoritaria, han formado el dúo Holmes-Watson por excelencia. Rathbone y Bruce continuaron representando esos mismos personajes —y no sólo en el cine, sino en varios seriales radiofónicos— durante más de siete años. Sin embargo, nunca volverían a alcanzar la convincente perfección lograda en *El sabueso de los Baskerville*. Indiquemos, por otra parte, que el sabueso era verdaderamente espantable.

Veinte años más tarde, la productora británica Hammer, especializada en películas de terror, haría la primera versión en color de *El sabueso de los Baskerville*. Dirigida por Terence Fisher e interpretada por Peter Cushing (Holmes), André Morell (Watson) y Christopher Lee (Sir Henry Baskerville), adolecía de imperdonables alteraciones argumentales y de una gratuita sobrecarga de escenas pavorosas. El perro, un esbelto gran danés, no causaba horror alguno al espectador.

Así concluye, por ahora, la presencia del ilustre sabueso en las pantallas cinematográficas.

La cadena de televisión británica BBC2 produjo en 1968 una serie de aventuras holmesianas protagonizadas por Peter Cushing (Holmes) y Nigel Stock (Watson), en la que se incluía, dividido en dos episodios, *El sabueso de los Baskerville*; dicha serie, que pudo ser contemplada en los televisores españoles, poseía el incuestionable mérito de la fidelidad textual lo que no es poco. Y la cadena norteamericana ABC-TV ofreció en 1972 otra versión de la novela en la que un obeso y envejecido Stewart Granger pretendía vanamente convencer al tele-espectador de que era Sherlock Holmes. Pero no, ése no era mi Holmes. Me lo habían cambiado. ■

* **Santiago R. Santerbás** es escritor y traductor. Este texto se publicó como apéndice en *El sabueso de los Baskerville* (Anaya, 1989).



Peter Cushing encarnó a Holmes en la versión de El perro de los Baskerville de 1959, en la que su eterno rival, Christopher Lee hacía de Henry Baskerville.

culo para las versiones teatrales, los recursos técnicos del cine y la televisión han propiciado numerosas, aunque no siempre afortunadas, interpretaciones caninas. Y así como fue Alemania el primer país que contempló en un teatro *El sabueso de los Baskerville*, también sería alemana la primera versión cinematográfica del tema. La película fue dirigida en 1914 por Rudolf Meinert; el actor Alwin Neuss interpretaba el papel de Sherlock Holmes.

Sospecho que la historia de los Baskerville debía de gozar de enorme predicamento en Alemania. Porque la industria cinematográfica alemana produciría, con posterioridad, dos nuevas versiones. La de 1929, dirigida por Richard Oswald, sería la última película muda dedicada al persona-

Maurice Elvey e interpretada por Eille Norwood (Holmes) y Hubert Willis (Watson). El perro solamente aparecía recortado en silueta contra el cielo; se le confería así un cierto aspecto fantasmal y se soslayaba de paso la visión de sus detalles anatómicos.

La realizada en 1932 por Gareth Gundry pertenece ya al cine sonoro. Fueron sus intérpretes Robert Rendel (un desafortunado Holmes) y Frederick Lloyd (un caricaturesco Watson). La película no despertó ningún entusiasmo. El crítico de la revista *Variety* juzgó que el mejor actor del reparto era el sabueso, aunque según él, más parecía «un chuchito bondadoso que un feroz homicida». No debía de ser tan bonachón, pues el actor John Stuart, que interpretaba el pa-

ARTHUR CONAN DOYLE

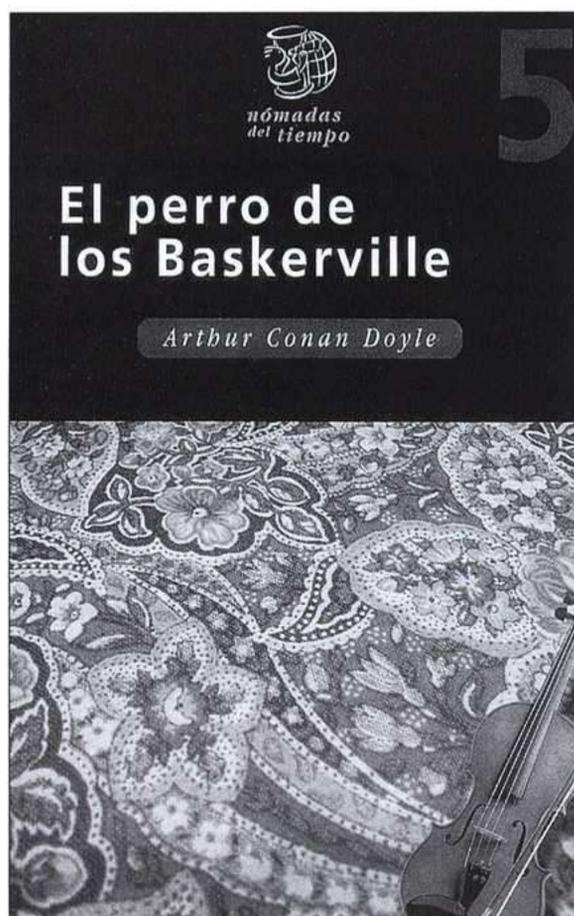
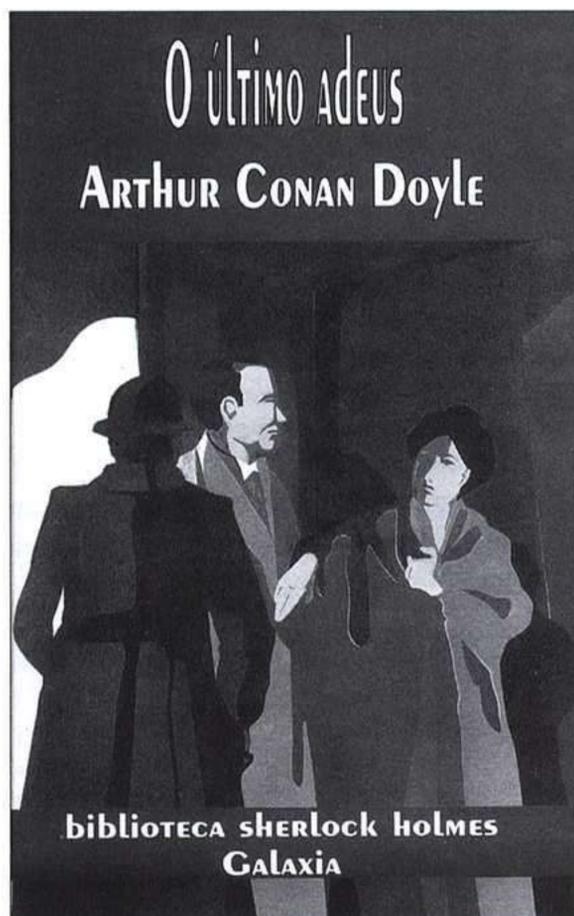
Arthur Conan Doyle en España

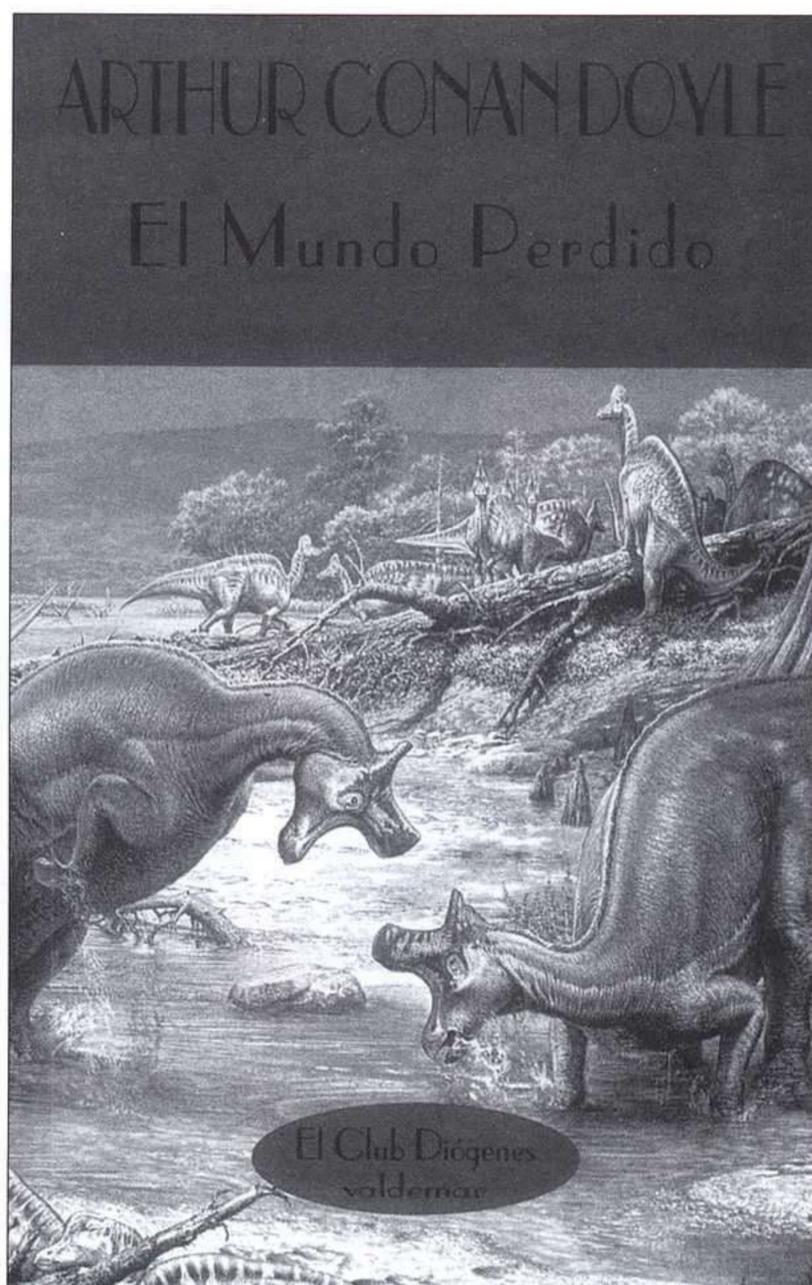
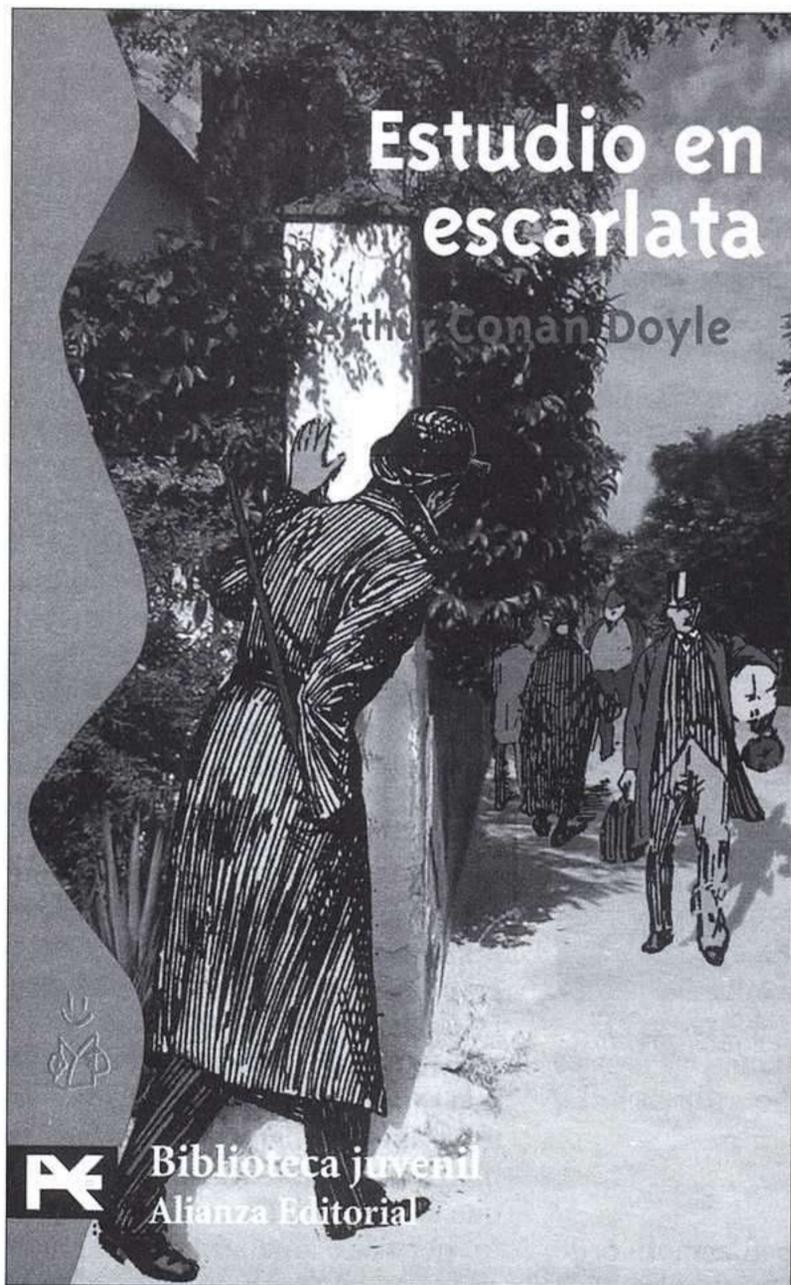
Selección bibliográfica

Estudio en escarlata, Barcelona: La Gaya Ciencia, 1980.
El mundo perdido, Madrid: Anaya, 1981.
Aventuras del profesor Challenger, Barcelona: Laertes, 1982.
Estudio en escarlata, Madrid: Anaya, 1982.
El sabueso de los Baskerville, Barcelona: Molino, 1983.
Memorias de Sherlock Holmes, Barcelona: Molino, 1983.
El archivo de Sherlock Holmes, Barcelona: Molino, 1984.
Estudio en escarlata, Barcelona: Bruquera, 1984.
Estudio en escarlata, Barcelona: Molino, 1984.
Los nuevos triunfos de Sherlock Holmes, Barcelona: La Gaya Ciencia, 1984.

El detectiu Sherlock Holmes, Barcelona: L'Atzar Edicions, 1986. (Ed. en catalán).
Estudio en escarlata, Vigo: Xerais, 1986. (Ed. en gallego).
La tragedia del Korosko, Barcelona: Laertes, 1986.
O can dos Baskerville, Vigo: Xerais, 1987. (Ed. en gallego).
Las memorias de Sherlock Holmes, Madrid: Anaya, 1988.
La momia, Barcelona: Laertes, 1989. (Existe edición en catalán).
Sherlock Holmes detective, Vigo: Xerais, 1989. (Ed. en gallego).
Sherlock Holmes: el peu del diable, Barcelona: Cruïlla, 1989. (Ed. en catalán).
Sherlock Holmes: el robí blau, Barcelona: Cruïlla, 1989.

Aventures del profesor Challenger, Barcelona: Laertes, 1990. (Ed. en catalán).
Estudi en escarlata, Barcelona: Círculo de Lectores, 1990. (Ed. en catalán).
Historias de piratas y del agua azul, Madrid: Valdemar, 1990.
La tierra de la niebla, Madrid: Miraguano, 1990.
Las aventuras de Sherlock Holmes, Madrid: Anaya, 1990-1999.
Las memorias de Sherlock Holmes, Madrid: Anaya, 1990-1994.
Sherlock i el constructor de Norwood, Alzira (Valencia): Bromera, 1990. (Ed. en valenciano).
El món perdut, Barcelona: Barcanova, 1991.
Els darrers aplaudiments, Barcelona: Laertes, 1991. (Ed. en catalán).
Estudi en escarlata, Barcelona: Barcanova, 1991. (Ed. en catalán).
Las aventuras de Sherlock Holmes, Madrid: Gaviota, 1991.
De la Tierra a la Luna: alrededor de la Luna, Madrid: Gaviota, 1992.
El gos dels Baskerville, Barcelona: Barcanova, 1992. (Ed. en catalán).
El món perdut, Barcelona: La Magrana, 1992. (Ed. en catalán).
El regreso Sherlock Holmes, Madrid: Anaya, 1992.
Els arxius de Sherlock Holmes, Barcelona: Laertes, 1992. (Ed. en catalán).
Historias y aventuras de la guerra, Madrid: Valdemar, 1992.
La vall de la por, Alzira: Bromera, 1992. (Ed. en valenciano).
Les memòries de Sherlock Holmes, Barcelona: Barcanova, 1992. (Ed. en catalán).

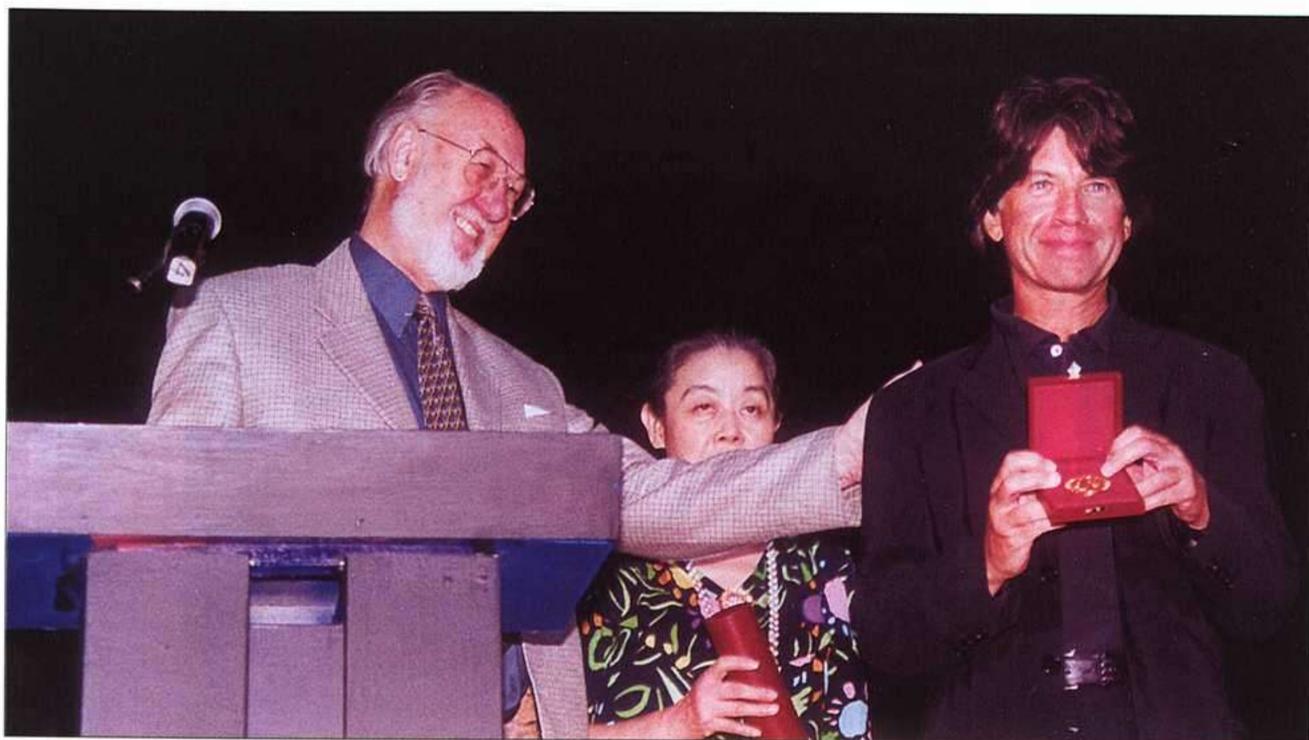




Sherlock Holmes y els planols del Bruce Partington, Alzira (Valencia): Bromera, 1992. (Ed. en valenciano).
Aventuras de Sherlock Holmes, Barcelona: Molino, 1993.
El gos dels Baskerville, Barcelona: Columna, 1993. (Ed. en catalán).
El sabueso de los Baskerville, Madrid: Anaya, 1993.
El signe dels quatre, Barcelona: Laertes, 1993. (Ed. en catalán).
Estudio en escarlata, Madrid: Alianza, 1993.
La zona envenenada, Madrid: Anaya, 1993.
Más aventuras Sherlock Holmes, Barcelona: Molino, 1993.
Tres aventuras de Sherlock Holmes, Barcelona: Lumen, 1993.
El gos dels Baskerville, Barcelona: Vicens Vives, 1994. (Ed. en catalán).
El mundo perdido, Madrid: Anaya, 1994.
El sabueso de los Baskerville, Madrid: Alianza, 1994.
Estudio en escarlata, Madrid: Anaya, 1994.

Historias del crepúsculo y de lo desconocido, Madrid: Valdemar, 1994.
Historias espeluznantes, Madrid: Valdemar, 1994.
La zona envenenada, Madrid: Anaya, 1994.
Las hazañas de Sherlock Holmes, Madrid: Valdemar, 1994.
Sherlock Holmes eta itsas tratatua, San Sebastián: Elkar, 1994. (Ed. en vasco).
Sherlock Holmesen istoriak I y II, San Sebastián: Elkar, 1994. (Ed. en vasco).
As aventuras de Sherlock Holmes, Vigo: Galaxia, 1995. (Ed. en gallego).
As memorias de Sherlock Holmes, Vigo: Galaxia, 1995. (Ed. en gallego).
El archivo de Sherlock Holmes, Madrid: Anaya, 1995.
El último saludo de Sherlock Holmes, Madrid: Anaya, 1995.
Historias del ring, Madrid: Valdemar, 1995.
O signo dos catro, Vigo: Galaxia, 1995. (Ed. en gallego).

Un estudio en escarlata, Vigo: Galaxia, 1995. (Ed. en gallego).
El mundo perdido, Madrid: Valdemar, 1996.
El país de la bruma, Madrid: Anaya, 1996.
El signo de los cuatro, Madrid: Anaya, 1996.
O can dos Baskerville, Vigo: Galaxia, 1996. (Ed. en gallego).
O regreso de Sherlock Holmes, Vigo: Galaxia, 1996. (Ed. en gallego).
O arquivo de Sherlock Holmes, Vigo: Galaxia, 1997. (Ed. en gallego).
O último adeus, Vigo: Galaxia, 1997. (Ed. en gallego).
El valle del terror, Madrid: Anaya, 1998.
Memorias y aventuras, Madrid: Valdemar, 1999.
El perro de los Baskerville, Barcelona: Edebé, 2000.
Estudio en escarlata, Madrid: Alianza, 2000.
Estudio en escarlata, Madrid: Valdemar, 2000.
Las memorias de Sherlock Holmes, Madrid: Alianza, 2000. ■



Tayo Shima, presidenta del IBBY y Jay Heale, presidente del jurado, entregan el premio Andersen al ilustrador Anthony Browne.

Clausurado el 27 Congreso Mundial del IBBY

Se celebró en Cartagena de Indias (Colombia), del 18 al 22 de septiembre, el 27 Congreso Mundial del IBBY (International Board on Books for Young People). Magníficamente organizado por Fundalectura, la sección colombiana del IBBY, que planteó el encuentro mundial como un proyecto conjunto abierto, en el que participaron también otras secciones nacionales del IBBY de la región. Contó con una gran participación, más de ochocientos inscritos de todo el mundo. Simultáneamente tuvo lugar, en el marco del Congreso, la I Feria Iberoamericana de Libros Infantiles y Juveniles, con la presencia de editores, distribuidores y profesionales de diversas entidades del ámbito del libro infantil y juvenil.

Todas las ponencias, conferencias y mesas redondas tuvieron como tema de fondo el papel de la LIJ en el encuentro entre el continente americano y el viejo mundo, sintetizado en el lema del congreso: «El Nuevo Mundo para un Mun-

do Nuevo». Igualmente fue motivo de reflexión el papel que el libro y la lectura ocuparán en el desarrollo de los niños del nuevo milenio.

Por otro lado, en el marco del encuentro, que se celebra cada dos años, se entregaron los premios Andersen a la escritora brasileña Ana María Machado y al ilustrador británico Anthony Browne, y se dio a conocer la Lista de Honor del IBBY, una selección bienal también de libros para niños y jóvenes que sobresalen por su calidad. En dicha selección figuran *Bunyols de vacances* (PAM) de Teresa Duran con ilustraciones de Max; *El misterio de Velázquez* (Bruño), de Eliacer Cansino; *Anxos en tempos de chuvia* (Xerais), de Miguel Vázquez Freire; y el álbum *No sé* (SM), de Mabel Piérola.

El 28 Congreso Mundial del IBBY se celebrará en Basilea (Suiza), del 29 de septiembre al 3 de octubre del 2002. Un año especial porque el IBBY cumplirá su cincuenta aniversario.

Más información sobre las diversas actividades del Congreso: Secretariado del IBBY. Nonnenweg 12, Postfach CH-4003. Basilea. Suiza. E-mail: ibby@eye.ch
<http://www.ibby.org>

Manifiesto a favor del precio único

El pasado 28 de septiembre tuvo lugar en Barcelona, en la Capella del Convent dels Àngels, la presentación del Manifest a l'Opinió Pública (Manifiesto a la Opinión Pública) que, en defensa del precio único de los libros de texto, han suscrito en Cataluña los escritores, editores, distribuidores y librerías. Participaron en el acto, con el que se pretende convencer a la opinión pública de que la liberalización en el precio de los libros de textos es mala y que no abaratará el libro, sino que lo encarecerá, Jorge Herralde, Narcís Comadira, Eduardo Mendoza, Sergi Pèrnies, Eugeni Trias, Manuel Vázquez Montalbán y Enrique Vila-Matas.

En el manifiesto —que se puede encontrar en todas las librerías— los sectores antes mencionados reiteran su alarma respecto a la agresión al precio fijo, que se ha iniciado con los libros de texto, pero que amenaza con extenderse al resto de libros. En palabras del editor Jorge Herralde, «lo del precio fijo es, citando a Buñuel, un ensayo general para un crimen mayor».

También expresan en este documento su sorpresa ante la frivolidad con la que el Gobierno ha menospreciado las pésimas experiencias que ha habido, por ejemplo, en Gran Bretaña con medidas parecidas. En este país, después de cinco años de abolición del sistema de precio fijo, el precio de los libros ha crecido muy por encima del coste de la vida, al contrario que en España. «Resulta paradójico —se lee en el manifiesto— que, en la llamada sociedad de la información, el gobierno adopte medidas tan desinformadas..

«Las consecuencias de la abolición del precio fijo —continúa el manifiesto— pueden resultar muy negativas. En primer lugar, para muchas librerías, que tanta importancia tienen en el tejido cultural de nuestro país y que no podrían resistir la política de descuentos de las grandes superficies; inmediatamente después, para aquellas editoriales que no vacilan en publicar libros minoritarios pero culturalmente valiosos. Y también los autores primerizos tendrían mayores

dificultades para ser publicados. El colorario sería el empobrecimiento cultural en perjuicio de los lectores y la sociedad. A la larga sólo unos pocos decidirán qué libros se publican, a qué precios y para qué sectores sociales, en perjuicio de las libertades.»

Finalmente, en el documento se exhorta al Gobierno para que reconsidere estas decisiones que representan una amenaza para todos los ciudadanos.

El acto del día 28 de septiembre fue una primera iniciativa a la que seguirán otras encaminadas a concienciar a la opinión pública.

En Madrid, a principios de octubre, se presentó el volumen *En defensa del lector. Precio fijo del libro. ¿Por qué?*, que recoge los artículos a favor del precio fijo que han escrito en prensa intelectuales como Antonio Gala, Juan José Millás, Vicente Molina Foix, Javier Marías, Antonio Muñoz Molina, Jorge Herralde,

Mario Muchnik, etc. El libro incluye las ilustraciones de Romeu, Forges o El Roto. La obra ha sido editada por la Asociación Colegial de Escritores, la Asociación de Editoriales Universitarias Españolas, la Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros, la Asociación de Revistas Culturales de España (Arce), la Federación de Asociaciones Nacionales de Distribuidores de Ediciones, la Federación de Gremios de Editores de España y la Federación Española de Cámaras del Libro.

I Concurso Interactivo de Literatura Juvenil

El Grupo Edebé ha realizado una nueva apuesta para fomentar el hábito lector y la escritura entre los niños y jóvenes

desde un punto de vista poco explorado: el de las tecnologías de la información y la comunicación. El nuevo proyecto se llama Liteactiva y puede integrarse tanto en las horas lectivas de área de Lengua como en las de biblioteca, y propone una experiencia de lectura y escritura participativas que desemboca en un concurso interactivo de literatura juvenil. Se trata de que los jóvenes participantes escriban un final para la última novela del conocido y premiado escritor Jordi Sierra i Fabra, que se titula *El misterio del Goya robado* y se encuentra en Internet (www.liteactiva.net). Es una novela policiaca con múltiples alternativas de lectura, en la que se incluyen sorpresas, caminos, juegos verbales y juegos visuales, y que está ilustrada por Antonia Cortijos.

Podrán participar en el concurso todos los alumnos de tercer ciclo de Primaria y de ESO, concursando por medio de su

El millor company del nou curs escolar



1 volum de 1.800 pàgines

65.000 entrades

65.000 entrades

125.000 definicions

2.200 fotografies

2.200 fotografies

300 dibuixos

250 mapes

300 dibuixos

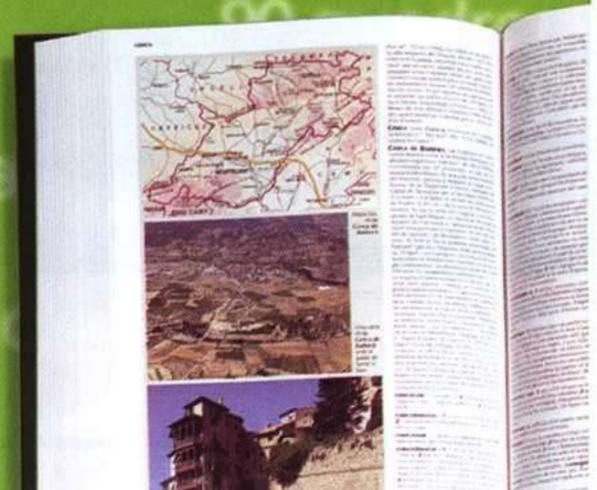
90 quadres

Diccionari de la llengua catalana complet

Conjugació dels verbs catalans

Per fi, la **Petita enciclopèdia de la Gran Enciclopèdia Catalana**

Conjugació



En venda a totes les llibreries

grupo-clase, guiados por su profesor tutor, o por iniciativa particular. El final presentado, de no más de 75 líneas, ha de ser coherente con el estilo de la novela. El texto está en Internet desde el pasado 16 de octubre y hasta el 1 de marzo del 2000, fecha en la que se cerrará el plazo de admisión de originales que deben remitirse a la dirección electrónica: literactiva.concurso@edebedigital.com

Habrà un ganador y diez finalistas, y todos ellos veràn publicado su final en un libro, además de en la red. El ganador obtendrá un ordenador portátil, al igual que el profesor tutor, y los diez finalistas se llevaràn a casa una minicadena de música.

Homenaje a Carles Fontserè

Hasta el 15 de noviembre hay tiempo para visitar la exposición dedicada a Carles Fontserè, el ilustrador y cartelista catalán nacido en 1916, al que debemos muchos de lo más impactantes carteles de apoyo a la República que se editaron antes y durante la guerra civil. La muestra, concebida como un recorrido por la amplia obra del artista que es,



además, fotógrafo, pintor, dibujante publicitario, ilustrador de cómics y de libros de bibliófilo, diseñador de publicaciones, escenógrafo y escritor, la organizan conjuntamente la APIC (Asociació d'Il·lustradors de Catalunya), el Departamento de Cultura de la Generalitat y el Ayuntamiento de Barcelona en el Centre Cívic Pati Llimona de Barcelona.

La muestra se inauguró el 27 de octubre, en el marco de las 12 Jornades d'Il·lustradors de Catalunya, momento en que se le concedió a Fontserè el galardón de L'il·lustrador d'Or que la APIC concede cada año a un artista destacado. El propio Carles Fontserè impartió una conferencia dentro del programa de las jornadas, en el que también destacó la intervención del ilustrador alemán de LIJ, Wolf Erlbruch. Otros puntos de interés fueron el convenio de colaboración firmado por el APIC y la Escola Massana de Barcelona, concebido como un nuevo puente entre la educación y la profesión, y la mesa redonda sobre aspectos legales dentro del ejercicio de esta disciplina artística.

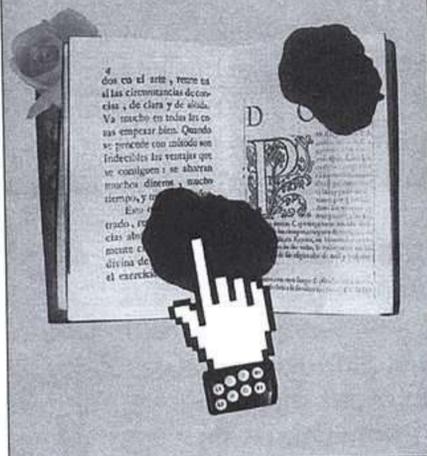
La educación que queremos

La Fundación Santillana organiza el Tercer Ciclo de Conferencias bajo el lema «La educación que queremos», que empezó el 9 de octubre y terminará el 21 de noviembre. Abrió el fuego Josep M. Bricall, catedrático de Economía Política de la Universidad de Barcelona, con «¿Qué le falta a nuestra educación?» (9 de octubre); le siguió Edgar Morin, ex director de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, que se refirió a «Los siete saberes necesarios para la educación de futuro», y Adela Cortina, catedrática de Ética y Filosofía Política de la Universidad de Valencia, que habló de las «Razones del corazón. La educación del deseo» (30 de octubre). Falta, para completar este ciclo, la intervención de Carmen Iglesias, de la Real Academia de la Historia, que el 21 de noviembre hablará de «¿Para qué la historia? ¿Para qué las humanidades?».

VI CONGRESO DE LA SOCIEDAD
ESPAÑOLA DE DIDÁCTICA
DE LA LENGUA Y LA LITERATURA

El reto de la lectura en el siglo XXI

Granada, 13, 14 y 15 de diciembre de 2000



Convocatorias

• El VI Congreso de la Sociedad Española de Didáctica de la Lengua y la Literatura se celebrará en Granada —en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Granada— del 13 al 15 de diciembre, bajo el lema «El reto de la lectura en el siglo XXI». Las áreas temáticas serán: Lectura y sociedad; Procesos de aprendizaje de la lectura; La lectura en el aprendizaje de las lenguas; Lectura y multimedia; y Educación lingüístico-literaria a través de la lectura. Conferencias, comunicaciones, encuentros y seminarios vertebrarán este Congreso. La conferencia inaugural correrá a cargo de Antonio Mendoza (Universidad de Barcelona), que hablará de «Lectura y lecturas, entre la competencia lectora y el canon», mientras que Fabricio Caivano, periodista y coordinador de esta revista, hará la de clausura, titulada «Hambre de relatos. Lectura, identidad y modernidad».

Información: Tel. 958 24 39 65. E-mail: dlengua@ucartuja.ugr.es Página Web: www.ugr.es/local/didlen

• El VI Salón del Manga se celebra en la Farga de L'Hospitalet (Barcelona) los días 3, 4 y 5 de noviembre, organizado por Ficomic. Proyecciones de películas de animación, talleres, exposiciones, concursos y venta y promoción de todo tipo de material relacionado con el manga integran el programa de este Salón que, en la edición anterior, visitaron 30.000 personas.

Información: Ficomic. Tel. 93 301 23 69. E-mail: ficomic@retemail.es

CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil



Boletín de suscripción CLIJ

Envíe este cupón a:
Editorial Torre de Papel, S.L.
Amigó, 38, 1.º 1.ª
08021 Barcelona (España)
Tel. 93 414 11 66 - Fax 93 414 46 65
E-mail: revistaclij@racclub.net

Señores: Deseo suscribirme a la revista **CLIJ**, de periodicidad mensual, al precio de oferta de 8.415 ptas., incluido IVA (9.350 ptas. precio venta quiosco), por el período de un año (11 números) y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- Domiciliación bancaria.
- Envío cheque bancario por 8.415 ptas.
- Contrarrembolso (más 700 ptas. gastos de envío).

A partir del mes de(incluido)

Si desean factura, indiquen el número de copias y el NIF

Nombre.....

Apellidos.....

Profesión.....

Domicilio.....

Población..... Código Postal

Provincia..... Teléfono

País..... Fecha

Envíos especiales:

Península y Baleares certificado 10.100 ptas.
 Canarias, Ceuta y Melilla, envío aéreo y exento de IVA 10.350 ptas.
 Canarias, Ceuta y Melilla, envío aéreo certificado y exento de IVA 12.000 ptas.

Para el extranjero, enviar cheque adjunto en dólares

	Aéreo	Aéreo certificado
Europa	115 \$ / 96,76 Euros	125 \$ / 105,17 Euros
América	155 \$	165 \$
Asia	190 \$	200 \$

Rogamos a los suscriptores que en toda la correspondencia (cambio de domicilio, etc.) indiquen el número de suscriptor, o adjunten la etiqueta de envío de la revista.

Domiciliación bancaria

C.C.C. (Código Cuenta Cliente)

Entidad	Oficina	DC	Nº cuenta

NOTA IMPORTANTE: Las diez cifras del número de cuenta deben llenarse todas. Si tiene alguna duda en el número de cuenta, el banco o la sucursal, consulte a su entidad bancaria, donde le informarán.

Fecha

Banco o Caja Sucursal

Domicilio

Población..... C.P. Provincia

Muy señores míos:

Ruego a ustedes que, hasta nuevo aviso, abonen a Editorial Torre de Papel, S.L., Amigó 38, 1º 1ª, 08021 Barcelona (España), con cargo a mi c/c o libreta de ahorros mencionada, los recibos correspondientes a la suscripción o renovación de la revista **CLIJ**.

Titular Firma

Domicilio

Población C. P.

Provincia

Estamos todos locos

«Todos pueden escoger el color que quieran para su coche, siempre que sea el negro».

Henry Ford

Esta ingeniosa frasecilla de Ford, el señor que dio su nombre a los automóviles que fabricaba, resume bien el espíritu de lo que me contó hace unos días, camino del paraíso, un erudito historiador y economista italiano, el amigo Carlo María Cipolla. En la actualidad, absolutamente todo es o puede llegar a ser una mercancía. Con la ironía, que él maquillada de docto academicismo, me explicó que los países ricos ya no saben qué cosas producir, puesto que el consumo ha llegado ya a un techo.

La gente adinerada, me dijo, tiene un barco, dos viviendas, tres coches, cuatro televisores, cinco divorcios y seis hipotecas. Ya no sabe qué comprar para exhibir los signos de lo que cree es su riqueza. Mientras la mitad del total de la humanidad se busca la vida, o halla la muerte, con unos ingresos equivalentes a menos dólares diarios, otros pocos no saben cómo y en qué gastar su dinero. De modo que hoy lo que crece es una sociedad dualizada

y una economía inmaterial que algunos economistas llaman simbólica. Primero se inventan nuevas necesidades, se hace deseable lo inexistente, se excitan los sueños para luego comercializarlos en un nuevo consumo de intangibles.

Lo que más le preocupaba al venerable profesor Cipolla era el alcance de la invasión comercial, que llega hasta configurar el imaginario y los deseos de la infancia. La industria cultural pronto será, decía, el más potente, mediocre e incontrolable de los educadores. Lo que supondrá la extensión y profundización del eficaz modelo Disney: la mercantilización de los sentimientos infantiles, y de todos, mediante la producción y venta masiva de objetos, tangibles o intangibles, y de toda clase de experiencias vitales. Vamos hacia un consumo acelerado de cosas y de símbolos, formación del imaginario con subproductos sentimentales y creación de falsas y precarias identidades individuales. Textos, personajes y escenarios, todo listo para consumir. La última vez que Cipolla estuvo por aquí, apuró su copa de coñac y levantándose con dificultad me dijo: «Caro amico, stiamo diventando tutti matti...». Éste fue su adiós: «Querido amigo, estamos volviéndonos todos locos». Era un hombre inteligente, irónico y bueno.

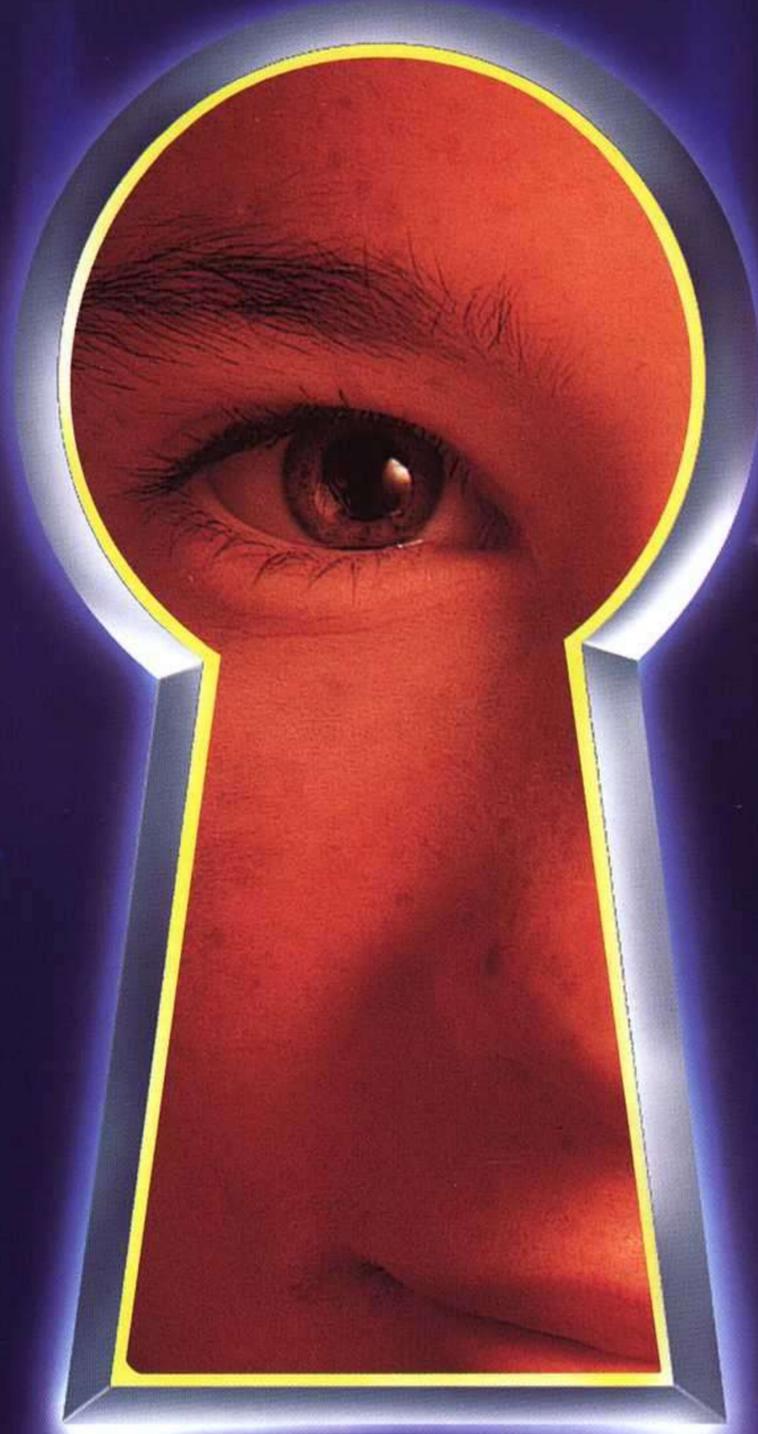
El Enano Saltarín.

BRIAN FROUD, EL MUNDO DE LAS HADAS, MONTENA, 2000.



¡Asómate y mira! Ya es hora de **S**aber.

¿Estás preparado? Misterios, enigmas, relatos, curiosidades, chistes, divertidas preguntas con respuestas y ... **QUE LA CIENCIA TE ACOMPAÑE.**



el barco de vapor **S** a b e r

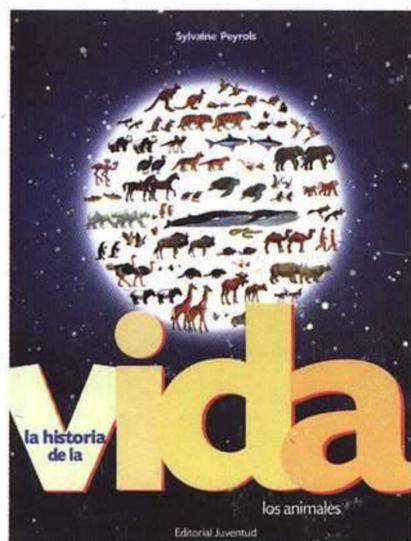


**Serie azul: A partir de 7 años; Serie naranja: A partir de 9 años;
Serie roja: A partir de 12 años.**

sm

Editorial Juventud

libros infantiles - otoño 2000



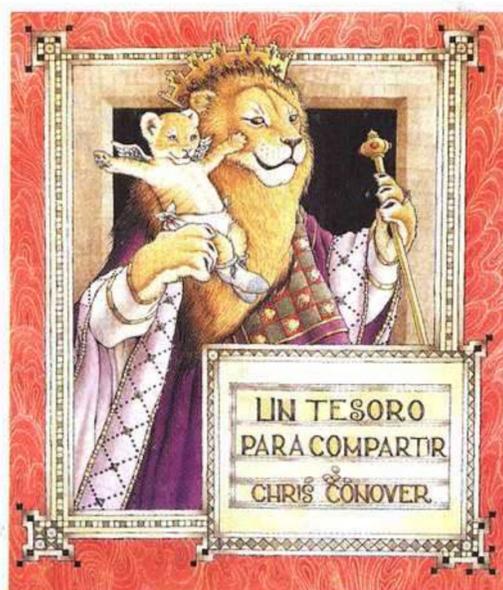
La historia de la vida.
Los animales
Sylvaine Peyrols

Formato: 22 x 28,5 cm
Cartoné
64 páginas

ISBN 84-261-3149-2
ISBN catalán: 84-261-3150-6
A partir de 6 años

Desde hace miles de años, los individuos nacen, viven y mueren en nuestro planeta. Y así sucesivamente de generación en generación: es la historia de la vida.

P.V.P.: 2.500 ptas.



Un tesoro para compartir
Chris Conover

Formato: 27,5 x 31 cm
Cartoné
32 páginas

ISBN 84-261-3164-6
ISBN catalán: 84-261-3165-4
A partir de 4 años

Ninguna riqueza es comparable al gran tesoro de los libros.

P.V.P.: 1.800 ptas.

¿Quién tiene tiempo para Osito?

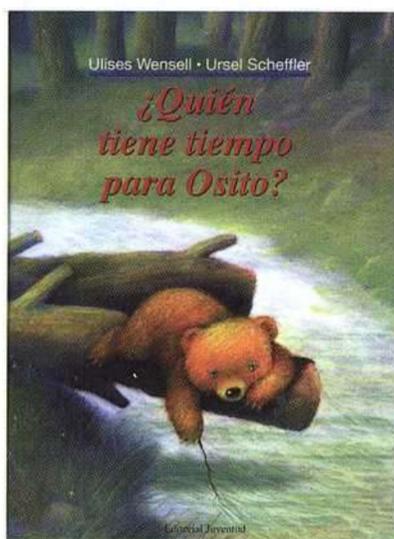
Wensell - Scheffer

Formato: 21,5 x 30 cm
Cartoné
32 páginas

ISBN 84-261-3166-2
ISBN catalán: 84-261-3167-0
A partir de 4 años

Los padres de Osito están muy ocupados y no tienen tiempo para él, que está muy triste. Pero un día encontrará a un amigo...

P.V.P.: 1.800 ptas.



Alatorcida

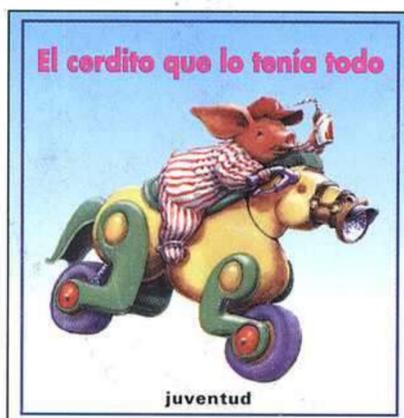
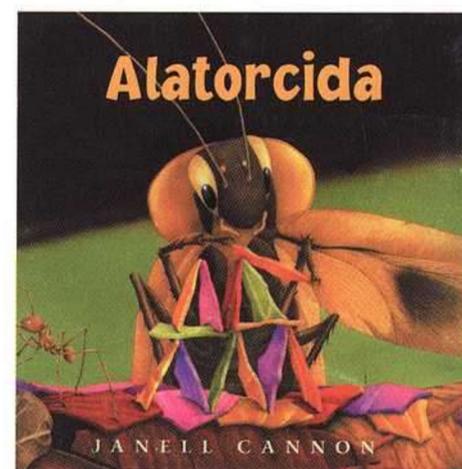
Janell Cannon

Formato: 26 x 26 cm
Cartoné
48 páginas

ISBN 84-261-3159-X
ISBN catalán: 84-261-3168-9
A partir de 4 años

Alatorcida es demasiado pequeña para defenderse de los grandes depredadores que le acechan. Un día, decide vengarse con animales más pequeños que ella... pero las hormigas le dan una buena lección.

P.V.P.: 1.800 ptas.

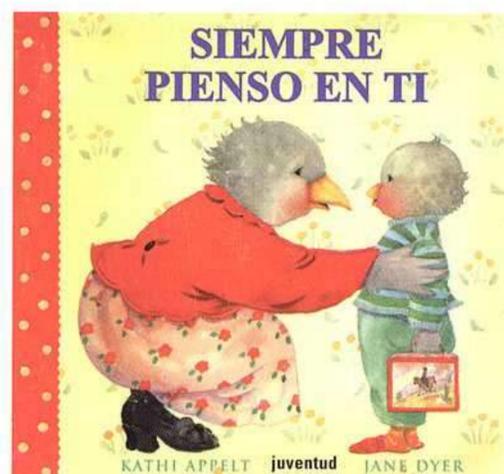


El cerdito que lo tenía todo
Dewan

Formato: 26,5 x 26,5 cm
Cartoné
32 páginas

ISBN 84-261-3171-9
ISBN catalán: 84-261-3172-7
A partir de 4 años

Su papá le compraba todos los juegos, los más caros; pero el cerdito se aburría porque tenía que jugar solo. Hasta que un día...



Siempre pienso en ti
Appelt - Dyer

Formato: 28,5 x 26 cm
Cartoné
32 páginas

ISBN 84-261-3173-5
ISBN catalán: 84-261-3174-3
A partir de 4 años

Cuando mamá deja a su hijo en la escuela, su pensamiento no se aparta de él ni un momento.

Abuelo Tejón, ¿tú sabes hacerlo?

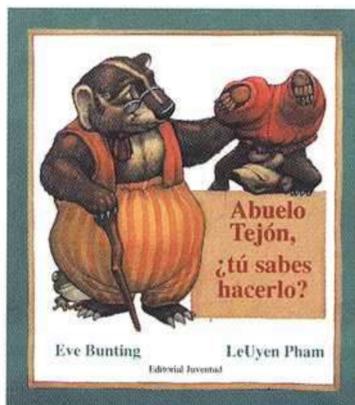
Bunting - LeUyen Pham

Formato: 20,5 x 24 cm
Cartoné
32 páginas

ISBN 84-261-3169-7
ISBN catalán: 84-261-3170-0
A partir de 4 años

Los abuelos parece que no pueden hacer muchas cosas que hacen sus nietos, pero un día las hicieron, y además saben muchísimas cosas que pueden enseñarles.

P.V.P.: 1.600 ptas.



Editorial Juventud, s. a C/ PROVENÇA 101 - 08029 BARCELONA

Telf.: 93 444 18 00 - Fax.: 93 444 18 02 - e-mail: editorialjuventud@retemail.es

www.editorialjuventud.es